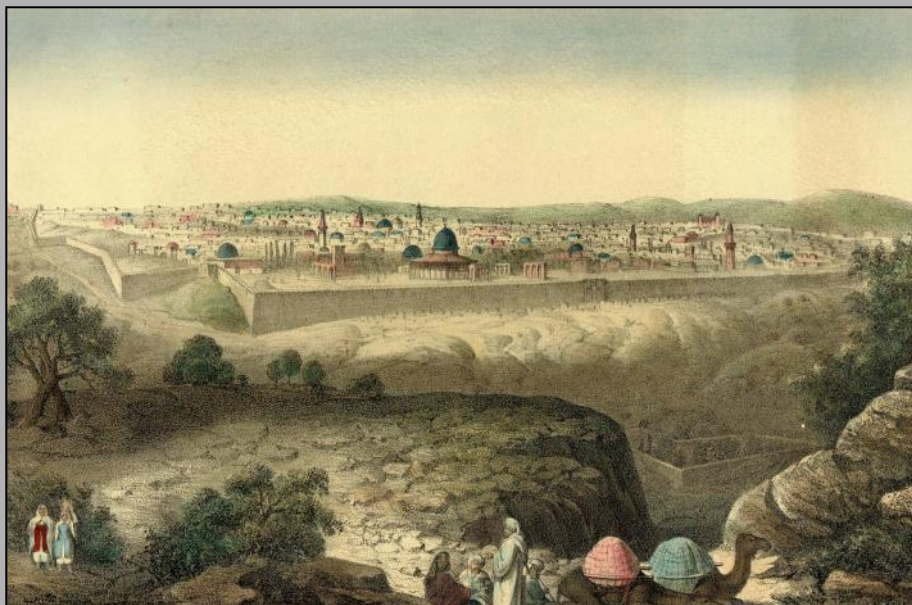


Francisco Martín Melgar
(Marcos Laguna)

VIAJE DE LOS SEÑORES DUQUES DE MADRID A EGIPTO Y PALESTINA



«Quaderni di Studi Carlisti»



«Quaderni di Studi Carlisti»

1



Ofrenda del
Círculo Carlista General José Borges (Nápoles)
a la
Comunión Tradicionalista

FRANCISCO MARTÍN MELGAR (Marcos Laguna), *Viaje de los Señores Duques de Madrid a Egipto y Palestina*

Edición original: MARCOS LAGUNA,
Viaje de los Señores Duques de Madrid a Egipto y Palestina,
Impuesta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, Madrid 1895.

ISBN: 978-88-87215-70-0

© 2021 Circolo Carlista Generale José Borges (Napoli)

En la portada: A. FELGNER, *Vista de la ciudad de Jerusalén desde el Monte de los Olivos*, litografía (Berlín, 1820 circa), particular.

En la contraportada: Carlos VII y Doña María Berta (fotografía, 1895 circa, de la anteportada de la edición original)

Club di Autori Indipendenti
Via Castello, 1
80053 Castellammare di Stabia (Napoli)
ClubAutorIndipendenti@gmail.com
per conto del
Circolo Carlista Generale José Borges (Napoli)

Francisco Martín Melgar
(Marcos Laguna)

VIAJE DE LOS SEÑORES
DUQUES DE MADRID
A EGIPTO Y PALESTINA



Introducción

El objeto «libro», a nuestro juicio, es la herramienta que nos permite recibir y transmitir el patrimonio histórico, ideal y religioso, fruto de la experiencia y acumulado de generación en generación. Pero no solo. El texto que aquí presentamos, que el «Círculo Carlista General Borjes» del Reino de Nápoles ha sacado a la luz y ofrece gustosamente a los lectores de toda la Comunión Tradicionalista, entra dentro de esta concepción.

Se trata del *Viaje de los señores Duques de Madrid en Egipto y Palestina*, un texto poco común impreso por primera vez en España en 1895. El autor, que se presenta con el pseudónimo de *Marcos Laguna*, una clara referencia a San Marcos y a la Laguna de Venecia, es Francisco Martín Melgar [1849-1926], conde de Melgar, como nos informa Melchor Ferrer [1888-1965] en su monumental *Historia del tradicionalismo español* (tomo XXVIII, volumen II, Documentos, 1959).

Francisco Martín Melgar dirigió el diario carlista *La Estrella*, durante la tercera guerra fue redactor de *El Cuartel Real* y, al final de la misma, siguió a Don Carlos al exilio. Inicialmente en París, desde donde dirigió el periódico *La Correspondencia de París*, órgano de los tradicionalistas españoles exiliados, y más tarde en Venecia, tras la expulsión del Rey Legítimo de Francia. Vivía en el Palacio Loredán, por voluntad del Rey, del que fue secretario particular, ocupando el cargo durante más de veinte años. En este periodo acompañó siempre al Rey en sus desplazamientos, incluidos los de Egipto y Palestina en 1895 que dieron lugar al diario que aquí se reproduce.

El conde de Rodezno lo llamó «político despierto y excelente escritor».

Francisco Martín Melgar nació en Madrid y dedicó toda su vida a la causa del legitimismo, colaborando con diversas

revistas carlistas y antiliberales españolas e hispanoamericanas. Don Carlos le otorgó el título de conde de Melgar. Se decía que la relación con el Rey había cesado tras un desacuerdo entre los dos. Pero en verdad se debió a la nefasta influencia de Berta de Rohan (1865-1945), con la que había casado Don Carlos VII en Praga el 28 de abril de 1894.

El conde de Melgar dejó su puesto en 1900. Tras la muerte de Carlos VII (1909) se convirtió en el principal consejero de Don Jaime, del que en el pasado había sido preceptor. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se encontraba en Froshdorf, en el castillo propiedad de Don Jaime, que había sido antes el lugar de exilio del Conde de Chambord, y desde esta residencia siguió escribiendo en favor de la grandeza de la Patria y del triunfo de la Legitimidad. Murió en París en 1927. Póstumamente, se publicaron sus dos libros de memorias: *Don Jaime, el Príncipe caballero* (1932) y *Veinte años con Don Carlos* (1940).

Venecia jugó un papel importante en la historia del Carlismo, a caballo entre los siglos XIX y XX, porque el Rey Legítimo residió allí y desde Venecia Don Carlos instituyó el 5 de noviembre de 1895 la Fiesta de los Mártires de la Tradición, que se celebraría el 10 de marzo, aniversario de la muerte de su abuelo, el rey Carlos V. El encanto de esta ciudad fue profundamente sentido por los carlistas y en 1896 nació en Granada un popular periódico carlista llamado *Venecia*, dirigido por don Alfonso Muñoz de Mesa. También en Venecia, a la muerte de Carlos VII, su hijo Don Jaime juró, como Sucesor y Rey, lealtad a los principios de la Comunión Tradicionalista. Por tanto, el pseudónimo de *Marcos Laguna* elegido por el Conde Melgar no es casual.

Llegamos ahora al contenido del libro. Es un relato del viaje-peregrinación emprendido por Carlos VII, Berta de Rohan, la Infanta Doña Elvira y su séquito a Egipto y Tierra Santa. Después de pasar el comienzo del invierno de 1894 en Nápoles, la pareja real llegó en diciembre a la *Tenuta Reale* de Viareggio, antigua residencia de la reina Margarita, nacida Princesa Real de Parma, para celebrar la Navidad y el año nuevo con los hijos

del Rey. A principios de 1895 regresaron a Nápoles y desde allí se embarcaron el 9 de enero en un vapor de la compañía Florio Rubattino, que hizo escala en Messina y luego se dirigió a Alejandría en Egipto.

«Marcos Laguna» desempeñó con mucho gusto el papel de cronista voluntario y dedicó este *diario familiar* a todos los carlistas porque, aunque distantes, los tradicionalistas estaban constantemente unidos al Rey por un vínculo afectivo sincero.

El libro del conde de Melgar es una absoluta rareza. En la península italiana, la catalogación del Servicio Nacional de Bibliotecas (SBN) indica su presencia únicamente en la Biblioteca «San Francesco della Vigna» de Venecia. Debemos su identificación y la consecuente recuperación de una copia fotostática gracias a la tenacidad del joven tradicionalista de Padua, el atento estudioso Riccardo Pasqualin, que también ha reconstruido el tormentoso itinerario de este ejemplar impreso. Un agradecimiento, pues, a Riccardo Pasqualin, a quien debo gran parte de la información sobre el texto.

Finalmente, quisiera agradecer cordialmente al correligionario Gianandrea de Antonellis, que quiso lanzar la serie «Quaderni di Studi Carlisti» en nombre del «Circulo Carlista General Borjes» con la editorial Club de Autores Independientes que dirige.

Francesco Maurizio Di Giovine

Comendador de la Orden de la Legitimidad Proscrita

Nápoles, 28 marzo 2021, Domingo de Ramos

VIAJE

DE LOS

SEÑORES DUQUES DE MADRID

A

EGIPTO Y PALESTINA



MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1895



A LOS CARLISTAS

Con el pensamiento fijo en vosotros llevó el Rey a cabo este viaje.

Para que en él pudierais acompañarle desde lejos, participando de sus alegrías y de sus emociones, fueron escritas las cartas que lo relatan.

Vuestras son, y como cosa que os pertenece os las dedico.

Son el diario de viaje redactado familiarmente por un hermano para sus hermanos ausentes.

Aceptadlo con el mismo espíritu fraternal con que os lo ofrece

Marcos Laguna

Primera parte

EGIPTO

Las Navidades de 1894 en la Tenuta Real de Viareggio. – Fiestas de familia. – Partida de Europa. – Llegada a Alejandría de Egipto.

Los Señores Duques de Madrid, después de haber pasado el principio del invierno de 1894 en Nápoles, trasladáronse en el mes de Diciembre a Viareggio, con objeto de celebrar en familia las fiestas de Navidad y Año nuevo, y de recibir la Sagrada Comunión en la Misa de Noche buena con el Príncipe D. Jaime y las Infantas Doña Elvira y Doña Alicia, regresando a Nápoles en los primeros días del año 1895, conduciendo consigo a Doña Elvira, que deseaban asociar a su peregrinación.

En Nápoles se dieron al mar el miércoles 9 de Enero, a bordo de un vapor de la Compañía Florio Rubattino, y después de haber hecho escala en Mesina, desembarcaron en Alejandría de Egipto en la madrugada del domingo 13.

Apenas informado de su llegada el jedive Abbas II, envió al Almirante Hussein Thelmy Bajá, su Ayudante de Campo, a desearles la bienvenida en sus Estados y a hacerles presente el grandísimo gusto con que los vería en El Cairo.

Para aquella capital salieron los augustos viajeros en la tarde misma, después de haber oído Misa en la iglesia de Santa Catalina y visitado el convento anejo de Padres franciscanos.

De su estancia en la populosa metrópoli del Nilo dan cuenta las cartas a continuación transcritas.

El Cairo, 21 de Enero de 1895.

Llegada A El Cairo. – El hotel Shepheards. – Las Pirámides. – El pozo de José. – Las tumbas de los califas. – Los derviches. – Universidad egipcia. La Musky y Han Halil. – Convites y obsequios. Visitas de Corte. – Audiencias. – Suicidio de un Cónsul.

Hace una semana justa que los Sres. Duques de Madrid llegaron a El Cairo; pero es esta una linterna mágica de tan infinita y vertiginosa variedad de cuadros, y por otra parte las atenciones y simpatías universales que rodean a los ilustres viajeros, les imponen una vida de tan febril actividad, que deben sentir la impresión de hallarse alejados de Europa desde hace largo tiempo.

Para D. Carlos era ya conocida esta capital desde hace diez años; pero la Reina María Berta y la Infanta Doña Elvira, que por primera vez pisan la tierra de Oriente, no podrán menos de sentirse maravilladas ante este espectáculo, del que no puede formarse cabal idea quien no lo haya visto.

Como grandiosidad del conjunto, como interés pictórico de los detalles, como originalidad de contrastes, no hay, en efecto, ninguna ciudad oriental que pueda competir con el mosaico deslumbrador que ofrece la capital de Egipto, cuya única inferioridad, respecto a los pueblos del extremo Oriente, consiste en hallarse tan cerca de Europa, y haberse vulgarizado más sus bellezas.

Los Sres. Duques de Madrid ocupan, en el piso principal del hotel Shepheards, las habitaciones designadas con el nombre de «Estancias de Príncipes», de cuyo centro parte, adelantándose sobre la Shariá Kamel, la calle más céntrica y animada de El Cairo, una inmensa azotea, en la que pueden instalarse cómodamente 30 o 40 personas.

Sólo el placer de pasar un día en aquel observatorio sin rival, para ver por espacio de unas horas el desfile de variadísimos tipos, que no se interrumpe un instante desde la salida a la puesta del sol, valdría la pena de hacer el viaje de Egipto.

Berberiscos y levantinos, siriacos y sudaneses, turcos y griegos, beduinos y judíos, árabes y coptos, toda la escala de las razas, desde el rubio del oro al negro del ébano, pasando por la más infinita variedad de matices que puede imaginarse; el burdo sayal de los hijos de San Francisco al lado de las libreas chapeadas de oro y plata de los *kababs*, el chillón azul celeste de los uniformes vestidos por los soldados del Mahdi bramando de verse junto con el rojo escarlata de las chaquetillas de los oficiales ingleses, el turbante verde de un descendiente del Profeta al lado de la gorrita torcida de un soldado escocés, el ligerísimo cesto guiado por una vaporosa lady cruzándose con los pesados y misteriosos coches cerrados de un *harems*, el torbellino de un *mail coach* que pasa atronando los aires con los sonidos del cuerno de caza, y corta y atropella una larga fila de camellos sobre los cuales parecen dormitar con el ritmo de la marcha, meditabundos *fellahs* que atraviesan el bullicio de la ciudad tan absortos y perdidos en sus sueños como si se hallasen ya en medio de la soledad del desierto que los espera a las puertas de El Cairo, y en el que van a hundirse por largos meses: tales son los cuadros que horas y horas se desarrollan y se suceden en aquella gran arteria, por la que circulan, revueltos y mezclados, todos los refinamientos de la civilización europea, con todos los esplendores y todas las miserias de la civilización oriental.

El espectáculo es tan irresistible y atrae de tal manera, que cuesta trabajo renunciar a contemplarle, ni aunque sea para las interesantísimas excursiones al interior de la ciudad y a sus alrededores.

Muchas de éstas han verificado ya los augustos proscriptos en la semana que acaba de transcurrir, visitando, entre otras cosas, las Pirámides y la Esfinge (en cuya excursión sé que se hicieron al pie de la Esfinge, entre ésta y la gran Pirámide, un grupo fotográfico, del cual espero poder procurarme un ejemplar para que acompañe a esta carta), el pozo de José, que sirvió de cárcel al calumniado hijo de Jacob, las tumbas de los califas, el panteón de la dinastía de Mehemet Alí, los derviches aulladores y los volteadores, la famosa Universidad egipcia, donde

estudian Literatura, Filosofía y Lenguas más de 12.000 alumnos, y multitud de mezquitas, entre ellas la monumental que está en la ciudadela, y donde se halla el sepulcro de Ibrahim.

También han ido repetidas veces al curiosísimo barrio de la Musky, y en especial a los bazares de Han Halil, donde se encuentran, agrupados por regiones, almacenes de todos los productos industriales y artísticos del África y del Asia musulmanas, Egipto, Argel, Túnez, Sudan, las Indias, Persia, etc. En el Han Halil es grandísimo, sobre todo entre los comerciantes ricos, el número de judíos descendientes de los expulsados españoles, que han conservado con nuestros apellidos (Béjar, León, Salcedo, Silva, etc.), nuestra lengua y un inexplicable y profundo cariño a nuestra patria, que llaman siempre suya; de suerte que se pueden recorrer largas galerías de bazares sin hablar más que español.

Además de estas excursiones, los Señores Duques de Madrid han tenido que invertir gran parte de su tiempo en corresponder a las infinitas atenciones de que los colman los elementos oficiales, tanto indígenas como europeos.

Nubar Bajá, el presidente del Consejo de Ministros, que se halla en cama a consecuencia de una fractura, y, por lo tanto, imposibilitado de salir, envió a los augustos viajeros, apenas supo su llegada, su palco de la Opera, y mandó además a su hijo al hotel Shepherds para que hiciera presente su pesar de no poder ir en persona, y para que se pusiera a sus órdenes.

El representante de Inglaterra, lord Cromer (que es el verdadero árbitro del Gobierno desde que existe el ejército de ocupación), daba un gran baile el 17 y fue personalmente a invitar a D. Carlos, Doña María Berta y la Infanta Doña Elvira, los cuales aceptaron gustosos la invitación y asistieron a la brillantísima fiesta, en la que se hicieron presentar a los augustos proscriptos los personajes del Cuerpo diplomático, el famoso Muktar Bajá, el *Ghazi* (victorioso), que ganó este título excepcional en la Turquía de Asia durante la última campaña turco-rusa, y que hoy es el representante del sultán en Egipto, el general en jefe del ejército de ocupación, multitud de otros jefes deseosos de cono-

cer a Carlos VII, y, en suma, todos los europeos notables aquí residentes.

Habiendo regresado del campo S. A. el jedive, D. Carlos fue a visitarle al palacio de Abdin el 19 por la tarde, acompañado por su gentilhombre y secretario, al mismo tiempo que Doña María Berta y Doña Elvira, acompañadas por la baronesa de Alemany, iban a visitar en su *harem* a la virreina viuda, madre del príncipe reinante.

Abbas II, que desde su infancia conoce al Duque de Madrid, con quien tiene tantos recuerdos comunes de Venecia, de Viena y del mismo Cairo, manifestóse contentísimo de que huésped tan ilustre honrase su país, y le rogó que durante su permanencia en Egipto dispusiera de sus coches, de sus barcos para excursiones en el Nilo, de sus palcos y de todo cuanto necesitase para mayor comodidad.

La virreina estuvo igualmente amabilísima con Doña María Berta y Doña Elvira, presentándoles sus dos hijas, y recordando, llena de emoción, lo mucho que su malogrado esposo, el jedive Twefick, quería a D. Carlos.

Aquel mismo día S. A. el jedive, precedido de sus lujosos batidores y rodeado de su brillantísima escolta, devolvió la visita al Duque de Madrid, siendo presentado a sus augustas esposa e hija, y convidando a todos a ir aquella noche a su palco a la Opera, como efectuaron.

El jedive, que los esperaba al ingreso de su escalera especial, los condujo al palco, donde quedó con ellos toda la representación, presentándoles durante los entreactos a los principales personajes de su corte.

Los Duques de Madrid han concedido numerosas audiencias, a la mayor parte de las personas citadas, y de los miembros del Cuerpo diplomático y sus señoras, al mayordomo mayor de S. A., Abani Bajá, a Osman Effendi, etc.

También D. Carlos ha tenido el gusto de encontrar en El Cairo a europeos antiguos conocidos suyos, como el conde de Sala, primer ayudante que fue del anterior jedive; el barón de

Malortie, consecuente legitimista hannoveriano y escritor distinguidísimo; Mr. Federico Smart, y tantos otros.

Ayer, domingo, pasaron los augustos viajeros buena parte de la mañana en el gran convento franciscano de la Musky, cuyo interior visitaron después de la Misa, acompañados por toda la Comunidad. En ésta tuvieron la gran alegría de encontrar dos españoles, un Padre vizcaíno y un lego aragonés, con quienes conversaron larga y afectuosamente.

La tarde la empleó D. Carlos en visitar a los príncipes de la familia jedivial aquí residentes, que son todos, exceptuando los hermanos del difunto Twefick, Fuad Bajá e Ibrahim Bajá, que se hallan en Constantinopla al lado de su padre, moribundo, el ex jedive Ismail.

Los príncipes visitados fueron Mehemet Alí, hermano de Abbas II; sus tíos Osman, Hussein y Halim, y sus dos primos Djemil y Said Toussoun, el primero de los cuales se casa el año próximo con la mayor de las hermanas del jedive, la princesa Hadja.

Dichos príncipes devolvieron en el mismo día la visita a Carlos VII.

La noche la dedicaron los Duques de Madrid y la Infanta a recorrer un barrio de la ciudad árabe, donde se celebraba uno de los espectáculos más característicos de aquí, la fiesta del *cheik*, con músicas exóticas, iluminaciones turcas, cantos y bailes populares, funciones religiosas, procesión, etc.

Hoy creo que piensan consagrar el día a visitar el Museo egipcio de Gizeh, excursión que verificarán, como todas, en el magnífico coche de corte que Abbas II ha puesto a su disposición para todo el tiempo que dure su estancia en El Cairo, y delante del cual, a manera de correos, van corriendo a pie, con sus trajes suntuosísimos bordados de oro, los tradicionales *sais*.

Duéleme en el alma, como católico y como español, tener que terminar esta carta con una nota bien triste. El nuevo Cónsul general de España, Sr. Otal, se ha degollado hace tres días. Aunque de carácter sombrío, y amargado por dolores domésticos, nada hacía prever semejante resolución.

Habiéndose excusado de asistir al baile de lord Cromer, al que estaba invitado con todo el Cuerpo consular, a nadie sorprendió aquella abstención, juzgándola más bien como una prueba de tacto, pues si su posición oficial le vedaba ser presentado al augusto proscrito, la buena educación y la etiqueta se oponían a que formase una excepción entre todos sus colegas.

Pero, sin duda, no eran solamente razones políticas las que le alejaban de la fiesta, y ya debía tener resuelto su crimen, pues al día siguiente lo llevó a cabo, con gran pena y vergüenza de la colonia española, pues yo mismo he oído decir a un bajá con aire de conmiseración: «Aquí no pasan esas cosas, porque hay más sentimiento religioso que en Europa».

¡Qué rubor para un español oír esas palabras a un moro!

El Cairo, 28 de Enero de 1895,

El palacio de Hussein y el hotel de Gezireh. – Museo egipcio. – La mezquita de la ciudadela. – Carreras de caballos. – La isla de Roda y la punta del Nilo. – Jardín zoológico. – La ópera jedivial. – Matarieh. – El árbol de la Virgen, Heliópolis y Koubbéh. – Mezquitas de Tillan y de Hassan. – Un sobrino de Cabrera.

Continuando con sumo gusto en mí papel de cronista voluntario del viaje regio, voy a resumir el empleo de la semana última por los augustos proscritos.

El día 21 consagraronlo principalmente, acompañados por el conde de Sala, a visitar el magnífico palacio que de la otra parte del Nilo posee S. A. el príncipe Hussein, tío del jedive, residencia famosa en todo el país por sus espléndidos jardines, sus hermosos lagos artificiales, su profusión de árboles raros, y la riqueza de sus invernaderos, construidos unos, como en Europa, para preservar del frío las plantas tropicales, y otros, al contrario, para defender las plantas europeas contra el exceso de calor, con cuyo objeto en vez de ser la techumbre de cristal es de un sutil enrejado que permite circular el aire, pero que no deja entrada a los rayos del sol más que muy atenuados y como cernidos a través de un tamiz.

El palacio, que costó muchos millones de duros, consta, como todos los de Oriente, de dos partes perfectamente separadas y distintas, una para los hombres, y otra para el uso exclusivo de las princesas y odaliscas, con habitaciones, escaleras y jardines enteramente aparte. La circunstancia de estar ahora ausente la familia del príncipe permitióles visitar ambos departamentos, cosa que rara vez sucede.

A la salida fueron ofrecidos magníficos ramos a Doña María Berta, Doña Elvira y la baronesa de Alemany.

Después de tomar el te en el antiguo palacio de Ismail, situado en el camino de las Pirámides, y que hoy está convertido en lujosísimo hotel, llamado de Gezireh, el más suntuoso, sin duda alguna, de cuantos hoy existen en el mundo, terminaron Los augustos viajeros la tarde en el paseo de coches, conducidos siempre en los elegantísimos carruajes de corte ofrecidos por S. A. el jedive.

El 22 por la mañana visitó D. Carlos a otro de los tíos del jedive, el príncipe Fuad, en su palacio del campo, y recibió en su hotel la visita del príncipe Djemii, futuro cuñado de Abbas II. Por la tarde visitó al incomparable Museo egipcio, instalado en otro de los antiguos palacios de Ismail, y que ofrece en sus 90 salas la más completa colección de antigüedades egipcias que se conoce.

El director y conservador del establecimiento, Brugh Bey, hermano y continuador del celeberrimo egiptólogo alemán del mismo nombre, fallecido en Berlín pocos meses ha, avisado de la regia visita, esperaba a los Sres. Duques de Madrid para acompañarles personalmente y hacerles los honores del Museo. Merced a sus inteligentes explicaciones pudieron los augustos viajeros en pocas horas darse perfecta cuenta de los inestimables tesoros históricos que allí se encierran y que han adquirido incalculable importancia, sobre todo desde hace tres o cuatro años, época en que han tenido lugar los descubrimientos de mayor transcendencia, como la momia de Sesostri, parte de los tesoros de los reyes de la 18^o dinastía, y las perfectísimas esculturas representando los soldados de los Faraones de raza blanca

y de raza negra, dos piquetes en correcta formación que se han desenterrado intactos, sin que falte el más pequeño detalle, y que hace poquísimos días acaban de exponerse al público.

Por la noche, subida a la ciudadela para presenciar la fantástica iluminación de la mezquita de Ibrahim, que allí se levanta dominando a El Cairo, y en la que se celebraba, con la asistencia del jedive, una de las grandes fiestas del almanaque musulmán, la de la ascensión del Profeta al tercer cielo, conducido por el Arcángel Gabriel, antes de emprender la predicación del islamismo.

El 23, carreras de caballos, espectáculo que en el fondo ofrece el mismo cuadro en Madrid que en Londres, y en Buenos Aires que en Calcutta, pero que aquí aparece realizado por el espléndido marco en que se desarrolla, con una corona de bosques de palmeras y un cielo purísimo.

En las carreras encontró D. Carlos multitud de personajes conocidos, y otros que se hicieron presentar, entre ellos el Embajador de Persia, Isaac Khan, y conversó especialmente con los príncipes Mehemet Alí y Osman.

Lady Cromer convidó a los augustos viajeros a tomar el te, y el jedive les envió su gentilhombre para invitarlos a su tribuna, en la que permanecieron largo rato.

El 24, excursión por la mañana a la isla de Roda y a todas las curiosidades que se encuentran al paso: la punta del Nilo, lugar donde, según la tradición, fue Moisés retirado de las aguas; la iglesia copta, las ruinas del antiguo Cairo, la mezquita de Omar, la primera que se levantó en Egipto y una de las primeras del mundo (640), y sobre todo el ingenioso *niloscopy*, aparato para medir y avisar las crecidas del Nilo, que todos los dominadores del Egipto han tratado a competencia de mejorar, pero que en el fondo y en sus partes esenciales es tal como lo ideó y construyó Aménosri hace tres mil años.

Por la tarde, visita al jardín zoológico, y por la noche, asistencia a la ópera, en el palco del jedive, para oír *EL Cid*, de Massenet, calcado sobre la tragedia de Corneille.

Muy reconocidos debemos estar los carlistas a Abbas II por las innumerables amabilidades que emplea con nuestros Soberanos legítimos, hasta el punto de que las gentes del país dicen que nunca el jedive hizo tanto con otro príncipe extranjero, y que a ninguno mandó poner coche de corte ni cedió su palco. Cada vez que los augustos proscritos van a éste, Abbas II, de uniforme a la europea, sin más diferencia que el fez, sale a introducirlos él mismo, y terminada la representación, en la que no cesa de atenderles un momento, vuelve a acompañarlos hasta su coche con la más exquisita galantería, recordando siempre lo muy presentes que guarda las atenciones que a su vez le prodigó Don Carlos las diferentes veces que pasó por Venecia siendo príncipe heredero, y la alegría que le causa el poder ahora corresponder a ellas en algún modo.

En verdad que hay en el mundo singulares ironías de los hechos. ¡Ver *El Cid* desde el palco de un rey moro, un rey desterrado por la morisma moderna!

No faltaron europeos en el teatro que hicieran aquella noche esta reflexión, demasiado poco halagüeña para los moros de verdad, que no merecen ser comparados a los nuestros, porque ellos, a lo menos, tienen fe religiosa y fe patriótica.

El 25, fiesta de Doña Elvira, fue nuestra amada Infanta muy obsequiada, recibiendo hermosas flores, entre otros, un ramo de la condesa de Sala, nacida princesa Gagarín.

Aquella tarde la consagró nuestra Familia Real a una excursión algo larga, que D. Carlos había hecho ya en 1885, pero en la que deseaba acompañar a sus augustas esposa e hija.

Tomando la dirección de Matarieh, recorrieron las muchas curiosidades que pueden verse en aquella parte, fronteriza al Desierto, y de las cuales son las más notables las siguientes:

El árbol de la Virgen, a cuya sombra, según inmemorial tradición, durmió una noche la Sagrada Familia, y que la piedad de las generaciones sucesivas ha cuidado con gran esmero, plantando un retoño en seguida que el árbol viejo presentaba señales de caducidad, habiéndose de esta suerte renovado centenares de veces en el transcurso de los siglos.

El árbol de la Virgen, cercado de una empalizada que lo protege, se levanta en la triste soledad que cubrieron en otro tiempo los famosos jardines de Cleopatra.

A diez minutos de distancia se eleva el más antiguo de todos los obeliscos conocidos, debido a Userstesén I, único vestigio que queda en pie de Heliópolis, la afamada ciudad del Sol, la Ra de los coptos, un tiempo metrópoli científica del mundo civilizado, donde estudiaron Plinio y Herodoto.

Un poco más lejos el criadero de avestruces, cuya explotación constituye una de las más ricas industrias del país, pues cada uno de estos animales produce con la venta de sus plumas, que se le arrancan dos veces al año, una renta anual que no baja de 250 francos, independientemente de lo que se saca del comercio de los huevos que no resultan aptos para la incubación, y que se venden con la cáscara esculpida.

Al regresar a El Cairo se pasa por delante del palacio de Koubbéh, residencia de la virreina viuda, y habitación también familiar del jedive, que sólo viene a Abdín, su palacio de la ciudad, para presidir los Consejos de ministros y dar audiencias o recepciones.

En los alrededores de Koubbéh está acampado el regimiento de sudaneses, montados en camellos, que forman la guardia jehdivial.

El 26 fue empleado casi exclusivamente a visitar mezquitas, entre ellas las dos notabilísimas de Tulun, el que puso fin a la dinastía de los Abassidas, y de Hassan, teatro esta última de la matanza de los mamelucos bahríticos, degollados a millares bajo los ojos del sultán en aquel recinto, donde la sangre debió correr a torrentes, pues aún hoy día, pasados más de quinientos años, se ven distintamente las manchas sobre las losas de mármol. En la misma mezquita se enseña una puerta colosal, llamada Puerta del Oro, tachonada toda de centenares de clavos, cuyas cabezas, del diámetro de un peso duro, son de hierro con preciosísimas incrustaciones de oro y plata, semejantes en un todo a nuestros trabajos de Éibar y Toledo.

Ayer, 27, presentóse en el hotel Shepherds el mayordomo mayor del jedive, Abani Bajá, enviado por S. A. y por la virreina para convidar oficialmente a los Sres. Duques de Madrid y a la Infanta Doña Elvira a la boda de la princesa Hadige, que se celebrará con gran pompa en el palacio de Koubbéh, el próximo miércoles 30 de Enero.

Aquí terminaría esta crónica semanal a no ser porque creo oportuno añadir algunas líneas que nada tienen que ver con el objeto principal que ha motivado estas correspondencias, pero que seguramente han de interesar a sus lectores, aunque no sea más que a título de curiosidad.

Hay actualmente en El Cairo una casa de fieras ambulante, por cierto muy superior a lo que suelen ser las de su especie, dirigida por un español llamado Montenegro, el cual se hallaba en Munich con su establecimiento precisamente cuando D. Jaime cayó allí enfermo atacado del tifus, que tan en peligro puso sus días.

Una de las últimas salidas que en la capital de Baviera hizo S. A. R. antes de caer postrado en cama fue para visitar la casa de fieras, donde le interesó muchísimo un león recién nacido, hasta el punto de que, cuando perdió el conocimiento, hablaba sin cesar en su delirio del leoncillo, pidiendo a grandes voces que se lo trajeran. Sus afligidos padres, deseosos de complacerle y de calmarle, enviaron a pedir a Montenegro el fiero cachorro, que fue prestado con suma complacencia, y que diferentes veces se colocó en el lecho de D. Jaime para que S. A. R. le acariciase y le guardara al lado suyo. Hoy aquel cachorro, convertido en magnífico león, es la fiera de más valor que enseña Montenegro.

La otra tarde, pasando por la puerta de aquel circo con algunos españoles que acompañan a D. Carlos, y que conocieron en Munich a Montenegro, entramos a saludar a éste y a recordar aquel suceso con la expansión y alegría que siempre causa hallar compatriotas a tan larga distancia, y preguntándole si no había en la casa más paisanos, nos enseñó sus dos dependientes, gallego el uno y tortosino el otro.

Y aquí llega la razón que me ha dictado estas líneas. ¿Quién dirán nuestros lectores que es el catalán criado de Montenegro? Precisamente el propio sobrino de D. Ramón Cabrera; como que su abuelo era el hermano de la infortunada María Griñó, cuyo apellido él lleva.

El caso parecióme tan curioso, que me propuse consignarlo en esta carta, seguro de que la digresión no parecerá del todo ociosa.

El Cairo, 4 de Febrero de 1895.

Fúnebre aniversario. – El desierto y la fuente de Moisés. – La selva petrificada. – Abstinencia forzosa. – Espejismo. – Mokatam. – Bodas regias. – Maktar el Ghazi. – El desierto de Suez.

Al día siguiente de remitida mi última carta conmemoraba nuestra Familia Real proscripta un fúnebre aniversario, el de la muerte de la malograda Reina Margarita,

Con este motivo ordenaron los Sres. Duques de Madrid una Misa a los Padres franciscanos de la Musky, asistiendo a ella, con la Infanta Doña Elvira, sus séquitos y sus criados. Celebróla el P. Justo Gastelu, vizcaíno, ayudado por un religioso aragonés, los dos únicos españoles de aquel convento, si bien a sus preces se unieron las de toda la Comunidad.

Cumplido el deber de principiar la presente correspondencia consignando este piadoso tributo rendido a la memoria de la que estamos seguros habrá tenido tantos sufragios en España ese mismo día, debidos a la admirable fidelidad carlista, reanudo mis tareas de cronista del regio viaje.

El martes expedición al desierto, precisamente siguiendo la ruta emprendida en su éxodo por el pueblo de Israel. Partidos de El Cairo por la mañana en coche, llegaron los viajeros hasta las tumbas de los califas, donde esperaban las cabalgaduras, internándose en pleno desierto por espacio de más de dos horas, atravesando al paso la sorprendente selva petrificada que ha dado lugar a tantas discusiones científicas, y deteniéndose en los bordes de la sima conocida con el nombre de «Fuente de

Moisés», sitio designado de antemano para echar pie a tierra y almorzar.

El almuerzo había sido expedido de El Cairo algunas horas antes, confiado a la custodia de un árabe que debía aguardar allí. Grande fue la decepción al no encontrar ni árabe ni almuerzo. Por espacio de más de una hora los guías atronaron inútilmente los aires con estridentes gritos. El eco del desierto devolvía sus voces con precisión maravillosa; pero en toda la inmensa soledad que abarcaba la vista no aparecía ser humano. Allí no era posible contar ni siquiera con agua potable, pues la que la vara de Moisés hizo brotar en aquel sitio se ha convertido en barro, que se saca con mucha dificultad, y la llamada fuente no es hoy más que un precipicio de no gran profundidad, en cuyo fondo muestran sus vetas algunas rocas a través de la arena.

Por fin se decidió el regreso a El Cairo, y ya se llevaba una hora más en marcha, en ayunas todos a más de las tres de la tarde, cuando la vista perspicaz de uno de los árabes descubrió en el horizonte un microscópico punto negro, que era el hombre del almuerzo, acudiendo a galope, con lamentaciones que hubieran sido incomprensibles a no ser porque las ilustraba la mímica con que las acompañaba, frotándose con las manos diferentes lugares doloridos de su cuerpo.

Según refirió, aquella parte del desierto se encuentra en el camino que recorren los beduinos que hacen el contrabando del Mar Rojo, singularmente el contrabando del *hatchis*. Una de aquellas bandas – dijo – le había perseguido y dado alcance para robarle, creyendo que sus cestos contenían objetos preciosos, y al reconocer el error y ver solamente comestibles, habíasele administrado una paliza.

Por fortuna, el almuerzo había sido desdeñado por hecho para cristianos, y supo doblemente delicioso después de tan larga espera.

Al alto forzoso junto a la fuente de Moisés debieron los excursionistas la fortuna de gozar de un espectáculo que rarísimas veces es concedido admirar a los europeos, pues exige, para

producirse, excepcionales condiciones de limpidez atmosférica, el de un espejismo.

Mientras se reposaban, echados en la arena, bajo un sol implacable, pero con una brisa tan pura que no se sufría absolutamente nada del calor, apareció en el horizonte una fila de camellos, que se eclipsó a poco tiempo bajo una cortina de torbellinos de polvo, todo, por supuesto, producto de ilusión óptica, hasta que finalmente se descubrió un inmenso y risueño lago, con orillas escarpadas, en las que venían a romperse suavemente las aguas de un azul intensísimo, formando rizadas ondas.

El inconcebible espectáculo duró bastantes minutos, con gran intensidad, maravillando a todos, y complaciendo muy especialmente a D. Carlos, que en sus largos viajes por el Sahara y por los desiertos del interior de América jamás había podido contemplar nada parecido.

La tarde terminó saliendo del desierto por la parte de Mokatom, para ir a presenciar el incomparable panorama que, al sol poniente, ofrece la ciudad de El Cairo vista desde las alturas que dominan a la ciudadela.

El 30 y 31 eran las fiestas de palacio y los regocijos públicos por la boda de la hermana del jedive con el príncipe turco Abbas Halim.

Las fiestas de la corte se celebraban en el palacio de Koubbéh, el 30 por la noche, y a ellas debían asistir los Duques de Madrid y la Infanta, acompañados por el general conde de Sala y su señora, en cuya casa comieron aquel día. Después de la comida, a la que no hubo ningún otro invitado más que el príncipe Osman, tío de la virreina, partieron todos en coche para Koubbéh, donde asistieron a un espectáculo que por lo pintoresco y lo fantástico sobrepaja a lo que puede concebir la imaginación de las personas que no conocen los países de Oriente, pues no hay palabras para describir los sorprendentes efectos de decoración, de luz y de colores cuyo secreto poseen los orientales.

En un vasto paralelogramo, cuyo centro era el palacio de Koubbéh, la vista no abarcaba, en cualquiera dirección que se moviese, más que un inmenso jardín inflamado, ardiendo, al pa-

recer, con todos los colores del arco iris, con guirnaldas de faroles lindísimos yendo de árbol a árbol, enroscándose a los troncos, formando calles interminables y caprichosísimos dibujos. Dominándolo todo se erguía un bosque de mástiles, en cuya punta flotaban gallardetes con las armas jefiviales, sirviendo de dosel a escudos con las cifras de los novios. De los bosquecillos de naranjos salían los acordes de las músicas europeas, ejecutando piezas de ópera, mientras que de las vistosas tiendas de campaña que cubrían las plazoletas del jardín se elevaba el ritmo plañidero de los cantores árabes, cuyo repertorio asemeja de modo tan absoluto a nuestras canciones populares andaluzas.

La fiesta, como todas las de este país, constaba de dos partes completamente distintas. La mitad del palacio y del jardín era para los hombres, y la otra mitad, la del harén, exclusivamente para mujeres.

En la primera recibían a los invitados el príncipe Mehemet Alí y su futuro cuñado, prohibiendo el uso que en este género de ceremonias tome parte el príncipe reinante.

En la segunda hacía los honores la virreina con sus dos hijas y todas las princesas de su familia.

Ocioso es decir que los Sres. Duques de Madrid fueron recibidos con todas las atenciones debidas a su alto rango y con la exquisita galantería que esta corte no ha desmentido un momento desde que se hallan en Egipto.

Mehemet Alí abandonó el salón de honor, donde esperaba la presentación de los invitados, para ir al encuentro de D. Carlos y presentarle su cuñado, y la virreina colocó al lado suyo a Doña María Berta y a la Infanta Doña Elvira, no cesando de atenderlas con sus hijas toda la noche.

Como en este clima sin rival la primavera es eterna, la cena estaba preparada en el jardín, bajo dos grandes tiendas de campaña, una en cada departamento, y allí fueron conducidos los augustos invitados por los príncipes para que fuesen servidos los primeros.

En el departamento femenino hubo además la tradicional ceremonia de arrojar a puñados, al paso de la novia, moneditas de oro, acuñadas expresamente para el caso, en tan gran cantidad, que se consumen muchos sacos, cada uno con millares de dichas monedas. Las señoras presentes las recogen con tal profusión, que todas se llevan en cantidad suficiente para hacerse pulseras, collares y hasta cinturones.

D. Carlos pasó la mayor parte de la noche conversando con el Ghazi Muktar, no sólo por la viva simpatía que unió a ambos desde que se conocieron, sino por el verdadero atractivo que para el representante del sultán, como para muchos de los militares de su nación, ofrecen todas las cosas relativas a España.

Apasionado por la carrera de las armas, y muy conocedor de nuestras campañas, pues Muktar es el hombre de guerra más estudioso del Imperio otomano, preguntó mil detalles que deseaba conocer sobre nuestra organización, nuestro armamento, el carácter de nuestros soldados, etc., complaciéndose sobremanera con las explicaciones que oía, y narrando a su vez interesantísimos episodios de las campañas que tan alto pusieron su nombre en Asia, elevándole a la suprema dignidad que hoy ocupa.

La brillante fiesta del 30 tuvo no menos brillante epílogo el 31, con la traslación de la princesa recién casada desde su residencia oficial de Abdín a Koubbéh, residencia oficial de su marido.

El desfile cruzó todo El Cairo, siendo presenciado por los Sres. Duques de Madrid desde la magnífica azotea que en su hotel les está reservada.

Abría el cortejo un escuadrón de caballería y una batería de artillería del ejército indígena, con uniformes de gran gala y caballos árabes de pura raza. Cada fuerza llevaba su charanga, montada. Seguía la novia en una riquísima carroza cuidadosamente cerrada, cubierta de telas preciosas y tirada por los seis mejores caballos de las cuadras del jedive. Rodeábala un torbellino de ayudantes, de oficiales y de eunucos, y seguían los demás coches del harén, todos igualmente cerrados y con libreas

lujosísimas. Pero el cortejo parecía todavía más interminable para ojos europeos, porque producía el efecto de formar parte de él la compacta y vistosísima multitud de árabes de todas clases y de los más variados tipos que le seguían aclamando y vitoreando a los novios. En toda la carrera las casas estaban empaesadas y los balcones adornados con banderas.

El 1° de Febrero ninguna excursión. Los señores Duques de Madrid tuvieron a almorzar en su hotel al príncipe de Croy y a su esposa, nacida princesa de Arenberg, y después del almuerzo recibieron en audiencia a varias personas que lo habían solicitado, entre otras al almirante Hussein Bajá, que había pedido permiso para presentarles sus hijos.

El sábado 2, fiesta de la Purificación, después de oír Misa en el convento de la Musky, y de conversar largo rato con los buenos Padres franciscanos, que tanto agradecen las visitas de los augustos proscritos, nuevo paseo en el desierto, por la parte opuesta a la fuente de Moisés, o sea por lo que se llama el desierto de Suez, viendo de paso el cuartel de la artillería árabe, situado en las afueras de la ciudad.

Bajo la aparente monotonía del desierto enciérrese una variedad infinita, que es imposible de explicar con palabras, pero que se aprecia y se siente visitándole, y aquella excursión debió ser muy del agrado de los Sres. Duques de Madrid, pues hoy piensan repetirla, a mayor distancia, y al alba han partido ya las provisiones que los preceden, y una tienda de campaña bajo la cual puedan descansar en el centro del día.

Los periódicos de aquí, que diariamente insertan noticias relacionadas con la estancia de los augustos viajeros, han anunciado que se proponen verificar una excursión al alto Egipto a bordo del yate graciosamente ofrecido por el jedive.

Tengo motivos para creer que la noticia es inexacta y que dicha excursión no se llevará a cabo por ahora, no aceptando el amable ofrecimiento para viajes tan largos como el de Luxor y Assuan, que exige a lo menos tres semanas, y utilizándolo únicamente para expediciones más cortas por el Nilo, como la del gran dique y la de Sakara y Menfis.

La temperatura aquí es deliciosa, y tal vez un poco baja para lo acostumbrado en esta estación, pues el termómetro la mayor parte de los días no sube de 16 grados.

Por esta razón todos los conocedores de estos países, y los mismos Padres franciscanos, han aconsejado a los Sres. Duques de Madrid retrasar un poco la partida para Palestina, donde el frío es muy grande relativamente al de Egipto.

Creo, sin embargo, que el retraso será corto y se limitará a no partir hasta fines de Febrero, en vez de hacerlo a la mitad del mes, como se había proyectado.

El Cairo, 11 de Febrero de 1895.

En pleno desierto. – Maniobras militares. – Mezquita de Kaid Bey. – Los derviches aulladores. – Don Miguel de Braganza. – Almuerto a la turca. – Recuerdos napoleónicos. – El árbol de Kleber.

Contadísimos son ya los días de la estancia de los Sres. Duques de Madrid en Egipto, y probablemente cuando lleguen a Madrid estos renglones se hallarán los augustos viajeros en Palestina, pues, según tengo entendido, han dado orden de retenir sus pasajes esta semana misma en uno de los buques que hacen la travesía de Puerto Said a Jafa.

Poco interés ha de ofrecer, por lo tanto, a sus lectores esta correspondencia conteniendo noticias atrasadas y repetición, en cierto modo, de las que transmití en las precedentes, por lo cual procuraré encerrarla en pocas palabras.

El grande atractivo para los europeos que habitan El Cairo son las excursiones al desierto, y los Duques de Madrid han continuado haciéndolas casi sin interrupción, llevando a cabo algunas muy interesantes en el transcurso de la última semana.

El día 4 lo pasaron todo él en pleno desierto, siguiendo la ruta que llevan los peregrinos musulmanes de la Meca y Medina, a través de las estribaciones de la cordillera arábiga, y almorzando bajo la magnífica tienda de campaña de un maronita del Monte Líbano, católico.

En toda aquella parte la monotonía del desierto está interrumpida de trecho en trecho por las fortificaciones, algunas de ellas artilladas todavía, que levantó Arabi Bajá en vísperas de la batalla de Tel-el-Kebir, y que para nada le sirvieron.

El 5, vuelta de nuevo al desierto para asistir a las maniobras del ejército inglés, que D. Carlos presenció montado en un magnífico alazán árabe, proporcionado por el general conde de Sala.

En ellas tomaron parte unos 3.000 hombres, bajo la inspección del general Walker, comandante en jefe del ejército de ocupación; pero el general se contentó con presenciarlas sin dirigir las, dejando toda la iniciativa de los movimientos a los jefes de cuerpo colocados bajo sus órdenes. No es necesario decir lo mucho que interesaron a D. Carlos, como todas las cosas militares.

El mismo día pasaron la tarde la Duquesa de Madrid y la Infanta Doña Elvira, acompañadas por la princesa Croy, la condesa de Sala y la baronesa de Alemany, visitando a las princesas que la virreina había presentado en la fiesta del matrimonio de su hija, siendo recibidas en cada palacio con la suntuosa etiqueta oriental, y al mismo tiempo con espontánea cordialidad que en nada excluía el respeto.

En los días sucesivos prosiguieron las excursiones y visitas, que no narro detalladamente para no hacer interminable esta carta, limitándome a citar la visita a la mezquita de Kaid Bey, donde se enseña la huella gigantesca de un pie humano, impresa en una piedra, con los dedos perfectamente señalados, y que los árabes pretenden ser la planta que Mahoma estampó en aquella piedra, trasladada desde Medina a El Cairo, y una nueva visita el viernes último a los derviches aulladores de la secta de Abdel-Kader.

Atribuyen los árabes a aquellos derviches la virtud de expulsar al diablo del cuerpo de las endemoniadas, y estas infelices acuden los viernes a sus ceremonias, procurando imitarlos fielmente en sus alaridos y en sus contorsiones, hasta caer en la tierra extenuadas y sin sentido, en cuyo momento creen que se ven

libres del diablo si han ejecutado con exactitud todos los movimientos.

El viernes último había algunas de ellas tratando de copiar con gran fervor a los derviches, mientras éstos invocaban con atronadores alaridos, imitando el rugido del león, el nombre de Allah, Allah, Allah, cientos y cientos de veces sin interrupción, sacudiendo las cabezas y los cuerpos como locos o como epilépticos.

Los augustos viajeros continúan recibiendo incesantes atenciones de toda la familia jedivial, viéndoselos diariamente en compañía de uno u otro príncipe, en especial del ilustradísimo Osman-Bajá, tío del jedive, y de su hermano Alí-Fazil.

También ha ido D. Carlos a visitar esta semana al lealísimo barón de Malortie, víctima de un terrible padecimiento que ha exigido la amputación de los dos pies.

Anteayer llegaron a El Cairo los legítimos reyes de Portugal, D. Miguel de Braganza y doña María Teresa, que fueron en seguida al hotel Shepherds a visitar a sus augustos primos.

Viajan de riguroso incógnito bajo otros nombres, y creo que piensan detenerse en esta ciudad muy pocos días.

Hoy doña María Berta y doña Elvira estaban convidadas por la virreina en el palacio de Koubbéh a un almuerzo a la turca, y pasado mañana tiene proyectada la Familia Real una excursión por el Nilo (que probablemente será la última), a bordo del yate de S. A. el jedive, con objeto de visitar el desierto de Sakkara y las ruinas de Menfis.

Olvidaba decir que uno de los monumentos que más han interesado a D. Carlos son las murallas de Saladino, que aun se conservan en bastante buen estado, con torreones enteros todavía, que hace un siglo utilizó Napoleón para la defensa de El Cairo.

Verdad es que esta ciudad está llena de recuerdos de la expedición de Egipto, punto de partida de la fortuna de Napoleón.

En el mismo hotel Shepherds las cocinas actuales están instaladas en lo que fueron cuadras del primer cónsul, y en el

parque del hotel se levanta, lozano y robustísimo, el árbol centenario a cuya sombra fue asesinado Kleber.

Hoy los ingleses han instalado a su pie un juego de *lawn tennis*.

Puerto Said, 17 de Febrero de 1895.

Adiós a El Cairo. – Almuerzo y visitas de despedida. – El desierto de Sakkara. – Excursión fluvial. – Menfis y las tumbas de los toros Apis. – Últimas atenciones. – Ismailia y el Canal de Suez.

Ha terminado con toda felicidad la excursión de los Sres. Duques de Madrid a Egipto.

En este momento están instalándose sus equipajes a bordo de la *Gironde*, magnífico vapor francés de las *Messageries Maritimes*, que debe conducirlos a Jafa, y que se dará al mar hoy mismo, antes de la puesta del sol.

Los últimos días de la estancia en El Cairo no han sido los menos interesantes.

El 12, después de almorzar en el hotel Shepherds con D. Miguel de Portugal y su esposa, consagraronles toda la tarde, que pasaron con sus augustos primos en el Han-llalil y en los curiosísimos bazares árabes y persas.

El siguiente día, miércoles, fue empleado por entero, desde la mañana a la noche, en la proyectada expedición a Sakkara, la más interesante de todas las que puedan hacerse en las cercanías de El Cairo, y que si bien es algo fatigosa, compensa con creces todas sus molestias por las magnificencias que permite admirar. La amabilidad del jedive y de las autoridades egipcias había, por otra parte, allanado en lo posible todas las dificultades.

Cuando los Duques de Madrid bajaron de los coches en el puente de Kasr-el-Nil para subir al yate del jedive, la guardia de S. A., formada sobre cubierta, les hizo los honores de ordenanza, presentando las armas y tocando marcha las cornetas. En lo alto de los mástiles flotaban juntos el pabellón jedivial y la bandera real española.

Los augustos pasajeros almorzaron a bordo con el conde de Sala-Bajá y Alí-Bey, comandante del yate, y por espacio de dos horas, que es el tiempo que dura la travesía, pudieron contemplar el panorama sin rival que ofrecen las orillas del gran río, cubiertas de verjeles encantadores y presentando como una serie de cambios de decoración caprichosísimos y originales.

Pero el más pintoresco de todos los cuadros era el del punto del desembarque, donde aguardaban los cheíques de los pueblos vecinos, a caballo, con grandes turbantes y vistosos trajes de fiesta, para acompañar a la escolta de caballería de la guardia del jedive y a los soldados de infantería que tenían orden de seguir a los viajeros.

D. Carlos, Doña María Berta, Doña Elvira y sus séquitos montaron a caballo, y en medio de aquella brillante comitiva emprendieron una marcha verdaderamente fantástica a través de bosques de palmeras seculares y de ruinas grandiosas, cuyos ecos eran despertados por los gritos de los cheíques, que, lanzando a escape sus briosos caballos árabes, soberbiamente enjaezados y cubiertos de gualdrapas de seda, ejecutaban fantasías, pasando y repasando al lado de los viajeros con agilidad increíble y haciendo gala a competencia de sus cualidades de jinetes.

Al paso de las aldeas árabes, escondidas bajo las palmeras, salían los beduinos a ver el brillante cortejo, y sus variados trajes, en los que saben envolverse con tan arrogante apostura, contribuían a dar aún mayor relieve y colorido al mágico conjunto.

La marcha duró de cuatro a cinco horas, en las que se recorrieron primero las ruinas de la antigua Menfis, echando pie a tierra para mirar de cerca los dos colosos de Ramsés, que se han dejado yacentes, tal como se descubrieron, por temor de que se rompan si se intenta trasladar aquellas moles inmensas, y después los templos de Sakkara, con las tumbas monolíticas de los toros Apis.

D. Carlos ya conocía estos imponentes y sombríos edificios, pues hace diez años visitó todos los descubrimientos que

inmortalizaron a Mariette Bey; pero después de aquella visita han continuado las excavaciones con gran fruto, y ahora pudo visitar otros dos templos encontrados recientemente bajo la arena, gracias a las indicaciones de las pirámides mortuorias, las cuales abundan de tal modo en Sakkara, que a cierta distancia forman como las ondulaciones de una larga cordillera.

Se regresó al yate en la misma forma, desembarcando al anochecer con iguales honores que a la partida, y dominando a todas las emociones de tan interesante viaje el consuelo de haber visto flotar en tan apartadas regiones los colores de la patria inolvidable, izados con tanto corazón como galantería.

El jueves 14 fue invertido por D. Carlos en hacer las visitas de despedida a los príncipes de la casa jedivial, exceptuando al jedive, que la víspera había salido para Alejandría con motivo de haberle nacido su primera hija, acontecimiento por el cual se cambiaron afectuosos telegramas entre S. A y D. Carlos.

Todos lamentaban mucho que la salida no se retrasase, pues precisamente para el próximo Carnaval se están organizando animadísimas fiestas. Habrá además batalla de flores y dos grandes bailes, a los que se contaba asistieran, dados uno el 23 por el jedive y otro el 19 por lady Walker, esposa del general inglés que manda en jefe el ejército de ocupación.

Pero los Sres. Duques de Madrid no han querido retardar por más tiempo su visita a Palestina, impacientes ya de llegar a Tierra Santa, donde la descendiente de Godofredo de Bouillón, cuyo título y cuya representación lleva hoy su hermano el Príncipe Alaíno de Rohan, desea, unida a Carlos VII, pedir las bendiciones de Dios sobre España.

El mismo día 14 recibieron los Duques de Madrid y la Infanta Doña Elvira en audiencia a una joven española establecida en El Cairo, al lado de su madre enferma, la señorita de Ortega Morejón, hija del cónsul general de España de este apellido que murió en El Cairo el año último, y que precisamente hizo en 1885 la travesía de Alejandría a Nápoles en el mismo buque que D. Carlos.

El día 15 volvieron los augustos proscritos a tener a su mesa a D. Miguel y Doña María Teresa de Braganza, y habiendo regresado el jedive de Alejandría fue el Duque de Madrid a hacerle la visita de despedida al palacio de Koubéh, al mismo tiempo que Doña María Berta y Doña Elvira a la virreina madre.

El joven príncipe envió aquella tarde misma al hotel a su mayordomo mayor, Abani Bajá, para que entregase a D. Carlos un hermoso retrato suyo, y por la noche, a pesar de su cansancio de los últimos días, fue él en persona a su palco de la Opera, donde se hallaban los augustos viajeros, para acompañarlos durante un par de actos de *Fausto*, y para verles una vez más y desearles feliz viaje.

Al hotel Shepherds fueron a inscribirse en los libros de los Duques de Madrid y de la Infanta los príncipes y personajes principales que aquí han conocido; pero no recibieron personalmente más que al representante del sultán, el Ghazi Muktar Bajá, quien les anunció el próximo enlace de su hijo con una hija del difunto emperador de Turquía Abdul Azis.

La partida tuvo lugar ayer sábado, a las once de la mañana, en un vagón salón que el jedive había ordenado se reservase. S. A. envió a la estación a uno de los maestros de ceremonias del palacio para cumplimentar en su nombre a los augustos viajeros, y Doña María Berta y la Infanta recibieron multitud de ramos de flores, entre otros, dos magníficos de la virreina.

La llegada a Puerto Said fue a las ocho de la noche.

El trayecto entre ambas ciudades, a pesar de los grandes trozos de desierto que se atraviesan, dista mucho de ser monótono. Lejos de eso, ofrece puntos de vista variadísimos y de gran animación. Hasta llegar a Ismailia continuamente se ven pasar al lado del tren caravanas de camellos, o bandas de beduinos nómadas, y después de atravesar el campo de batalla de Tel-el-Kebir, y las tumbas de los soldados ingleses muertos en aquella batalla, la línea férrea corre casi sin interrupción paralela al Canal de Suez, y muy próxima, de suerte que a cada paso se ven grandes buques en medio de la arena, al parecer, y que producen el efecto de navegar en pleno desierto.

Ayer un transporte de guerra inglés, cargado de tropas para las Indias, cruzó tan inmediato al tren, que se oían distintamente las voces de los soldados que saludaban agitando sus cascos.

Desde Ismailia en adelante la vía recorre a veces parajes frondosísimos a la izquierda, como las deliciosas orillas del lago de El Cántara. Y en cuanto anochece, los potentes focos de luz eléctrica, que iluminan el Canal como el sol en mediodía, dan al paisaje el aspecto de las cosas que se ven en sueños.

En Ismailia, donde el tren se detiene media hora, estaba la tropa formada en la estación, haciendo los honores de ordenanza, y teniendo a su frente al gobernador, al comandante militar y a las autoridades, que habían recibido orden telegráfica de presentarse a los augustos viajeros.

Igual recepción tuvo lugar en Puerto Said, donde esperaban en La estación Ilusseín Oassif Bey, gobernador del Canal, y el conde de Mont-Joye, comandante general de la policía.

A ambos han convidado hoy a almorzar los Duques de Madrid, quienes esta mañana, acompañados por el secretario del gobernador, fueron a oír Misa a la gran iglesia recientemente construida por los Padres franciscanos.

En el convento han tenido la alegría de encontrar buen número de religiosos españoles, con los que han conversado largamente.

Segunda parte

PALESTINA

Jafa, 19 de Febrero de 1895.

Los Franciscanos en Egipto y en Palestina. – El Gironde. – La costa de Siria. – Los Padres de Jafa y las autoridades turcas. – Hospedería franciscana. – La casa de Simón el cordelero. – Escuelas de los frailes. – Fray Lavinio. – El sepulcro de Tabita. – Recuerdos de España. – Partida para Jerusalén.

Los Sres. Duques de Madrid y la Infanta Doña Elvira llegaron a este puerto en las primeras horas de la mañana de ayer, habiéndose embarcado la víspera en Puerto Said.

En el momento de abandonar Egipto, Don Carlos expidió un expresivo telegrama al jedive, y Doña María Berta otro a la virreina madre, para reiterarles las gracias por todas las atenciones de que habían sido colmados durante su permanencia en aquel país, atenciones que se prolongaron a bordo mismo del buque francés que debía conducirlos a Siria.

Según saben los lectores de *El Correo Español*, el día de su partida convidaron los augustos viajeros a almorzar al gobernador de Puerto Said, Husseín Oassif Bey, y al comandante superior de la policía del Canal, conde de Mont-Joye, yendo después del almuerzo a tomar café a la residencia del primero, a cuya esposa visitaron en su harén la Duquesa de Madrid y la Infanta.

Antes de darse al mar tuvieron la satisfacción de recibir en su hotel a los buenos frailes españoles, a quienes habían visitado por la mañana, pasando en su compañía momentos de cordialísima expansión.

A la hora del embarque las autoridades fueron a buscar a los augustos proscritos, conduciéndolos a bordo del *Gironde* en las lanchas del Gobierno.

La travesía fue excelente, tanto por lo delicioso del tiempo como por las inmejorables condiciones del barco.

A bordo de éste viajaba buen número de Hermanas de la Caridad, francesas, procedentes del interior de Abisinia, con las cuales conversó largamente Doña María Berta parte del viaje.

A las primeras claridades del crepúsculo de ayer pudieron ya verse Gaza, Ascalón y toda esta parte de la costa de Judea, teatro de tantas glorias y de tantas trágicas tristezas de los cruzados, y a las siete de la mañana el *Gironde* echó el ancla a la vista de Jafa, que si contemplada desde el mar parece acreedora a este nombre (la bella o la agradable, en árabe), por su pintoresca posición en anfiteatro y sus casas escalonadas entre naranjales y limoneros, vista en su interior quita toda ilusión al viajero mejor predispuerto, pues sus incomodísimas calles, todas en escalera, son otros tantos corrales públicos plagados de inmundicias.

Apenas pasado el vapor abordáronles dos grandes lanchas, una con la bandera turca y otra con la del Santo Sepulcro.

La primera conducía a un oficial otomano, enviado por el gobernador (*kaimakan*) para desear la bienvenida a D. Carlos y decirle que S. E. le aguardaba en el muelle para presentarle en persona sus respetos al saltar a tierra.

En la segunda se hallaban los PP. Franciscanos de Jafa, en cuyo convento iba a alojarse D. Carlos.

En esta barca tomaron asiento los augustos viajeros, y rodeados de los Padres fueron conducidos al muelle, donde los recibió el gobernador con las autoridades y soldados formados, poniendo a su disposición dos gendarmes para que los escoltasen.

Precedidos de éstos y de dos genízaros, que con dos grandes mazas de plata iban golpeando el suelo para que abriesen paso las gentes, verificóse la subida al convento, situado a gran altura, en el mismo recinto donde se alzaba la ciudadela de San Luis,

dominando de una parte la ciudad y de otra el mar, sobre el cual se avanzan sus espaciosas azoteas.

Los Duques de Madrid fueron instalados en los mismos cuartos donde habían habitado años antes el Infante D. Alfonso y el emperador de Austria; pero antes de ocuparlos quisieron visitar la hermosa iglesia recientemente levantada por los Padres, oyendo Misa en ella. ¡Qué vivas emociones debía sentir en aquel recinto el corazón de D. Carlos, español cual ningún otro!

Allí todo le hablaba de España: la Marcha Real que tocaba el órgano, los castillos y leones bordados en la casulla y en los ornamentos sagrados, y esculpidos en las candeleras y en las lámparas del santuario, por todas partes recuerdos de España y de sus grandezas. Y no sólo en el templo, sino fuera de él, pues por doquiera se ven las armas de España, en la fachada del convento, en los puños de plata de los bastones de los *kavash*, en las tapicerías que cubren los reclinatorios de los cuartos destinados a Los Príncipes peregrinos, por todas partes, en suma.

Después de la Misa y del desayuno, excursión al interior de la ciudad a pie, pues los coches no pueden andar por estas calles, para visitar, precedidos siempre por los genízaros y los soldados, las principales y escasísimas curiosidades: el bazar, más bien pobre y mezquino, sobre todo comparado con los de El Cairo; los restos de las murallas que construyó San Luis, el mercado, la fuente monumental árabe, las escuelas de los misioneros y la mísera mezquita levantada sobre el solar de la casa de Simón el cordelero. En aquella casa, según relatan los *Hechos de los Apóstoles*, habitó San Pedro; en ella tuvo su visión de los animales puros e impuros, por lo cual Dios le instruyó de que el Mesías había venido indistintamente para los gentiles y para los judíos; de ella, finalmente, vinieron a sacar al Príncipe de los Apóstoles los enviados del Centurión Cornelio, ávido de conocer la verdadera Religión.

En las escuelas de los misioneros, los augustos proscriptos fueron saludados por los alumnos con el himno turco, al cual se había aplicado una letra *ad hoc*, improvisada por su maestro, y

dos niños leyeron a D. Carlos dos Mensajes, uno en turco y otro en italiano, terminando con entusiastas vivas.

Diferentes Padres acompañaban en esta excursión a los Sres. Duques de Madrid; pero quien llevaba la voz como *cicerone* era el tan ilustrado como modesto Fr. Lavinio, al cual sus superiores han enviado expresamente a Jafa para que no deje un momento a los ilustres viajeros y los sirva de guía todo el tiempo que permanezcan en Palestina.

Fr. Lavinio, eruditísimo Religioso belga, ejerció este mismo cargo con el difunto Sr. Conde de Chambord, y nadie puede llevarlo a cabo con mayor competencia, pues la voluminosa *Guía de Tierra Santa*, escrita por él, es la obra más acabada que existe en su género y la de mayor autoridad.

Después de la comida, D. Carlos envió su gentilhombre al gobernador para que le entregase su tarjeta y le diera gracias por la acogida de que había sido objeto, y más tarde verificó una excursión en coche por las afueras de la ciudad, visitando los hermosos jardines que producen las naranjas de Jafa, famosas en todo Oriente; la colonia alemana, que a fuerza de trabajos y de constancia ha convertido un gran trozo del desierto en plantaciones riquísimas y feraces, y, finalmente, la gran iglesia rusa, que los cismáticos han construido en el mismo sitio donde, según la tradición, San Pedro resucitó a la hija de la viuda.

El pope ruso encargado de la iglesia enseñó también la tumba que existe en una caverna inmediata y que desde tiempo inmemorial pasa por ser el sepulcro de Tabita, la viuda de que hablan los *Hechos de los Apóstoles*.

Es cierto que Jafa es de los puntos de Judea en que las tradiciones se remontan a más remota fecha, pues ya desde mucho antes de Jesucristo se citaba esta playa como el punto en que el profeta Jonás fue tragado por la ballena.

En todas estas excursiones los Sres. Duques de Madrid tenían la gran alegría de ser acompañados, no sólo por Fr. Lavinio, sino por los Padres españoles aquí residentes, cuya conversación y trato daba a todo mayor atractivo.

Estos son el P. Agustín Aspiazu, presidente, guipuzcoano; el P. Victoriano Argote, de Treviño, párroco; el P. Felipe Fuentes, castellano, y el P. Luis Sabaté, del Priorato.

Este 'último, residente en Jerusalén, había venido expresamente de la Ciudad Santa para acompañar a los augustos viajeros en nombre de aquellos Padres, y ya se había encontrado contemporáneamente con D. Carlos en regiones hasta más apartadas de España, pues el día que el Duque de Madrid llegó a Lima salía el P. Sabaté de la capital del Perú para las Misiones del interior de la República.

Con el P. Argote ya había tenido también un encuentro Carlos VII hace muchos años, cuando sólo contaba ocho de edad el que hoy es fraile venerable y barbudo. Rapaz avispado y entusiasta durante nuestra última guerra, hubo un trance crítico en que se le utilizó como confidente, y en que tuvo el orgullo de llevar en persona un parte al Rey, quien le dió (cuenta riéndose el buen Padre) un duro y un sopapito afectuoso.

Hoy, después de la Misa, han ido los augustos viajeros a visitar las monjas, el colegio de niñas y el hermoso hospital, debido a la generosidad de un francés.

A las dos de la tarde salen hoy para Jerusalén con Fr. Lavinio y el P. Sabaté.

Acompáñales el jefe de la policía de Jerusalén, que el gobernador (*mutacherif*) de aquella ciudad ha enviado desde allí para que se ponga a sus órdenes.

Jerusalén, 20 de Febrero de 1895.

En el tren. – El país de los filisteos. – Recuerdos de Sansón. – El valle de los Gigantes. – Arimatea. – El monte del Mal Consejo. – Primera visita al Santo Sepulcro. – Trofeos de Godofredo de Bouillón. – El hospicio de Casa Nova. – Los Padres del Discretorio. – Fray Felipe Ricci. – Atenciones turcas.

Anoche llegaron a esta ciudad los Sres. Duques de Madrid.

A la estación de Jafa, de donde partieron a las dos de la tarde, fueron a despedirlos los padres Franciscanos que por espacio de dos días los habían alojado y atendido con tanta solícitud.

Fray Lavinio tomó asiento en el coche-salón que los conducía, y empezando en seguida a ejercer sus funciones de guía, fue, durante las cuatro horas del trayecto, explicando y describiendo todos los lugares que atraviesa el camino en aquella vasta llanura, que es, desde Jafa a las montañas de Judea, una de las comarcas más ricas en recuerdos bíblicos.

Crúzase primeramente el país de los filisteos, donde se enseñan todos los sitios relacionados con la historia de Sansón, la casa donde nació, su tumba, el pueblo de su legítima mujer, el campo donde soltó las 300 zorras con las antorchas atadas a la cola, la casa de Dalila, el punto en que ésta le entregó a los filisteos, etc., etcétera.

Prosigue después el valle de Rafaim, o de los gigantes, testigo igualmente de la lucha de David con los filisteos, y antes de llegar a las colinas de Judea se pasa por Ramleh, la antigua Arimatea, donde existen los solares de las casas que ocuparon José y Nicodemus.

Por último, el tren contorna el monte del Mal Consejo, donde los judíos, congregados en la casa de campo de Caifás, decidieron la pérdida del Salvador, y se detiene en los arrabales de Jerusalén, fuera de las murallas.

El propósito de los Sres. Duques de Madrid era, ante todo, visitar el Santo Sepulcro, y, por lo tanto, allí se dirigieron desde la estación misma, en la que fueron recibidos afectuosísimamente por multitud de PP. Franciscanos de aquí, que tanto se desviven por todos los peregrinos.

La iglesia del Santo Sepulcro se cierra generalmente a la puesta del sol, y ya era de noche, pero se había avisado por telégrafo el deseo de los augustos viajeros, y el clero aguardaba a la puerta para recibirlos.

Prosternáronse primeramente delante de la piedra de la unción, sobre la que fue ungido el cuerpo del Redentor antes de darle sepultura y que está colocada a la puerta de la iglesia, y

después de besarla y rezar breves momentos, fueron introducidos por el Superior de los Franciscanos en la misma cavidad del Santo Sepulcro.

Largo rato permanecieron allí, solos, hincados de rodillas sobre la roca sagrada, poseídos de honda emoción compartida por los que, reunidos en la inmediata capilla del Angel, los contemplaban arrodillados y oraban con ellos.

Terminada su oración, los Padres Franciscanos creyeron mejor aplazar para la mañana siguiente, a hora más oportuna, pues precisamente se oían los cantos de los cismáticos que celebraban sus oficios, la visita detallada a todo el templo, y los augustos proscritos ofrecieron ir hoy a primera hora a oír una Misa que encargaron en el Calvario.

Sin embargo, al pasar por la sacristía el Superior, que es francés (en el Santo Sepulcro el Superior tiene que ser francés desde Enero a Abril, español desde Mayo a Agosto, e italiano desde Septiembre a Diciembre), no quiso que se fueran sin enseñarles los venerables recuerdos históricos que allí se conservan, la espada y las espuelas de Godofredo de Bouillón, que habían de ofrecer particularísimo interés a los Duques de Madrid, por ser el primer rey cristiano de Jerusalén un antepasado de Doña María Berta.

Con dicha espada son hoy armados Caballeros los que reciben del Patriarca de Jerusalén la gran cruz del Santo Sepulcro, y tanto la espada como las espuelas deben ser auténticas, pues existen, sin interrupción, en poder de los Franciscanos desde la fundación de la Orden, o sea desde el siglo XIII.

De la iglesia se dirigieron los Duques de Madrid, a pie, al Hospicio de los Franciscanos, conocido en Jerusalén con el nombre de Casa Nova, donde se alojan.

Allí los esperaban, para darles el saludo de bienvenida, los Padres del Discretorio, o sean las autoridades supremas de la Orden en Palestina, reverendísimo Padre Guardián y reverendos Padres Procurador general y Vicario, con su Consejo. Los estatutos exigen que el Guardián, aquí, sea siempre italiano, el Procurador siempre español y el Vicario siempre francés.

Los augustos viajeros manifestáronse agradecidísimos a las atenciones de los buenos Padres, ofreciéndoles restituirles próximamente la visita en el gran convento de San Salvador que poseen al lado de la hospedería.

Ésta, vasta, límpísima y perfectamente servida, está al cuidado del Rvdo. P. Felipe Ricci, italiano, y de un lego, español, que atienden con el mayor celo a centenares de peregrinos, dejando a todos altamente satisfechos.

El *mutacherif* o gobernador turco, Ibrahim-Bajá, envió también anoche su secretario para desear la bienvenida a los augustos viajeros y decirles que mientras estuvieran en la ciudad tendrían a sus órdenes un agente de policía y un oficial de gendarmes, y que si hacían excursiones fuera rogaba se le previniese con anticipación para proporcionarles escolta.

Jerusalén, 21 de Febrero de 1895,

Misa en el Calvario. – Los tres altares del Gólgota. – Profanaciones. – Iglesias y capillas encerradas en la basílica del Santo Sepulcro. – Tumbas de los reyes cruzados. – El Patriarca de Jerusalén. – Las cadenas de San Jorge.

Ayer asistieron los Duques de Madrid a la Misa que habían ordenado en lo que todos llamarnos impropriamente el Monte Calvario, y que no es, ni fue nunca, monte, sino un sitio algo elevado, al que era preciso subir por una cuesta bastante pendiente desde la parte baja de la ciudad.

Santa Elena, al ordenar el plano de su basílica, incluyó el Calvario dentro de la misma iglesia que el Santo Sepulcro, y así sigue por haber los cruzados reedificado aquella parte ajustándose al plano de la madre de Constantino.

Tres altares se levantan en el Gólgota; el de la Crucifixión, en el sitio mismo en que Cristo fue clavado en la Cruz; el de la Elevación, en el sitio en que la Cruz fue alzada y donde expiró el Salvador; y el del Descendimiento, en el lugar en que la Virgen María recibió en los brazos el cuerpo de su divino Hijo. El

primero y último altar pertenecen a los católicos; el segundo a los griegos cismáticos.

En el tercero fue celebrada la Misa ordenada por los Sres. Duques de Madrid, quienes la oyeron arrodillados en el pavimento que señala el lugar preciso en que el Hijo de Dios fue despojado de sus vestiduras, al lado de la verja que da luz a la capilla construida en el sitio desde el cual contemplaron la Virgen María y San Juan Evangelista cómo los sayones desnudaban a Jesús.

No puede haber ciudad alguna donde un alma creyente sufra tanto como en Jerusalén, teatro de continuos sacrilegios y profanaciones.

Desde la puerta de la gran basílica, la más venerable y sagrada de la Cristiandad, los guardianes turcos, sentados o echados en un diván, riendo, fumando y retozando dentro del templo mismo, llenan el espíritu de sentimientos de vergüenza, de indignación y de pena, que van en aumento cuando, adelantando por el interior del recinto consagrado, se ven los lugares donde se desarrollaron las más augustas escenas del misterio de la Redención profanados por las sectas disidentes que han ido usurpándolos, ora a viva fuerza, ora sobornando a las complacientes autoridades turcas.

Así sucede con la capilla de la muerte del Salvador.

Sobre el agujero en que fue clavado el Árbol de vida, y que hoy está forrado interiormente de plata, han levantado su altar los griegos cismáticos. En aquel mismo altar un pope griego, con igual desenvoltura que si se hallase en un museo o en su casa, estuvo todo el tiempo que duró la Misa retratando con lápiz a D. Carlos, sin duda para ganarse algunos francos enviando su dibujo a cualquier periódico ilustrado.

Detrás de aquel altar se enseña la hendidura de la roca producida por el terremoto del Viernes Santo.

La tradición pretende que en aquella misma roca estaba sepultado el cráneo de Adán, que allí depositó Sem (de donde vino el nombre de Calvario, lugar del cráneo), y que plantada sobre él la Cruz de la Redención, la sangre del Hijo de Dios le

lavó de toda mancha. A esta tradición se atribuye la costumbre de colocar en los crucifijos una calavera debajo de los pies del Redentor.

Terminada la Misa, los Duques de Madrid visitaron en detalle y minuciosamente, por espacio de dos o tres horas, todas las capillas de la basílica, conducidos por Fray Lavinio, que advertía cada uno de los sitios, y son considerables, además de los ya nombrados, en que se gana indulgencia: la capilla del Ángel, donde las Santas Mujeres fueron advertidas por el mensajero celeste de la Resurrección del Señor; la piedra que marca el sitio donde se retiraron las tres Marías, mientras Nicodemus y José de Arimatea amortajaban sobre la piedra de la unción el cuerpo de Cristo; el sepulcro de José de Arimatea; las capillas conmemorando las apariciones de Nuestro Señor a su Santísima Madre, y primero a María Magdalena; la columna de la flagelación (que no debe confundirse con la trasladada a Roma, que es la columna a que el Salvador fue atado en casa de Caifás la noche del Jueves al Viernes Santo); la capilla que sirvió de cárcel a Jesucristo y los dos ladrones mientras se ultimaban los preparativos materiales de su suplicio; la de Longinos; la de la Santa Túnica, donde se sortearon las vestiduras del Señor; la de la columna de los oprobios, donde sentaron al Redentor para coronarle de espinas, y, finalmente, las dos iglesias de Santa Elena, relacionadas con la invención de la Santa Cruz.

Antes de abandonar la basílica visitaron también las tumbas de los reyes cristianos de Jerusalén, o mejor dicho, lo que queda de las de Godofredo de Bouillón y de Balduino I, su hermano, cuyas cenizas aventaron los griegos en su odio salvaje a los recuerdos de las grandezas latinas, que habían respetado hasta los mismos turcos.

Desde la iglesia del Santo Sepulcro fueron los augustos viajeros a visitar al Patriarca de Jerusalén, Mons. Ludovico Piavi, deseosos de adelantarse a su visita, pues el Patriarca había mandado a preguntar a la hospedería a qué hora podrían recibirle.

Veinte años há, habíale conocido D. Carlos en Constantino-
pla, alegrándose mucho de volver a encontrarte ahora aquí en
puesto tan eminente.

Mons. Piavi, acompañado de su coadjutor, Mons. Appodia,
devolvió aquella misma tarde la visita.

De paso para la hospedería muéstrase como cosa interesante
y bárbara un establecimiento cismático, en cuyo interior hay
soldadas a la pared unas pesadísimas cadenas, que se llaman de
San Jorge, y que los griegos pretenden utilizar para curar la lo-
cura.

¡El tratamiento consiste en encadenar al pobre loco y diri-
girle preguntas, pegándole de latigazos hasta que las respuestas
son congruentes! Aseguran que las curaciones son muchas.

Jerusalén, 22 de Febrero de 1895.

*La torre de David. – La casa de Anás. – Santiago el Mayor. –
La casa de Caifás. – Solar de la Virgen y San Juan Evangelista. –
El Monte Sión y el Cenáculo. – Falso sepulcro de David. – Un
maestro en hachís.*

La tarde entera de anteayer la emplearon los Sres. Duques
de Madrid en la excursión al Monte Sión, la más interesante y
la más conmovedora de cuantas pueden hacerse en Tierra San-
ta, pero al mismo tiempo la que más penosa impresión produce
por el estado actual del Cenáculo, lugar que, más aún que el
Calvario y que el Santo Sepulcro, es el verdadero centro moral
del mundo, alrededor del cual gravita toda la vida religiosa.

Antes de llegar al Monte Sión propiamente dicho, o sea a la
meseta que ocupó y fortificó Raimundo Conde de Tolosa para
expugnar Jerusalén, se recorren sitios de grandes recuerdos,
muchos de ellos enriquecidos con indulgencias.

El primer monumento importante que se encuentra en el ca-
mino es la famosa Turrís Davidica, la inexpugnable fortaleza
construida por el Rey Profeta, y que aun hoy se mantiene en
buen estado, tanto que los turcos la han artillado y sus cañones
son los que anunciarán pasado mañana al pueblo musulmíco el

comienzo del Ramadán, o sea del mes lunar, en que los sectarios de Mahoma no pueden comer ni beber más que desde que el sol se pone hasta que sale al día siguiente.

Desde aquella torre vió y deseó David a Betsabé, y al pie de sus murallas se enseña aún el solar donde estuvo la casa de lirias.

Más adelante la casa del gran Pontífice Anás, hoy iglesia armenia cismática. Una de sus capillas señala el sitio en que Nuestro Señor sufrió su primer interrogatorio y en que fue abofeteado por un criado del Pontífice. En el patio se enseña un grupo de olivos, retoños, según la tradición, de uno a que fue atado Jesucristo mientras se deliberaba sobre su suerte.

Los mismos armenios cismáticos poseen a corta distancia su catedral, levantada en el sitio en que fue martirizado Santiago el Mayor con siete discípulos españoles que le acompañaban. Nuestro glorioso Patrón, que fue el protomártir de los Apóstoles, es también Patrón de Armenia.

Encima del lugar exacto en que rodó por tierra la cabeza del Apóstol, decapitado por orden de Herodes Agripa, hay un altar armenio, en el cual los PP. Franciscanos conservan el derecho de celebrar los Oficios Divinos todos los años el día de Santiago solamente.

D. Carlos, que lleva siempre sobre sí una preciosa medalla del Apóstol, procedente de Santiago de Compostela, la tocó a la piedra santificada con su decapitación.

En el centro de la catedral hay un gran sillón, que los armenios llaman de Santiago, porque sostienen que desde él predicó el Apóstol, pero que evidentemente es muy posterior. El Patriarca armenio, sin embargo, no lo ocupa nunca, por respeto, y se sienta en otro más pequeño que hay al pie del primero.

Desde la catedral armenia se va a la casa de Caifás, pasando por un camino en el que una columna de piedra conmemora el sitio donde el entierro de la Virgen fue asaltado por los judíos, que querían arrancar a los Apóstoles el cuerpo de la Madre de Dios.

Un olivar separa aquella columna conmemorativa de la capillita levantada sobre el solar de la casa de Caifás, donde se

veneran dos de los lugares más famosos en la Pasión: el patio donde San Pedro negó a Jesús, y el sitio en que el Divino Salvador pasó la noche del Jueves al Viernes Santo.

A poca distancia poseen los armenios otra capilla, cuyo altar está formado por la piedra que cerraba el sepulcro del Redentor, y que el ángel removió en el momento de la Resurrección.

A la salida se atraviesa por delante de los cementerios de varias sectas, y algunos minutos más lejos se ve un campo abandonado, cubierto de escombros y maleza: allí se levantaba la casa que la Virgen María y San Juan Evangelista habitaron desde que el Redentor confió su Divina Madre al Discípulo amado.

Por fin se entra en pleno Monte Sión, y se llega al más augusto de los Santos Lugares, al Cenáculo, el sitio donde se verificaron los más sublimes misterios de nuestra Religión, donde Nuestro Señor instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía y el Sacerdocio, donde pronunció los admirables discursos que San Juan ha recopilado en su Evangelio, donde lavó los pies a los Apóstoles, donde se les apareció diversas veces después de su Resurrección, donde predijo la debilidad de San Pedro y la traición de Judas, donde hizo a Santo Tomás tocar sus llagas, donde por vez primera se celebró la Pascua cristiana y se comulgó el Cordero Inmaculado, donde el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles.

Hasta mediados del siglo XVI, aquel lugar, santo entre los más santos, estuvo confiado a los Franciscanos, pues para ellos lo rescataron del sultán, mediante 17 millones de piezas de oro, Roberto de Anjou y su esposa doña Sancha de Aragón; pero a pesar de este justísimo título y de dos siglos de posesión no interrumpida, los turcos los expulsaron hace más de tres siglos, so pretexto de que allí se había encontrado el sepulcro de David, que es también profeta para los musulmanes, y que a éstos les obliga su ley religiosa a no dejar los cuerpos de sus profetas en poder de infieles.

Hay, en efecto, un sepulcro y un cenotafio que se enseñan como de David dentro de aquel recinto, pero que nada prueba

que son auténticos, antes bien la opinión más acreditada es que la sepultura del rey profeta debe hallarse en otra parte del Monte Sión.

Como quiera que sea, los turcos, cohonestando con esta superchería su rapiña, han convertido la iglesia en mezquita, a la que han dado el nombre de *Nabi Daud*, profeta David.

Los peregrinos que quieren ganar la indulgencia plenaria concedida a aquellos lugares, tienen que arrodillarse, como hicieron los Duques de Madrid, en la sala del Cenáculo, rodeados de turcos, que los contemplan entre hostiles y zumbones, y que si no interrumpen sus rezos es por la esperanza del indispensable *bachís* o propina.

El turco encargado de custodiar el Cenáculo debe ser maestro en la ciencia de los *bachís*, pues llamando aparte al dragomán que servía de intérprete, le dijo: «Ya te buscaré fuera para recoger la propina; pero delante de todos estos amigos que me rodean voy a decir muy alto que no quiero nada de viajeros que sé son muy ilustres; porque si no, como me darás mucho, tendría que partirlo con ellos, y prefiero guardarlo yo solo».

Y como lo dijo lo hizo, gritando muy fuerte: «¡Nada de *bachís*, nada de *bachís*!» Y acompañando a los viajeros lejos, muy lejos, hasta que nadie le veía, para alargar entonces la mano.

Jerusalén, 23 de Febrero de 1895.

En el convento de San Salvador. – Getsemaní y sus contornos. – La casa de San Joaquín y la piscina probática. – Basílica de la Asunción.

Anteayer, jueves, después de oír Misa en la iglesia de San Salvador, los Sres. Duques de Madrid hicieron la visita que tenían prometida a los PP. Franciscanos de aquel convento, con los que pasaron toda la mañana, interesándose vivamente en las múltiples dependencias que encierra aquel vasto establecimiento, provisto de grandes talleres, con toda la maquinaria movida por el vapor, imprenta, fundición de caracteres, encuadernación, molino harinero, hornos, carpintería, zapatería,

laboratorio químico y bien provista farmacia; nada falta de lo indispensable para atender a las primeras necesidades, tanto físicas como intelectuales.

En el mismo convento han instalado los Religiosos un gran Asilo de huérfanos, en el que reciben educación y asistencia buen número de niños, de cuyo grado de instrucción pudieron darse perfectamente cuenta los Duques de Madrid, que pasaron cerca de una hora entre ellos, oyéndoles recitar versos y discursos en diferentes lenguas y cantar varios trozos de música con notable maestría. El director del Asilo es un Padre español, como españoles son todos los que componen la capilla musical de la iglesia, excepto el organista, que es alemán.

Por la tarde visita a Getsemaní y a los lugares sagrados que se encuentran al paso.

En ningún lugar santo ha sido tan constante, seguro y no interrumpido el culto desde los tiempos apostólicos como en el huerto de Getsemaní. Los seculares olivos, que no miden menos de ocho metros de circunferencia en el tronco, y que asemejan a corpulentas rocas coronadas de ramas y de hojas, son los árboles más venerables que existen después del árbol de la Cruz. Hasta el siglo pasado eran nueve. Hoy no quedan más que ocho, porque la indiscreta devoción de los peregrinos ha destruido el noveno. Sus raíces fueron regadas por las lágrimas y el sudor de sangre del Hijo de Dios en la noche que precedió a su sacrificio, y bajo sus ramas fueron los Apóstoles instruidos en la oración.

Al huerto de Getsemaní rodéale, como cerco sagrado, una corona de lugares santificados por el Salvador: el sitio donde Jesús dirigió su plegaria a su Padre Celestial para que apartase, si era posible, el cáliz de la Pasión de sus labios; la gruta de la agonía, donde el Redentor pasó las últimas horas que precedieron a su prisión; el lugar donde recibió el beso de Judas; la roca sobre la que se quedaron dormidos San Pedro, Santiago y San Juan mientras rezaba su divino Maestro.

En la visita a Getsemaní se ven, de pasada, sitios de gran devoción o de sumo interés, como el lugar de la lapidación de San

Esteban, la gruta de Jeremías y las tumbas de los Reyes; pero los más edificantes de todos son los relacionados con el nacimiento y la muerte de la Virgen María.

En el solar de la casa de San Joaquín se eleva hoy una hermosa iglesia, confiada a los Padres blancos del Cardenal Lavignerie y consagrada a Santa Ana. Aquel solar bendito fue el regalo que Abdul Mejid hizo en 1856 a Napoleón III, en prueba de gratitud por haberle ayudado en la guerra de Crimea, y sobre él los franceses han construido la bellísima iglesia y un Seminario para los orientales unidos a Roma. En la cripta del templo se conservan, en estado relativamente perfecto, varias habitaciones de la casa de San Joaquín y de Santa Ana, y en particular el lugar de la Inmaculada Concepción y del nacimiento de la Santísima Virgen, según constante tradición de la Iglesia oriental. Los occidentales se inclinan a creer que la Virgen María nació en Nazaret, en la Casa Santa venerada hoy en Loreto; pero de esta opinión de la iglesia occidental se separan los PP. Franciscanos, que, en general, sostienen el nacimiento en Jerusalén.

Como quiera que sea, lo indudable es que San Joaquín y Santa Ana vivieron largos años en las inmediaciones del templo, en aquella misma casa, donde, si no nació su hija, a lo menos habitó cuando niña.

Junto al pórtico del templo de Santa Ana está la piscina probática donde Jesús, con gran escándalo de los fariseos, curó al paralítico en un día de sábado.

Finalmente, antes de abandonar a Getsemaní, visitaron los augustos viajeros la iglesia y la basílica subterránea de la Asunción, donde se conserva, excavado en la roca viva, el verdadero sepulcro que contuvo el cuerpo purísimo de María antes de subir al Cielo.

Jerusalén, 24 de Febrero de 1895.

La mezquita de Omar. – El San Pedro del islamismo. – Mezquita de El Aksa. – Las caballerizas de Salomón y la Puerta Aurea. – Vía Crucis. – El llanto de los judíos.

La mañana del viernes fue empleada por los Sres. Duques de Madrid en visitar la famosa mezquita de Ornar, el monumento que hace que Jerusalén sea, a los ojos de los musulmanes, ciudad santa, viniendo inmediatamente detrás de la Meca y de Medina.

La ley sentencia a muerte a todo cristiano que pase los umbrales de esta mezquita, pena de la que no puede ser indultado más que abrazando el islamismo.

Esta ley rigurosa, en vigor aun a principios de este siglo, ha caído en desuso desde la guerra de Crimea; pero el fanatismo musulmán sigue mirando como una profanación la presencia de cristianos en aquel santuario, y para visitarle es preciso un permiso especial del gobernador y la protección de algunos genízaros.

La suntuosísima mezquita, obra culminante de la arquitectura turca, ocupa exactamente el mismo solar sobre que se levantó el templo de Salomón, en la cima del monte Moría.

La explanada que la precede era en aquel templo el atrio de los gentiles, y la espaciosa plataforma que viene detrás señala el lugar del atrio de Israel, que Jesucristo santificó tantas veces con su presencia y con sus hechos.

Allí fue encontrado a los doce años de edad discutiendo con los doctores; de allí arrojó a los mercaderes y traficantes que profanaban la casa de Dios; allí protegió a la mujer adúltera y ensalzó el óbolo de la viuda; allí quisieron los judíos apedrearle como blasfemo, y desde allí predijo la destrucción del templo.

En el interior de la mezquita está el recinto de los sacerdotes, el sitio del altar de los holocaustos y el del *Sancta Sanctorum*. Este punto, que es la roca culminante del monte Moría, donde Abraham se disponía a sacrificar a Isaac, ocupa el centro de la mezquita y constituye el objeto de mayor veneración para los

musulmanes. La roca está enteramente al descubierto en toda su extensión, contenida dentro de una balaustrada y cubierta por la monumental bóveda, tan famosa en el mundo musulámico como la de San Pedro en el cristiano.

Innumerables son las tradiciones musulmanas relacionadas con este templo, y se llenarían largas columnas con la simple narración de las curiosidades que allí se enseñan; pero no lo hacemos porque sería apartarnos del verdadero objeto de esta crónica de este viaje.

De la mezquita de Omar se va a la mezquita El Aksa, pasando por las arcadas, donde, según los sectarios de Mahoma, y en unas cuerdas que ya están puestas entre arco y arco, se colocarán los platillos de las balanzas en que se han de pesar los pecados el día del juicio. Los musulmanes muy creyentes sostienen que los platillos ya están colocados, y que sólo son visibles para los hombres muy puros y perfectos, y los musulmanes más listos dicen que ellos los ven.

La mezquita El Aksa ha reemplazado a la iglesia de la Presentación, construida por Justiniano, y ocupa el sitio de las habitaciones anejas al templo de Salomón, donde estuvo retirada la Virgen María al ir a presentar al templo su Divino Hijo.

En el subterráneo, de construcción evidentemente salomónica, tenían sus cuadras los caballeros templarios, y hay la tradición, nada inverosímil, de que Salomón las tuvo antes.

En la mezquita El Aksa se encuentra la Puerta Aurea, por la cual Jesucristo entró triunfalmente en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Por la tarde, los Sres. Duques de Madrid, la Infanta Doña Elvira y sus servidumbres tuvieron el consuelo y la dicha de hacer, unidos a los Franciscanos, el *Vía Crucis* público que los Padres siguen todos los viernes, partiendo del pretorio de Pilatos para concluir en el Santo Sepulcro, recorriendo las mismas calles que Nuestro Señor, deteniéndose en los mismos puntos en que el dulcísimo Salvador del mundo se detuvo cargado con la cruz, y arrodillándose en los mismos lugares que presenciaron sus angustias.

Gran consuelo es, en efecto, y dicha inestimable el lograr la gracia de practicar este piadoso ejercicio en la misma Jerusalén y poder hacer esta pública profesión de fe en presencia de los turcos y de los judíos.

Terminada la piadosa ceremonia mucho antes de anoecer, Fr. Lavinio condujo a los augustos viajeros a un espectáculo que tampoco puede presenciarse más que los viernes: el de los judíos llorando sobre sus miserias delante del muro que, a causa de esto, se llama «del llanto de los judíos».

Antiguamente los infortunados hijos del pueblo deicida iban a llorar sobre las verdaderas ruinas de su templo; pero desde la construcción de la mezquita de Ornar tienen que contentarse con derramar sus lágrimas en la parte de afuera de dicha mezquita, en el pedazo de muralla, o mejor dicho, de cerca ciclópea exterior que aun se conserva en pie y que Salomón levantó para rodear todo el templo.

Todos los viernes del año multitud de judíos harapientos pasan allí la tarde, con la cara vuelta hacia la pared, llorando a lágrima viva, golpeándose la cabeza contra las piedras, cantando unos el salmo 79 y recitando otras lamentaciones escritas expresamente por los rabinos para aquel lugar.

Y al contemplar aquellos seres moral y físicamente miserables como pocos, parece que se oye salir del muro que golpean con sus frentes una voz sepulcral que grita: «¡Que Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Jerusalén, 25 de Febrero de 1895.

Preciosos ornamentos sagrados. – El valle de Josafat y el monte Olivete. – La fuente de Siloé. – Tradiciones turcas. – Iglesia del Pater. – Las Carmelitas. – Convento de María Reparadora.

El sábado 23, después de oír Misa en San Salvador, entraron nuevamente los Duques de Madrid en el interior del convento para complacer a Doña Elvira, que deseaba admirar más de cerca los magníficos ornamentos que poseen los PP. Franciscanos, y que todos, con rarísimas excepciones, proceden de

antepasados de D. Carlos, pues son regalos de Soberanos de las casas de Borbón, de Austria, de Braganza y de Saboya, sus cuatro apellidos. El más venerable de aquellos objetos es la casulla de San Luis; los de mayor gusto los dados por María Teresa, y los más ricos los enviados por Carlos III cuando reinaba en Nápoles, que consisten en custodias y báculos cuajados de pedrerías y un retablo de altar de plata maciza, evaluado todo en varios millones de duros.

Por la tarde excursión al valle de Josafat y al monte Olivete.

El famoso valle de las lágrimas, del recogimiento y de la muerte es el lugar de la tierra más adecuado por su aspecto mismo de desolación y de tristeza para inspirar meditaciones fúnebres. Un torrente sin agua, el Cedrón; rocas peladas, raquíuticos arbustos, áridas montañas, fragmentos de tumbas violadas, y en la pared que lo cierra casi perpendicularmente, embutido un centenar de casuchas tan míseras y pobres, que hay que mirarlas muy de cerca para conocer que son otra cosa que agujeros abiertos en la peña; tal es el aspecto del lúgubre valle, cuya extensión será de cuatro kilómetros por 200 metros de anchura media, si bien hay sitios en que es muchísimo más angosto. En el fondo se levanta una leprosería, como el monumento más adecuado para aquella decoración de muerte.

Dos cementerios le dominan, el musulmán por la parte inmediata a la ciudad y el judío hacia el monte Olivete,

Innumerables son los recuerdos del Antiguo y del Nuevo Testamento que cercan el celeberrimo valle. Allí se enseña la tumba de Absalón, el lugar del sacrificio de Melquisedech, el sitio donde se ahorcó Judas en una higuera, las tumbas de Zacarías y de Santiago el Menor, el lugar del martirio de Isaías, el punto en que se retiraron los ocho Apóstoles que no acompañaron al Redentor a Getsemaní, y la piscina y fuente de Siloé, en la primera de las cuales curó Jesús, según el Evangelio, al ciego de nacimiento, y en la segunda donde, según la tradición, lavaba la Santísima Virgen los pañales de su Divino Hijo en los días que habitó la casa del viejo Simeón.

Sobre uno de los lados del valle de Josafat, al Oriente de Jerusalén, se levanta una escarpada colina, famosa también entre todos los lugares santos, el monte Olivete, desde el cual se verificó la gloriosa Ascensión a los Cielos de Nuestro Señor.

Subiendo a él por uno de los senderos que parten de Getsemaní, se pasa por el sitio donde Jesús lloró sobre la ciudad deicida y se llega al solar donde se elevó la basílica construida en honor de la Ascensión por Santa Elena, reemplazada hoy por una mezquita. En el interior de ésta se conserva, venerada por los musulmanes al igual que por los cristianos, la roca calcárea en la que el Redentor dejó estampadas las plantas de los pies al remontarse al Cielo. Las huellas de ambas plantas han sido visibles durante siglos enteros, pero hoy no se conserva más que la izquierda, habiendo borrado la otra los mismos peregrinos a fuerza de arrancar fragmentos de la roca.

La mezquita del monte Olivete se convierte en iglesia cristiana tres días al año. Los turcos la ceden a los PP. Franciscanos desde la vigilia de la Ascensión hasta el día siguiente de esta fiesta, y les permiten cubrirla de tapices y llenarla de altares y cantar en ella las glorias del Crucificado, pues los musulmanes miran a Jesús como un gran Profeta, el mayor después de Mahoma, y creen en su Ascensión a los Cielos lo mismo que nosotros, con la diferencia de que no admiten que muriese en la Cruz. Según ellos, Dios le consideró tan santo y tan grande, que quiso eximirle de las tristezas de la muerte y lo arrebató vivo al Cielo, para lo cual, apenas se decidió su prisión, cambió la fisonomía de Jesús en la de Judas, y viceversa, para engañar a jueces y sayones, de suerte que el mal Apóstol fue el crucificado, en castigo de su sacrílega traición.

También a la Virgen la veneran como madre de tan gran Profeta, y a la fuente de Siloé, de que hablamos más arriba, la llaman Ain Sitti Maryam, fuente de la Señora María.

Al bajar del monte de la Ascensión a la ciudad se visitan dos de los santuarios de mayor devoción, la capillita erigida en el sitio en que los Apóstoles compusieron el Credo, y la iglesia del

Pater, que señala el sitio donde Nuestro Señor enseñó por segunda vez la oración dominical a sus discípulos.

Esta iglesia, de gran culto durante la dominación de los Cruzados, fue después arrasada, pero ha podido al fin reedificarse en este siglo, y hoy está confiada a una Comunidad de Religiosas Carmelitas.

Don Carlos, después de haberla visitado y ganado la indulgencia plenaria que allí se concede, manifestó deseos de saludar, con Doña María Berta y Doña Elvira, a la Superiora, la cual le recibió en el locutorio carmelitano, sin saber otra cosa, sino que era un Príncipe y que se llamaba el Duque de Madrid, nombre poco familiar para la buena Religiosa.

Habiendo en el curso de la conversación hablado el augusto viajero de su madre, hubo de decir que también se hallaba desde hace más de veinte años en un convento de Santa Teresa.

– A otra santa Princesa que vive con las hijas del Carmelo he escrito yo hace poco – dijo la Superiora.

– ¿Cómo se llama?

– La Archiduquesa Beatriz, en Graz.

– Precisamente esa es mi madre.

– ¡Cómo es posible! ¡Esa señora de quien es madre es de D. Carlos! – replicó la Carmelita muy asombrada.

Fáciles son de imaginar las explicaciones que siguieron a esta ingenua exclamación, de la que fue la primera en reír la Religiosa, que sólo entonces se enteró de quiénes eran los visitantes, descorriendo en seguida la cortina del locutorio y dejándose ver, pues los estatutos de la Orden dan este privilegio a todos los descendientes directos de San Luis, para los cuales se suspende el rigor de la clausura.

Al abandonar el convento admiraron el hermoso patio, cuyas paredes están cubiertas de azulejos, en los cuales se lee el Padrenuestro en todas las lenguas.

Ayer domingo asistieron los augustos viajeros a la Misa cantada en San Salvador, y visitaron después el convento de María Reparadora, donde tuvieron el gusto de hallar dos Religiosas

españolas y otras que habían residido mucho tiempo en España y hablaban perfectamente nuestra lengua.

En cuanto a los Franciscanos españoles residentes en Jerusalén, son tantos que no queremos nombrar a ninguno por no incurrir en alguna omisión. Los Duques de Madrid y la Infanta los buscan, como es de suponer, con preferencia, y han recibido de casi todos ellos preciosísimas reliquias y recuerdos inestimables de Tierra Santa.

Hoy no es verosímil que pueda verificarse ninguna excursión, pues los augustos viajeros y sus guías se hallan bloqueados en Casa Nova por una lluvia torrencial, doblemente molesta cuando se llega de clima tan cálido y tan seco como el de Egipto.

En Palestina no llovía desde Noviembre del año pasado, y la ansiedad era grande, no sólo por el temor de perder la cosecha, sino porque en este país no se bebe más que el agua de las cisternas, y éstas principiaban a agotarse.

Para implorar la lluvia dispusieron los Franciscanos un triduo, y Dios los oyó de tal manera que desde el tercer día de rogativas no ha cesado de caer un verdadero diluvio, tan benéfico para los campos como desagradable y molesto para los peregrinos.

Jerusalén, 26 de Febrero de 1895.

Belén. – El milagro del Oriente. – Luz y sombras. – La poesía de Belén. – Basílica de la Natividad. – Criptas sagradas. – Ningún judío.

Hoy se ha invertido todo el día en la peregrinación a Belén, de la que acaban de regresar los Sres. Duques de Madrid a la caída de la tarde, para reposarse algunas horas y emprender mañana la del Jordán y mar Muerto, que es mucho más larga y fatigosa.

Grandes son las sorpresas que esperan en Tierra Santa al peregrino piadoso, y cuando se ve de cerca el hormigueo de sectas disidentes encarnizadas sobre este suelo sagrado como voraces gusanos sobre un fruto maduro, el creyente no puede menos de

exclamar: «En verdad que el Cristianismo es obra de Dios, y basta para probarlo el prodigio de que la luz del Evangelio haya brotado de este tenebrosísimo Oriente, y que la unidad moral de la raza humana sea hija de esta patria natural de todas las divisiones».

Pero al lado de esas tristezas, ¡qué hermosas compensaciones se encuentran a cada paso! Y al lado de aquellas sorpresas desagradables, ¡cuántas otras gratísimas!

Pocas en tan alto grado como la que produce la vista de Belén y su contraste con Jerusalén.

La maldición de Dios se cierne sobre Jerusalén de un modo, por decirlo así, visible. Los hombres y las cosas, la naturaleza y los monumentos parecen plegarse bajo el peso de la cólera divina.

Un paisaje contorsionado y deforme; rocas agrietadas y estériles; en vez de plantas cavernas que semejan las fauces desdentadas de monstruos antediluvianos; un aire impregnado de polvo calcáreo como cenizas aventadas; alturas contrahechas que más que el nombre de montañas merecen el de jorobas; hondonadas pedregosas que más que valles debieran llamarse barrancos; tal es la desolada campiña en medio de la cual se levanta Jerusalén, sucia, sombría, repulsiva, tétrica como ninguna otra ciudad.

El peregrino que se deja rodar por estas calles resbaladizas y pendientes, procurando evitar lo mejor posible los montones de inmundicias que obstruyen el paso, suspira por llegar al Santo Sepulcro, esperando que en aquel sacratísimo recinto el ánimo, que se siente abrumado y cohibido entre las altas y negras paredes de la ciudad musulmana y judía, verá abrirse luminosos horizontes.

Engañosa esperanza. La iglesia del Santo Sepulcro inspira, ante todo y sobre todo, un terror sagrado que aplana más y más el espíritu en vez de levantarlo. El cristiano siente allí, más que en parte alguna, el peso de su indignidad. Aquellos altares, aquellos espesísimos muros, aquel suelo que después de haber bebido la sangre del Redentor se empapó en sangre de

cruzados, parecen gritarle: «Deicida, tú también le crucificaste: por ti también murió; este es el lugar de tu crimen».

La muerte, el pecado, la ingratitud humana, el martirio de Dios, son las ideas que abruman al creyente en aquellos sitios augustos, y arrasados los ojos en lágrimas, se esconde la frente en las manos, se evoca el recuerdo de los muertos que nos fueron caros, y no se piensa más que en todo lo que se ha perdido.

Hasta la misma disposición material del edificio, con la horrenda y pesadísima cúpula bajo la cual los cismáticos han aplastado la tumba del Señor, obligando a las gentes a no poder entrar más que a gatas, y a no poder oír la Misa más que dos personas a la vez en el Sepulcro, contribuye a aumentar la opresión que allí siente el espíritu.

¡Qué antítesis con el risueño, con el dulce, con el plácido Belén!

Así como en Jerusalén todo llora, en Belén todo sonríe con la sonrisa de la infancia inocentísima.

Diríase que la naturaleza entera ha guardado estereotipadas las inefables sonrisas con que allí debió acoger la Virgen María el nacimiento de su Divino Hijo, así como toda Jerusalén guarda las huellas de las lágrimas que aquí vertió la Dolorosa.

Apenas se pasa la tumba de Raquel y la casa en que ésta murió al dar a luz a Benjamín, únicos sitios notables que se encuentran en el camino, se dobla un recodo, y los ojos, fatigados de la monotonía del paisaje que desde Jerusalén se recorre, se encuentran alegremente sorprendidos por el delicioso panorama que le reemplaza.

Belén y su campiña son exactamente iguales a los nacimientos que formaban el regocijo de nuestra infancia en España,

Las mismas frondosas colinas; los mismos graciosos peñascos coronados de musgo siempre verde; los mismos corderinos blancos como la nieve o negros como el azabache, bajo la custodia de un venerable pastor con peluda zamarra o de un retozón zagal vestido de vistosos colores; la misma placidez en la naturaleza; la misma tranquilidad en los personajes; la misma frescura y lozanía infantiles en el conjunto.

El peregrino que peina canas refrena involuntariamente el caballo ante aquella fidelísima evocación de los cuadros que embelesaban su niñez, y poseído de honda emoción se pasa la mano por los nublados ojos y le parece ver como en un sueño los lugares mismos que adornaba con luces y guirnaldas treinta o cuarenta años atrás. Entre aquel viñedo y el bosquecillo de naranjos inmediato colocaba su madre una fila de velitas de color. De aquel peñasco reluciente como una esmeralda, al oscuro olivar que está a su derecha, tendían un rústico puente él y sus hermanos. Por aquel repecho del fondo distribuían los pastorcillos de barro que subían al pesebre a adorar al recién nacido.

¡Y todo es verdad! Hasta la aldea de los pastores que duerme al pie de Belén, con sus casas rústicas y sus hatos pintorescos, hasta los camellos que, con acompasada cadencia, con el orgullo de portadores de regios presentes, van subiendo hacia el sagrado portal que los Reyes Magos visitaron.

¡Oh bendita poesía de la infancia y mil veces bendita poesía de nuestra santa Religión! ¡Qué amargas lágrimas vertemos por nuestros muertos queridos en la religiosa penumbra del Santo Sepulcro, y qué dulce llanto derramamos por ellos en el luminoso valle del santo pesebre!

Porque Jerusalén es una noche, noche sublime y sagrada, precursora del gran día; pero noche al fin, todo tinieblas y pavor, mientras que Belén es una aurora, la más risueña y esplendente de todas, la aurora de la Redención.

El encanto no cesa, antes bien va en aumento al visitar los santuarios que, aunque subterráneos en sus partes principales, y de dimensiones más bien reducidas, producen la impresión de espaciosos y edificantes templos.

La iglesia de la Natividad, que se levanta sobre todos ellos, es muy hermosa, y acaso el templo más antiguo de toda la cristiandad, pues es la misma basílica que erigió Constantino el año 330.

En ella esperaban a D. Carlos a la puerta la Comunidad de Padres Franciscanos, en la que tuvo el augusto proscrito la alegría de encontrar dos frailes españoles, ambos del Condado de

Treviño, comarca que Carlos VII recuerda con tanto cariño del tiempo de la guerra.

Debajo de la basílica constantiniana están las grutas sagradas, convertidas en capillas. La primera de todas es la de la Natividad. En el sitio mismo en que el Redentor vino al mundo hay una estrella de plata incrustada en el suelo con esta leyenda en torno: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*

Sigue el oratorio del pesebre, donde la Virgen acostó a su Divino Hijo, y donde Éste fue adorado por los pastores.

A algunos pasos de distancia se halla el altar, erigido en el punto de la Adoración de los Reyes Magos.

Cada uno de estos altares, separadamente, está enriquecido con indulgencia plenaria, así como lo están con indulgencia parcial las grutas inferiores, en las que se encuentra:

La capilla de San José; la de los Santos Inocentes, donde, según la tradición, se refugiaron muchas madres con sus hijos para salvar a éstos del decreto de Herodes, pero sin conseguirlo, porque, descubiertos, fueron pasados a cuchillo, y allí están enterrados; la de Santas Paula y Eustoquia, donde se hallan sepultadas estas dos damas romanas, y las dos de San Jerónimo, una donde escribió la *Vulgata*, y otra donde estuvo depositado su cuerpo desde su muerte hasta su traslación a Roma.

Fuera ya de la basílica, y a algunos minutos de distancia, se venera otra gruta, llamada la gruta de la leche, donde, según la tradición, amamantando un día la Virgen al Niño Jesús, dejó caer al suelo unas gotas de su leche, que dieron a aquella tierra la virtud de procurar este primer alimento para la infancia a las madres o nodrizas desprovistas de él.

La tradición está tan extendida entre las mujeres cismáticas, las turcas y hasta las beduinas como entre las católicas, y diariamente van mujeres de todos los cultos a recoger partículas de aquella tierra privilegiada, con objeto de diluirlas en el agua que beben.

Las únicas que no practican esta devoción son las judías; pero entre los muchos atractivos que tiene Belén hay que incluir el de que no cuenta ni un solo judío. De sus 7.000 habitantes, la

inmensa mayoría son católicos. Los protestantes no pasan de 50 y los musulmanes de 300, incluyendo el destacamento militar allí establecido.

Éste, formado a la entrada del pueblo, presentó, como en todas partes, las armas a D. Carlos, que va acompañado siempre de un oficial de gendarmería turca, puesto a sus órdenes por el bajá gobernador de Jerusalén.

Jericó, 1° de Marzo de 1895.

Camino de Jericó. – Betania. – La Casa del buen Samaritano. – El mar Muerto y el Jordán.

Anteayer, miércoles de Ceniza, 27 de Febrero, dio comienzo la peregrinación al Jordán y mar Muerto, que hoy termina.

Los Sres. Duques de Madrid pasaron las primeras horas de la mañana en el Calvario, recibiendo la sagrada Comunión en el altar de la Crucifixión, y oyendo la Misa de acción de gracias en el del Descendimiento, y partieron de Jerusalén a caballo, alrededor de mediodía, llevando consigo, no solamente al indispensable Fr. Lavinio, sino a un buen Padre español, provisto de un altar portátil, para decirles la Misa en aquellos días que iban a pasar lejos de todo santuario.

El camino de Jericó empieza por atravesar una aldea que los árabes llaman *El Lazareyé* (pueblo de Lázaro), y que no es, en efecto, otra cosa que la poética Betania. En ella se visita el sepulcro de Lázaro y se ven las ruinas de la casa de Marta y de María. A la salida de la aldea se venera la piedra del coloquio, llamada también del descanso, donde Marta halló sentado al Salvador cuando salió a anunciarle que Lázaro había ya muerto.

Aquellos lugares donde tanto se complacía Nuestro Señor y donde se retiraba con tanta frecuencia, evocan a cada paso recuerdos del Nuevo Testamento, como la casa de Simón el leproso, donde María Magdalena derramó el vaso de perfumes sobre la cabeza de Jesucristo, la higuera estéril, que el Señor maldijo, etc.

Al salir de Betania principia ya el vertiginoso descenso hacia la llanura del mar Muerto.

Jerusalén se encuentra a 800 metros próximamente sobre el nivel del mar, y Jericó a más de 200 metros más bajo que el Mediterráneo. Hay, por consiguiente, que hacer una bajada de más de 1.000 metros para llegar a la ciudad de Josué.

La primera mitad del camino es una serie de profundos barrancos, entre los que serpentea una asperísima cuesta que cambia de nombre a trozos, aunque todos compiten en lo lúgubres; cuesta de la Sangre, de las Langostas, del Vampiro, etc.

A las tres horas de marcha se llega al alto que señala la mitad del camino y que en el país se designa con el nombre de Casa del buen Samaritano. Claro está que siendo el buen samaritano no más que el protagonista de una parábola y no habiendo existido nunca realmente, mal puede tampoco existir su casa; pero la imaginación de los orientales ha necesitado dar cuerpo a la parábola y le ha atribuido la propiedad de aquella fementida venta, donde no se halla más que un poco de agua turbia.

Allí comen los caballos el pienso que a previsión se lleva y descansan un cuarto de hora los viajeros antes de proseguir las otras tres horas que faltan hasta Jericó.

Las paredes de la casa del buen samaritano están cubiertas de inscripciones puestas por los peregrinos que allí han descansado, y entre ellas hay la siguiente, que, para satisfacción de nuestros excelentes amigos de Tolosa, copiamos:

«Antonio y Juan Elosegui, de Tolosa, España, estuvieron en este lugar el 19 de Marzo de 1894, acompañados del P. Diego de Murillo y de nuestro buen dragomán Rafael Lorenzo».

D. Carlos fue el primero en descubrir aquellos renglones, dedicando todos un recuerdo a la fiel familia guipuzcoana, con cuyas boinas viajan siempre los augustos proscriptos.

Desde la casa del buen samaritano el camino continúa más pendiente, si cabe, pero el horizonte se ensancha y embellece. En el fondo de un imponente precipicio, en una profundidad que, vista desde la altura, parece completamente inaccesible, entre rocas cortadas a pico, se levanta un gran monasterio

griego, construido en el mismo sitio adonde San Joaquín fue en peregrinación para obtener del Señor que cesara la esterilidad de Santa Ana. Delante del monasterio corre un torrente, cuyo salvaje rumor sube medroso hasta el alto camino.

En muchas de aquellas gigantescas rocas se ven agujeros muy negros y grandes que parecen guaridas de fieras. Son cuevas en las que hacen penitencia multitud de anacoretas cismáticos, cuya vida debe ser durísima, pues los griegos ascetas son muy extremados, y hay allí un convento ruso donde los monjes, que viven mejor que los anacoretas, no comen en todo el año más que higos secos y aceitunas.

Poco después se descubren en hermoso anfiteatro las montañas de los moabitas, sirviendo de marco al mar Muerto; se ven relucir las aguas de éste, y se contempla el espacioso valle del Jordán.

En el fondo de la llanura aparece Jericó, la ciudad de las palmeras para los hebreos. Hoy no existe ni una sola, y la que fue industriosa y rica ciudad ha quedado reducida a un simple montón de 20 chozas inmundas, en las que viven apiñados con sus animales 200 o 300 beduinos, ladrones en su casi totalidad.

Hay, sin embargo, una fonda, el hotel del Jordán, donde echaron pie a tierra los Duques de Madrid y su comitiva a las seis de la tarde, alojándose unos en los pocos cuartos que hallaron libres y otros en tiendas de campaña levantadas alrededor del hotel, bajo la protección de la escolta de caballería que el bajá de Jerusalén había dado a los augustos viajeros.

Frente a las ventanas del hotel se levanta el altísimo monte de la Cuarentena, donde Jesús permitió ser tentado por el demonio, y a un tercio de camino antes de llegar a la gran meseta que lo corona se ve la gruta en que el Redentor ayunó cuarenta días, de donde ha quedado el nombre a la montaña.

Ayer jueves, después de oír Misa, excursión al mar Muerto y al Jordán, que se hace a trozos en coche, pero la mayor parte del tiempo a caballo, y que en el fondo es menos monótona de lo que parece al empezarla; pues una vez que se adelanta en el desierto del mar Muerto, sorprenden y maravillan todo el

tiempo las fantásticas obras que la Naturaleza ha hecho allí con la arena, poblando aquella soledad de pirámides, de castillos, de torreones, de campanarios, de toda clase de construcciones, que parecen completamente debidas a la mano del hombre, y que sólo son aglomeraciones fortuitas de arena.

En aquella parte del desierto los enmarañados espinos, que forman el fondo de la vegetación de Jericó, son reemplazados por las famosas manzanas de Sodoma, fruta del tamaño de una ciruela, con todas las apariencias sanas, y llena por dentro de ceniza, como vieron los viajeros tomando muchas de ellas.

Desde las tristes playas del mar Muerto a las risueñas orillas del Jordán, haciendo alto los peregrinos durante media hora en el sitio donde fue bautizado Nuestro Señor Jesucristo, que es el mismo lugar desde donde Elías se remontó al Cielo, y regresando a Jericó a la caída de la tarde, con un calor tropical, pues la temperatura de aquella hondísima cazoleta es de las más elevadas que se conocen. Ayer, al anochecer, había más de 31 grados centígrados, y en verano sube hasta 65.

Hoy, a mediodía, están ensillándose los caballos con objeto de regresar a Jerusalén, donde se espera dormir esta noche.

Jerusalén, 3 de Marzo de 1895,

Dos tristes noticias. – Compensaciones. – Los Dominicos de San Esteban. – Fiesta pontificia. – San Juan de las Montañas. – Iglesia de la Visitación.

Al regresar Carlos VII de Jericó anteayer a la noche encontró aquí las dos noticias dolorosísimas del fallecimiento del general Iparraguirre y del príncipe Salvador Iturbide, comunicadas respectivamente por los señores conde de Lasuen y general Sacanell, y que hondamente apesadumbraron su ánimo.

Ayer, sábado, se emplearon largas horas en despachar la correspondencia de España, llegada aquella mañana, aun más voluminosa que de costumbre, porque el temporal que reinaba en la costa había impedido a los vapores abordarla por espacio de algunos días y se recibieron juntos todos los correos atrasados.

Entre otras cartas, D. Carlos leyó con singular placer y visible satisfacción una muy larga de su incansable y queridísimo marqués de Cerralbo, pareciendo interesarle en alto grado las noticias que contenía.

Por la tarde visita a los PP. Dominicos que habían estado a inscribirse en la portería de Casa Nova, y cuyo Prior, Rvdo. P. Lagrange, conocía ya a parte de nuestra Real familia, pues había predicado en la capilla de Frohsdorf cuando D. Jaime habitaba aquel Señorío preparándose para ingresar en la Academia Militar de Wiener Neustadt, y guardaba el más grato recuerdo de la acogida que le habían dispensado S. A. R. y el capellán del castillo, monseñor Curé.

Al lado del Rvdo. P. Lagrange tuvo Don Carlos la alegría de encontrar dos jóvenes religiosos españoles, Fr. Diego Castras y Fr. Casimiro Hernández, ambos de la provincia de Salamanca, enviados por el colegio de Ocaña para instruirse en las lenguas en aquella Comunidad compuesta de frailes de diferentes países, aunque la mayoría son franceses.

Los Dominicos han construido una hermosa iglesia y un convento anejo en el mismo sitio donde fue apedreado San Esteban, y después de diez años de ímprobos trabajos han conseguido rehacer toda la planta de aquel suntuosísimo templo y descubrir de él restos muy importantes, por ejemplo, grandes trozos de pavimento de mosaico, que conserva la misma brillantez y colorido que si lo acabasen de construir.

Todo fue recorrido y admirado por los señores Duques de Madrid, que desde la iglesia de los Dominicos fueron al palacio del Patriarcado a despedirse del Patriarca de Jerusalén. Tuvieron el sentimiento de no encontrarle, pero la despedida ha tenido lugar hoy en Casa Nova, adonde han ido con este objeto el Patriarca Mons. Ludovico Piavi, y su coadjutor, monseñor Appodia, Obispo de Capotolia.

Al regresar anoche a la hospedería franciscana los augustos viajeros y su séquito recibieron de manos del venerable rector del Hospicio, Rvdo. P. Felipe Ricci, las patentes de su peregrinación, ornadas con artísticas vistas en color de los principales

santuarios, y cada cual extendida con el nombre correspondiente, recuerdos preciosísimos que, unidos a tantos otros inestimables que de aquí llevan, mantendrán siempre viva en su espíritu la imagen de estos Santos Lugares y la memoria de los días de recogimiento y de fervor que aquí han pasado.

Hoy, domingo, han oído en el Gólgota la Misa del Rvdo. P. Cardona, Procurador general de Tierra Santa, religioso que a su virtud y a su ilustración añade la energía del carácter español y catalán, conservado en toda su pureza, a pesar de que el P. Cardona, que salió de España hace más de un cuarto de siglo, ha pasado casi toda su vida lejos de ella; lo cual le ha permitido no ser ni testigo ni partícipe en nuestras luchas políticas, a las que ha permanecido ajeno.

En el almuerzo de aquel día el buen P. Ricci sorprendió a sus huéspedes presentándoles en su frugal, pero sanísima mesa, unas botellas de champagne para celebrar el aniversario de la coronación de León XIII, y en unión de los Padres brindó D. Carlos, con muchísimo gusto, por *nuestro enemigo* (!) el Pontífice-Rey, Monarca legítimo, como él, desposeído por la revolución.

La tarde estaba destinada a la última peregrinación en los alrededores de Jerusalén, y ciertamente no la menos edificante, la de San Juan de las Montañas, la pintoresca aldea que los árabes llaman Ain-Barim, y en la que se veneran la casa de San Zacarías, el santuario de la Visitación de la Virgen a Santa Isabel y el lugar del nacimiento de San Juan Bautista, el más grande entre los hijos de los hombres, como le llaman los libros santos.

En el camino se atraviesa la pradera donde David combatió con el gigante Goliat, y se contemplan admirables puntos de vista, hasta llegar frente al pueblecillo que, por lo risueño de su aspecto, lo bien cultivado de su campiña y la alegría de su conjunto, recuerda a Belén.

En las afueras del pueblo aguardaba toda la colonia católica con sus vistosos turbantes y sus airosos trajes morunos, prorrumpiendo, a la vista de los augustos peregrinos, en vivas atornadores, que hacían eco al repique de las campanas, y

acompañándolos con espontáneas demostraciones de júbilo hasta la iglesia, en cuya puerta esperaba la Comunidad, compuesta en grandísima parte de españoles.

Inmenso fue el consuelo de D. Carlos al oír por todas partes nuestra lengua, pareciéndole hallarse de nuevo en España, muchas de cuyas provincias estaban allí representadas por algún fraile, incluso las que antiguamente lo fueron en América, pues en San Juan hay un Religioso argentino, como en el Santo Sepulcro otro de Méjico.

Otro Padre anciano recordó a D. Carlos que, siendo este niño, le había conocido en Paullo, en la parte de los Apeninos perteneciente al Ducado de Módena, como había conocido también a su augusta madre, a Francisco V y a otros muchos parientes suyos y maestros, ya difuntos.

Profundamente conmovidos por la sencilla cordialidad del recibimiento, los augustos peregrinos visitaron la iglesia, construida en el solar de la casa de San Zacarías, y, después de rezar en ella, descendieron a la capilla subterránea, que se llama gruta de la Natividad de San Juan, y que es precisamente la habitación en que aquel gran Santo vino al mundo. Hoy es uno de los Santos Lugares enriquecidos con indulgencia plenaria.

El Duque de Madrid, al ganarla, la aplicó por el alma de su malogrado padre, que llevaba el nombre del Precursor.

Desde la iglesia entraron en el convento, donde les esperaba una modesta pero sabrosa merienda, y de allí a la capilla de la Visitación, erigida algunos minutos más lejos, en el sitio que ocupaba la casa de campo de San Zacarías y Santa Isabel, que es el lugar en que la Virgen María visitó a su prima. El altar mayor señala el punto exacto en que el alma de la Madre de Dios, penetrada de amor, de respeto y de gratitud hacia el Omnipotente, exhaló aquellos sentimientos en las sublimes palabras del *Magnificat*.

En la misma capilla está encerrada la roca donde según la tradición depositó Santa Isabel a su hijo para librarle de la Degollación de los Inocentes, y que al sentir el peso del prodigioso niño se ablandó como la cera para ocultarle, hecho que

conmemora en torno a la roca la siguiente inscripción: *Dum infantes ab iniquo Herode mactabantur, Elisabeth in hac rupe abscondisse filium suum Joannem continua tenet traditio.*

Llegó el momento de la partida, que fue muy triste, tanto porque aquella era en realidad la última etapa de la peregrinación, como por lo insensiblemente que se había pasado la tarde en aquel recinto tan español.

Doña María Berta y Doña Elvira habían conversado mucho con los Padres, no pudiendo ocultar éstos el asombro que les causaba oír expresarse a la primera con tanta facilidad y soltura en nuestra lengua, ignorada absolutamente por ella hace menos de un año, y que hoy le es de todo punto familiar.

D. Carlos, emocionadísimo, no acertaba a separarse de aquellos lugares, y estrechando cordialmente las manos que se le tendían, no cesaba de repetir la pena que le causaba ver ya próximo el día de dejar a Tierra Santa.

No es posible estampar aquí los nombres de todos; pero pueden estar seguros los buenos Padres de aquel santuario que la visita a San Juan de las Montañas es una de las que dejarán huella más indeleble en el ánimo de los augustos proscriptos.

Jafa, 6 de Marzo de 1895.

Misa por España. – Concierto en San Salvador. – Despedidas. – Última visita al Santo Sepulcro. – Partida de Jerusalén. – Ramleh. – Entre amigos – Las azoteas de San Luis.

Desde ayer a mediodía hállanse en este puerto los Duques de Madrid, la Infanta Doña Elvira y su séquito, aguardando el buque que hoy debe conducirlos a Egipto.

El 4, víspera de su partida de Jerusalén, oyeron en el altar de la Aparición de Jesús Resucitado a la Virgen, en la basílica del Santo Sepulcro, una Misa que había D. Carlos encargado expresamente para pedir a Dios que proteja a España y la conserve la fe, el mayor y más característico de sus timbres de gloria.

La tarde la pasaron en el convento de San Salvador, asistiendo a un concierto vocal e instrumental verdaderamente

notable, organizado por los frailes, que dieron pruebas de poseer en la Comunidad artistas consumados.

De regreso a Casa Nova al anochecer, recibieron en visita de despedida al reverendísimo P. Custodio, Superior general de Tierra Santa, acompañado de los Padres del Discretorio que forman su Consejo y de otra multitud de religiosos.

Ayer, 5, de madrugada se dirigieron a la basílica del Santo Sepulcro para hacer sus últimas devociones y besar una vez más la sagrada piedra en que reposó el cuerpo del Redentor, y elevar una suprema oración al Cielo desde la cumbre del Gólgota, y de allí se encaminaron directamente a la estación para tomar el tren que parte a las siete de la mañana.

Conmovera en extremo fue la despedida, pareciéndole a D. Carlos que al separarse de cada uno de aquellos religiosos se alejaba de un antiguo y querido amigo.

En muchos de ellos se reunía la condición de ser españoles, pues allí había uno que había militado como capitán en un batallón carlista, vizcaíno; otro, de Bermeo, que había servido en la marina mercante como capitán de barco, y tantos y tantos otros cuyas vidas accidentadas parecen otras tantas novelas, y que al fin en la paz del claustro han hallado el dulce reposo del marinero que gana el puerto después de deshechas borrascas.

El coche salón ocupado por los augustos viajeros había sido colocado el último del tren, por manera que puestos de pie en la plataforma que lo cierra, pudieron aún por buen rato, después de la marcha, saludar a los hijos de San Francisco y a los Dominicos españoles agitando los pañuelos, pues la vía corre por largo trecho en línea muy recta.

A los dos tercios del camino, en la estación de Rama (el Ramleh árabe), salieron a saludarlos otros Padres de aquel convento y las Religiosas de San José, y a las once y media llegaron a la estación de Jafa, donde tuvieron la alegría de encontrar otros amigos no menos estimados que los que dejaban en Jerusalén, los Padres de esta hospedería, con quienes ya habían habitado y de los que conservaban tan cariñoso recuerdo.

También se hallaba en la estación un joven compatriota nuestro, el Sr. Camprubí, empleado en aquel ferrocarril, y que, aunque alejado de la política, sólo por ser español y por conocer el españolismo de D. Carlos salió a saludarle.

En el convento fueron agradablemente sorprendidos hallando buen número de *Correos Españoles*, mucho más recientes que los leídos en Jerusalén (pues la correspondencia circula con gran irregularidad en el interior de Palestina), llenos de interesantes noticias.

Leyéndolos, y, sobre todo, conversando en sabrosísimas pláticas con los Padres en la poética azotea del convento, antigua fortaleza de los turcos y de San Luis que domina al temible mar de Jafa, pasaron sin sentir la tarde entera y las primeras horas de la noche, deplorando unos y otros con toda el alma que tocara ya a su fin este viaje, el que más ha conmovido y más ha interesado a D. Carlos de todos cuantos ha hecho, a pesar de haber recorrido el globo en ambos hemisferios.

La dulce intimidad de aquellas que pudieran llamarse verdaderas pláticas de familia sólo fue interrumpida para recibir las corteses visitas del *kaimakán*, o gobernador de Jafa, Alí-Bey y de Husny-Bey, presidente de la Municipalidad.

Hoy, miércoles, han oído la última Misa de Tierra Santa, celebrada en la iglesia de San Pedro por el presidente de la Comunidad, el venerable P. Agustín Azpeazu, de Mondragón, uno de los religiosos que honran a España en la seráfica milicia, y que por sus dotes de corazón y de mente ha edificado a los augustos proscriptos.

Un sentimiento llevan éstos al embarcarse, el de haberse tenido que privar, por fortuna solamente al final de la peregrinación, de la grata compañía de Fr. Lavinio, su discreto y solícito guía, que la víspera de su salida de Jerusalén cayó enfermo.

Quien los ha acompañado hasta el fin, y no los dejará más que en la cubierta del buque que los lleve a Egipto, es su inteligente y fiel dragomán, el Sr. Alfonso Alonzo, de cuyos servicios quedan altamente complacidos.

EPÍLOGO

I

Por la Patria. – Por Dios.

Cuando dos veces consecutivas en el transcurso de once años D. Carlos abandonó a Europa para recorrer Méjico y la América del Sud, nada más distante de su ánimo que cualquier móvil interesado. Aquellos viajes, ajenos a toda razón de interés, obedecían exclusivamente a una razón de sentimiento: el amor a la patria.

A nuestro antiguo imperio colonial iba, más que el heredero de los grandes Reyes que lo fundaron, el admirador de las glorias españolas, deseoso de verlas revivir allende los mares.

De igual manera en la ocasión actual. El Rey ha ido a Tierra Santa exclusivamente por Dios, como por la patria fue a América en años pasados.

De suerte que más que el heredero legítimo de los Soberanos que enriquecieron y protegieron los Santos Lugares, y cuyas sombras augustas aun parecen ampararlos, quien ha visitado a Palestina es el heredero de la piedad, los sentimientos y las tradiciones de aquéllos.

La peregrinación de Carlos VII ha sido un acto de fe que no cometeremos la irreverencia de convertir en un reclamo.

Obedientes al programa que su voz augusta nos ha trazado, no podemos olvidar que nuestro papel es servir siempre a la Religión, pero jamás servirnos de ella.

Seremos, pues, muy parcos al exponer las consideraciones que ese viaje nos sugiere, y las concretaremos a la órbita puramente religiosa.

Líbrenos Dios de incurrir a sabiendas en la falta que con tanta frecuencia tenemos ocasión de censurar en los devotos,

píos y fervorosísimos alfonsinos que a diario nos excomulgan en nombre del Soberano Pontífice y en prueba de su deseo de cimentar la unión entre los católicos.

Hablábase no há mucho en un Círculo respetabilísimo de esa agrupación tan microscópica como alborotadora y vocinglera, y alguien hubo de decir caritativamente que, sin embargo, en ella había alguna que otra individualidad de buena fe y de efectiva piedad, y que él conocía algunos de esos alfonsinos creyentes, practicantes y que hasta se comían los Santos.

– Los Santos se comen? – interrumpió un venerable sacerdote. – ¡Corto se queda usted! ¡A mí me parece que hasta al Espíritu Santo desplumarían sin escrúpulo si les fuese dado poder convertirle en caldo para su puchero dinástico!

Huyamos de la exageración, que tan gráfica como enérgicamente se anatematiza en esa frase, y limitémonos a consignar algunas de las reflexiones que en el terreno puramente religioso nos inspira ese viaje, puramente religioso también en su móvil y en su objeto.

II

Los cismáticos en Tierra Santa. – Sus progresos, sus esfuerzos, sus esperanzas. – Una iglesia para un hombre. – La basílica de la Ascensión. – Pasarse de galante. – La cruzada rusa.

Lo que más debía herir a Carlos VII, y lo que, en efecto, más hondamente le ha herido en su visita a los Santos Lugares, es el espectáculo de la sacrílega promiscuidad que a los ministros de nuestra Religión se impone con los secuaces de tantas sectas disidentes.

Mientras existió, no sólo de nombre, sino de hecho, lo que nuestros padres llamaban la cristiandad; mientras hubo en los Tronos, y singularmente en el de España, Príncipes católicos, no sólo como particulares, sino como Príncipes, el cisma no pudo nunca prevalecer en la ciudad sagrada.

La invasión cismática, en el grado inconcebible que ha alcanzado, y con su preponderancia actual, data de hace un siglo,

del período de las guerras de Napoleón I, oportunidad que aprovecharon los cismáticos para expulsar de uno y otro santuario a nuestros pobres Religiosos indefensos y para robarles sus altares más venerandos, no retrocediendo ni ante el incendio, pues se dio el caso de que prendieran fuego a recintos que les estaban vedados, para instalarse de viva fuerza sobre las ruinas, reedificar lo destruido y alegar su construcción como justo título de propiedad.

Pasó la borrasca napoleónica, pero dejando a los reyes tan mal sentados en sus Tronos, que ninguno se atrevió a atender más que a los asuntos de dentro de casa, y cometieron la flaqueza de aceptar en Jerusalén, como en tantas otras partes, la teoría de los hechos consumados, la gran encubridora de latrocinios de nuestro siglo.

La aflicción que ese espectáculo produce se aumenta cuando considerando de cerca las cosas se ve que no hay en los Santos Lugares más que una nación cuyo Gobierno prosiga una política tenaz, concienzuda, perseverante, lógica, ¡y esa nación y ese Gobierno son cismáticos!

Rusia no perdona medio ni repara en sacrificio para prepararse, más que un patronato, un acaparamiento de los Santos Lugares.

Por fortuna hoy el odio secular entre Rusia y la Sublime Puerta no ha permitido que la primera ponga el pie, oficialmente, dentro del Santo Sepulcro, en cuya basílica no posee ni una piedra ni un candelero. Los cismáticos rusos comulgan con sus correligionarios griegos, y hacen sus devociones en los altares de éstos, como sucede a los griegos unidos con los latinos. Pero si a los peregrinos rusos les falta el reconocimiento oficial, en cambio tienen el entusiasmo que les produce la seguridad de que su Gobierno esté identificado con ellos, tirando el dinero a manos llenas, y dispuesto a tirarlo más todavía, todo cuanto haga falta, sin contar.

En Jafa, por ejemplo, ha construido una suntuosísima iglesia de su rito, ¡y en Jafa no hay más que un solo ruso, el cónsul!

En Jerusalén igualmente ha levantado en la cima del monte de la Ascensión un templo soberbio, monumental, cuyo campanario no creemos sea superado en altura más que por la torre Eiffel, pues mide cerca de 200 metros y domina grandísima parte de la Judea. Desde arriba se ven el Mediterráneo y el mar Muerto, y cuando se va a Jerusalén por el camino del Jordán, apenas se pasa Jericó se divisa ya su cruz dorada muchas horas antes de llegar a la ciudad de David.

Aquel templo riquísimo fue construido por Alejandro III con el propósito, decía, de trasladar allí las cenizas de su madre y tenerlas perpetuamente custodiadas por una guardia de honor permanente compuesta de 3.000 rusos, para lo cual solicitó el permiso del sultán.

La respuesta fue un modelo de literatura diplomática. El Gran Turco no sólo accedía, sino que casi lloraba de agradecimiento por aquel honor que iba a tener su país.

«Que venga en seguida el augusto cadáver – dijo – y yo quiero tributarle más honores de los que el czar, demasiado modesto, desea. Para tan ilustre princesa, 3.000 hombres son muy pocos; la guardia será de 5.000. Pero tratándose de pueblo tan grande amigo del mío, sería grave descortesía de mi parte permitir que se imponga ese sacrificio, y yo lo tomo gustosísimo sobre mi: ¡los 5.000 hombres serán turcos!»

Ante respuesta tan hiperbólicamente galante, los rusos comprendieron que se les había conocido. El czar bajó la cabeza y el cuerpo de su madre se quedó en Rusia.

Pero la iglesia allí sigue, en el punto más alto de la altísima Jerusalén, y los millares y millares de campesinos rusos que, a pie muchos de ellos, van en peregrinación al Santo Sepulcro, cuyas losas desgastan con fervorosas lágrimas y apasionados besos, deben saludarla apenas la vislumbren en el horizonte como un simbólico faro que los llama al puerto y que confusamente les predice un porvenir lleno de vagas esperanzas para su raza.

Sin la guerra de Crimea muchas etapas más hubieran andado los rusos en esta marcha lenta; pero continúan hacia Jerusalén, objetivo al que miran con idéntica tensión de voluntad el

pueblo y el Gobierno, y tanto para los turcos como para los cristianos que conocen un poco Oriente es indudable que si todo el Occidente escuchase hoy inerte e impasible un nuevo Pedro el Ermitaño, bastaría la locura o la exaltación de un pope cismático para que legiones de campesinos rusos volaran a hacerse matar bajo las murallas de Jerusalén.

Gracias a Dios, para atajar la progresiva absorción rusa hay barreras que merecen mencionarse, siquiera sea rapidísimamente, en capítulo aparte.

III

Francia protectora de los Santos Lugares. – Prodigios providenciales. – España en Tierra Santa. – El baluarte latino. – Humildad franciscana. – La atmósfera de Jerusalén.

Los Santos Lugares hállanse en la actualidad bajo la protección de la bandera francesa. Como enclavados en el Imperio otomano, naturalmente al sultán corresponde el supremo dominio sobre ellos, y el sultán teme menos a los latinos que a los cismáticos, lo cual es ya una rémora para los segundos; pero en cualquier conflicto que ocurra, los que llevan la voz y la representación de los católicos ante las autoridades musulmicas son los agentes de Francia.

Cuando principió el idilio franco-ruso, grande fue el susto de los católicos en Oriente. Conocidos el *chauvinismo* francés, y el desdén, por no decir el odio jurado, de la República hacia los intereses religiosos, era muy de temer que los latinos quedasen indefensos por lo menos, y que su protectora oficial hiciese a los rusos la coquetería de abandonarles el Santo Sepulcro, como regalo sin consecuencias para el donante y muy estimado por el favorecido.

Contra el general y fundadísimo temor, la Providencia ha permitido un prodigio que toca en las fronteras del milagro. Los funcionarios franceses, según frase pintoresca de un Religioso español, simpatizan con los rusos, pero no *cismatizan* con ellos. El genio tutelar de la católica Francia los tiene de la mano,

y hasta ahora no han flaqueado en su misión. Lejos de caer en ninguna celada, han seguido cumpliendo con su deber de amparar a los católicos en sus derechos. Y como los rusos son gente de tanta perspicacia como flexibilidad, es de suponer y de esperar que harán los muertos mientras vean que la situación no ofrece señales de cambiar para ellos.

Esta actitud de los funcionarios franceses, muchos de los cuales no creemos se distinguen por sus demostraciones de piedad, merece ser consignada en honor suyo. Como también merece consignarse, en honor del buen nombre español, que nuestra patria, empobrecida, esquilmada, escarnio de los otros pueblos, es entre todas las naciones católicas la que mayor suma anual consagra a la custodia del Santo Sepulcro.

Verdad es que oficialmente nada somos y nada representamos; verdad es que como Nación vamos a la cola de las demás en aquellos sitios donde tantos siglos fuimos los primeros; verdad es que no tenemos otra consideración que la muy grande ganada personalmente por nuestros Religiosos, a los que por derecho consuetudinario corresponden varios de los altos cargos de la seráfica milicia; verdad es que éstos, míseramente retribuidos, reciben su mezquino subsidio en la forma de un insignificante prest de soldados; verdad es que lo que perciben es una pequeña, pequeñísima parte de lo que en solemnes compromisos les asignaron nuestros católicos Reyes, de los que son legatarios; verdad es que nuestros grandes muertos son en realidad los que les pagan; pero así y todo, ningún otro pueblo da tanto.

Esto debe repetirse, y repetirse muy alto, más todavía que para satisfacción nuestra, para afrenta de los otros.

Y, sin embargo, ¿qué política más fecunda, de mayores alcances y de resultados más remuneradores podría acometer cualquiera nación, aparte del interés religioso, que la de hacer temido y respetado su nombre en aquella tierra excepcional, punto de intersección entre el Oriente y el Occidente, cuna de tantas grandezas, llave de tantos problemas?

De esta verdad tan elemental, tan clara, tan luminosa, ninguna nación europea se ha penetrado, y ninguna da a los heroicos hijos de San Francisco el apoyo caluroso, resuelto y desprendido a que son acreedores.

Ellos son la verdadera valla infranqueable que resguarda por aquella parte a la civilización latina, y bien poco bastaría para hacer inexpugnable su posición.

Tan poco les bastaría, que en la sencillez de sus almas de apóstoles ni aun ahora se quejan y bendicen a Dios por lo que tienen, que casi les parece bastante,

¡Cuántas veces, sin advertirlo ellos mismos, han conmovido a D. Carlos en el curso de este viaje por su desinterés sublime y su espíritu de abnegación!

Frecuentemente al hablar con unos y con otros, informándose de sus aspiraciones y de sus necesidades, la misma respuesta brotaba de todos los labios: una aspiración moral, un deseo de mayor trabajo, de más responsabilidad y sacrificio, de mayores privaciones. «Nuestro más ardiente deseo – oíales una vez – es que se nos permita renovar a nuestro coste el pavimento de tal santuario». «El mayor regalo que se nos podría hacer – decíanle en otra ocasión – es obtener la autorización de Constantinopla para que nos dejen comprar, con nuestro dinero, el solar de la casa donde vivió la Virgen con San Juan Evangelista, después de la muerte de su Divino Hijo».

De gran edificación y consuelo sirve a los peregrinos españoles ver en las filas de aquella escogida milicia tantos y tan valiosos compatriotas nuestros, y se bendice a Dios porque permite que cuando en tierras tan apartadas de la patria se encuentran hijos suyos que la honran y enaltecen, casi siempre ha de ser bajo la bandera de Cristo; en Palestina, los Franciscanos, que dan a España honor y prestigio; en Filipinas, los Agustinos y Dominicos, que, sobre el prestigio y el honor, la conservan pedazos preciosos de su Imperio ultramarino.

Roma veduta, fede perduta, reza el chiste volteriano, que más de un ignorante se permite hacer extensivo a Jerusalén. ¡Qué profundo desconocimiento de la realidad de las cosas! ¡Qué

prueba más evidente de que no se ha visitado Jerusalén, de que no se ha vivido en aquella atmósfera edificante de los Padres de Tierra Santa, de que no se ha compartido su frugal comida y admirado su humildad y conmovídose ante su absoluto desapego a todas las grandezas y vanidades terrenas!

Siendo los PP. Franciscanos el complemento, por decirlo así, de los Santos Lugares, y como la aureola del Santo Sepulcro, con este homenaje de filial respeto y entusiasta cariño nos complacería terminar estos renglones, a no ser porque en conciencia nos creemos obligados a tocar un asunto delicado y de trascendencia, que servirá de remate y punto final a estas consideraciones.

IV

La moneda falsa de la historia. – Un Papa que no existe. – Los Padres blancos. – Pro Ecclesia et Pontifice.

Los errores históricos se parecen a la moneda falsa en que los malvados los fabrican y los inocentes los ponen en circulación.

Hoy estamos asistiendo a la fabricación de una leyenda que hay decidido empeño en que circule, para ver si se logra que obtenga carta de naturalización en la historia, merced a la complacencia inconsciente de católicos poco avisados: la leyenda de que poseemos un Papa reñido con el espíritu y las tendencias de todos sus antecesores.

El que dude en Europa de que existe un plan diabólico, fríamente preconcebido y sagazmente ejecutado, para que la figura venerable de León XIII pase a la historia como la de un innovador peligroso, protesta viviente contra las doctrinas y procedimientos de todos los sucesores de San Pedro que le han precedido en el Solio pontificio, y a los que en su inconmensurable pedantería considera muy por debajo de su nivel intelectual, no tiene más que darse una vuelta por Oriente y oirá, en sordina, ejecutada el aria de la calumnia que a toda orquesta entonan en

Europa las Redacciones de ciertos periódicos que alardean de católicos.

Los librepensadores enemigos de *exageraciones*, los turcos ilustrados que han hecho su educación en París, en Berlín o en Londres, y hasta los judíos, que sin necesidad de educarse en parte alguna poseen ciencia infusa para todo lo que puede hacerse daño, fingiendo la mayor veneración por el augusto prisionero del Vaticano, exclaman compungidos: «Los que creen ustedes en la Providencia, ¡qué gratitud más inmensa la deben por haberles deparado para Supremo Jerarca de su Iglesia un hombre tan extraordinario! Prodigio de sabiduría, consumadísimo en letras divinas y humanas, ha tenido, además, la fortuna de pasar parte de su vida en la atmósfera educadora de las cortes, y ha aprendido toda la importancia de dos factores que los otros Papas, cegados por el fanatismo, desconocieron: la ciencia humana y la diplomacia. Este, este es un hombre de su siglo, y les resolverá a ustedes el difícil problema de tener en Oriente Misiones de verdad y fructíferas.

Este sabe que la simplicidad de los hijos de San Francisco no es de nuestro tiempo. Este sabe todo lo que hay de anacrónico en las Misiones Franciscanas. Pidan ustedes a su Dios que le conserve largos años, y verán cómo les libra de este espectáculo que presta a risa o a conmiseración de los frailes Descalzos, vestidos ridículamente en nuestros climas cálidos con sofocante y oscuro sayal, y con la cabeza rapada en países en que es signo de vergüenza no tener el pelo largo. El espíritu perspicaz de León XIII, que a todo alcanza, ha comprendido la necesidad de cambiar todo esto, y los pies desnudos de los frailes ya empiezan a cubrirse de holgadas y altas botas, y su lúgubre y pesado ropón a trocarse en finísimo albornoz de nívea lana, y su cabeza antes rapada ignominiosamente a adornarse con el rojo fez, de suerte que, al mezclarse con nuestro pueblo, más parecen airo-sos cheíques, que imponen por su gallarda apostura, que por dioseros miserables, fantasmas lúgubres evocando ideas de pobreza y de muerte. ¡Ah! ¡Qué fortuna la de ustedes de poseer un Papa capaz de relegar al museo de antigüedades inservibles

a los repulsivos hijos de San Francisco, para reemplazarlos por los coquetones discípulos de Lavigerie!»

Adviértase, para comprender todo lo que hay de odioso en esas pérfidas insinuaciones, que a Jerusalén han ido, en efecto, los Padres de África o «Padres blancos», fundados por el llorado Cardenal Lavigerie y que realmente llevan fez, visten albornoz blanco muy fino y calzan botas, y que allí han obtenido la basílica de Santa Ana. Pero ni han ido en son de competencia o de suplantación hacia los Franciscanos, a los que les unen relaciones de fraternal cariño, ni les disputan ninguna de sus obras, pues se dedican exclusivamente a fomentar entre los árabes las vocaciones religiosas, fundando un Seminario para los indígenas.

Siguen, pues, la obra de evangelización paralelamente a los Menores observantes, sin rozamiento posible con ellos y sin la más remota pretensión (que por otra parte sería insensata) de relevarlos de las posiciones que ocupan en el centro del islamismo y en el corazón de las poblaciones árabes, acostumbradas a respetarlos y admirarlos hace siglos y siglos, en vida del mismo Serafín de Asís, y cuya veneración hacia ellos ha dictado el conocido consejo de la sabiduría ascética musulmana: «No dejes nunca la Religión del Profeta, porque es la más perfecta del mundo; pero si Dios permitiese que se extinguiera, no pierdas tu alma buscando cuál otra debes adoptar entre las demás religiones; escoge la de los Hermanos del Cordón, que son hombres de Dios».

¿No es cierto que da lugar a hondas meditaciones esta inconcebible coincidencia entre la obra de los falsos admiradores de León XIII en Europa y en Oriente?

¿Cabe atribuir a la casualidad el fenómeno de que, mientras en Europa hay empeño de que aparezca como un revolucionario político, en Oriente se corre la voz de pintarle como un revolucionario religioso; aquí como campeón del derecho nuevo, allá de la Religión á la moderna; aquí enemigo de la legitimidad y de las tradiciones, allá de las glorias franciscanas; aquí

cantando la *Marsellesa*, allá proscribiendo las *Floreциllas* de San Francisco?

No; casualidades semejantes no se conciben ni son posibles. No se trata de una casualidad, sino de una consigna. La que han dado los enemigos del Pontificado para acumular nubes y nubes sobre la augusta fisonomía moral de León XIII, y ver si consiguen que al pasar a la historia quede en la deslumbradora galería cronológica de los Papas envuelta en sombras como los paños negros que en el Palacio ducal de Venecia cubren y afrentan la de Marino Faliero.

Por fortuna, la mentira no puede prevalecer más que pasajeramente, y aquí estamos, Franciscanos y carlistas, como dos argumentos vivientes, irrefutables, de que nuestro gran Pontífice es calumniado, proclamándonos sus más ardientes admiradores y sus más fieles hijos, y apegados, sin embargo, es decir, apegados por lo mismo, con tenacidad que nada podrá quebrantar, los unos al Santo Sepulcro, los otros a nuestras seculares tradiciones.

Tercera parte

VIAJE DE REGRESO

Aleandría de Egipto, 8 de Marzo de 1895.

Embarque en Jafa. – El puerto de los cruzados. – Despedida de los Padres Franciscanos. – En el Pei Ho. – A la vista de Puerto Said. – Alto en Ismailia. – Llegada a Aleandría. – Amabilidades jediviales. – Una ciudad enlutada. – Tristes destinos.

Terminada felizmente la peregrinación de los Sres. Duques de Madrid, sólo nos falta, para dar punto a estas correspondencias, relatar su partida de Jafa y su travesía hasta Egipto.

El *Pei Ho*, hermoso buque francés de las *Messageries Maritimes*, que debía conducirlos a Puerto Said, no levaba el áncora hasta las seis de la tarde de anteayer; pero amenazando el tiempo echarse a perder y siendo peligrosísima la bahía de Jafa, los PP. Franciscanos aconsejaron ir a bordo desde las primeras horas de la tarde, prometiéndole ellos permanecer sobre cubierta hasta el instante de la partida.

Así se hizo, y después de despedirse del gobernador, que aguardaba en el muelle, tomaron los Sres. Duques de Madrid la barca del convento, en cuya popa tremolaba la bandera de Tierra Santa, y se dirigieron al *Pei Ho*, recibiendo fortísimas sacudidas en el difícil paso a través de las peñas y los escollos que forman el resto de lo que fue puerto de los cruzados.

Hasta más de las cinco de la tarde permanecieron sobre el puente, conversando con los Padres, que sólo se retiraron cuando empezaban los preparativos de marcha, y a la puesta del sol se dio el último adiós a la costa de Palestina.

El comandante del buque, Mr. Aubert, marino inteligente y cultísimo, era ya antiguo conocido para D. Carlos, con quien

había hecho una larga navegación, pues mandaba como segundo capitán el *Tiber*, buque que lo transportó hace diez años desde Calcuta a la isla de Ceilán, siendo recíproca la alegría que experimentaron al reconocerse y recordar aquel primer encuentro, ya distante.

A bordo tuvieron el gusto los Duques de Madrid de encontrar y conocer dos jóvenes españoles, un valenciano, el Sr. Borrás, que lleva el título pontificio de conde de O'Bryán, y el señor Martínez Cano, de Murcia.

Nada digno de mención ocurrió en la travesía; pero al llegar en la madrugada de ayer a la vista de Puerto Said se temió que un enojoso contratiempo produjese considerable retraso. Una grave avería había inmovilizado un buque de alto porte a la boca misma del puerto, que es muy estrecha, cerrándola por completo. Afortunadamente pudo ser apartado de allí por los remolcadores, y a las siete de la mañana fue dado a los augustos viajeros bajar del vapor y trasladarse a tierra en las lanchas del gobernador, que esta autoridad había enviado a su encuentro.

Su primer pensamiento al pisar el suelo de Egipto fue consagrar un recuerdo a los hospitalarios PP. Franciscanos, con quien había vivido en tan grata intimidad en Tierra Santa, y pidieron ver a algún Religioso de los de Puerto Said, teniendo la alegría de ser acompañados por uno de ellos, español, durante su brevísima permanencia en Puerto Said.

La hora y media pasada allí hasta la salida del tren la emplearon en recorrer la ciudad árabe y las orillas del lago, bajo cuyas aguas está sepultada la antigua Tenis, y a las nueve partieron para Alejandría, siendo despedidos en la estación por el gobernador y subgobernador.

En aquellos cortos momentos recibió D. Carlos la noticia de la muerte del gran duque Alejo. Creyó al principio ser éste el gran duque Alejo de Rusia, a quien trataba con intimidad durante la guerra de Oriente, en especial en Turnu Margurelli, donde el gran duque mandaba en jefe la flotilla del Danubio; mas supo después que el muerto no era el hermano de Alejandro II, sino otro joven gran duque del mismo nombre, hijo del

gran duque Miguel; tuvo la satisfacción de recoger allí otros números de *El Correo Español* posteriores a los leídos en Jafa y de ver en ellos interesantes noticias del viaje de D. Jaime a Marruecos, más recientes, gracias a la diligencia y celo de Pelayo, que las enviadas directamente por el Príncipe a su augusto padre, pues éstas han de dar considerable rodeo, y las últimas alcanzaban únicamente a su embarque en Argel para Tánger.

A mediodía llegada a Ismailia, en cuya estación esperaba la tropa formada y a su frente el gobernador y las autoridades.

El gobernador puso a disposición de los augustos viajeros los coches que tenía preparados por si querían hacer una excursión durante la hora que allí se detiene el tren, y que utilizaron, en efecto, para hacer una visita al convento de Franciscanos y después al chalet que habitó el infortunado Lesseps tanto tiempo, al palacio del difunto jedive Ismail, edificio famoso por sus inmensos salones, los más vastos de Egipto, y, finalmente, al lago y al admirable bosque de palmeras y albaricoqueros que el genio y la tenaz voluntad de aquel fastuoso príncipe hicieron surgir de las arenas del desierto.

En la estación, al volver a tomar el tren, aguardábales la grata sorpresa de encontrar un vascongado, el Sr. Artola, de Tolosa, con quien conversaron larga y afectuosamente, así como con su simpática hija, debiendo a su amabilidad el poder llevarse al vagón, para entretener los ocios del viaje, nuevos periódicos españoles.

Ninguna novedad ofrece el trayecto de Ismailia a Alejandría, a no ser el asombro que causa, cuando se traen los ojos saturados de las áridas y peladas campiñas de Judea, ver a tan corta distancia paisaje tan espléndido y fecundo, si bien es paisaje que más parece europeo que africano, pues a no ser por los trajes árabes y por los camellos, la vegetación es la misma que la de los valles de la Turena o de las llanuras lombardas, salvo algún que otro bosquecillo de palmeras.

Al anoecer se hace una corta parada delante de la soberbia Tantah, que aparece hermosísima con sus torres y minaretes, y a las nueve de la noche se entra en Alejandría.

En la estación aguardaba el subgobernador Mustafá Bey para presentar sus respetos y desear la bienvenida a los augustos viajeros en nombre y por orden de Su Alteza el jedive.

D. Carlos manifestóse muy agradecido, y le rogó hiciera presente a S. A. la parte sincera que había tomado así en su casamiento como en su duelo por la muerte de Ismail.

Al llegar al hotel Abbat, el jedive volvió a pedir telegráficamente noticias de su viaje, y la virreina madre ha enviado hoy otro expresivo telegrama a la Señora Duquesa de Madrid.

Aleandría ofrece en estos momentos un aspecto imponente. En todos los edificios públicos, y en la inmensa mayoría de los privados, a lo menos en las calles céntricas, ondean grandes banderas egipcias, a media asta, enlutadas, y la ciudad entera se prepara a hacer una solemne manifestación para los funerales de Ismail.

El barco que desde Constantinopla conduce sus despojos mortales no llegará a este puerto hasta mañana; pero el féretro sólo podrá ser desembarcado cuarenta y ocho horas más tarde, pues el buque necesita ser sometido a cuarentena.

Probablemente el cortejo fúnebre desfilará por las calles de esta ciudad el 11 o el 12, y los Sres. Duques de Madrid presenciarán la ceremonia desde los balcones del general Henderson, que manda en jefe el ejército de ocupación de Aleandría, y que con su señora ha ido a invitar para aquel acto a los augustos viajeros, atención que también ha tenido el Club jedivial, poniendo igualmente sus balcones a la disposición de los Duques de Madrid.

Los príncipes de la familia del difunto y los dignatarios de la Corte han empezado ya hoy a llegar de El Cairo.

«¡Triste destino, decía uno de ellos poco há delante de D. Carlos; triste destino el de este príncipe, que tan apasionadamente amaba a su país, sacado por él de la barbarie, que ha muerto implorando como gracia suprema el que le dejaran venir a expirar en él, y al que sólo se permite volver muerto, con la macabra imposición de que el cadáver sufra cuarentena!»

«Triste destino, en efecto, replicó D. Carlos; pero ¡cuánto más el de mi abuelo, mis tíos y mi padre, a quienes, aun después de muertos, se niega la tierra de la patria y que no puedan descansar en la tumba de sus mayores hasta que Dios quiera!»

Alejadría de Egipto, 25 de Marzo de 1895.

Funerales de Ismail. – El general Henderson. – Banquetes. – Funciones de teatro. – Una artista española. – Saladino. – El coro griego y la escena árabe. – Nuevos convites. – El comandante del Mabroussa. – Antiguos conocidos. – Audiencias. – La prensa egipcia. – Fiestas religiosas. – San Patricio. – La iglesia armenia. – El Worwaerts.

La llegada de los Sres. Duques de Madrid a Alejadría, coincidió con los funerales de Ismail Bajá, que se celebraron dos o tres días después, y que los augustos viajeros presenciaron desde los balcones del Estado Mayor del ejército de ocupación, al lado de la señora Henderson, esposa del general comandante en jefe de esta guarnición.

Al día siguiente dicho general les ofreció una gran comida de gala, seguida de concierto, fiesta en la que se ocupó toda la prensa de aquí, y a la que asistieron los principales personajes de la colonia inglesa.

Los Sres. Duques de Madrid devolvieron el obsequio, dando pocos días después en el hotel Abbat un espléndido banquete a los generales, coroneles y oficiales que habían conocido, invitando a él además al P. Kinght, Franciscano, capellán castrense del regimiento irlandés, que se compone casi exclusivamente de católicos. D. Carlos brindó durante la comida por la reina Victoria y por los PP. Franciscanos de Tierra Santa, «sus amigos queridos e inolvidables», brindis que conmovió profundamente al Padre Kinght por el honor hecho a su Orden en presencia de los altos dignatarios ingleses, protestantes casi todos.

Aquellos días tenían lugar aquí las grandes carreras de caballos bajo el patrocinio del *sporting club* inglés, que invitó a los Duques de Madrid y a la infanta Doña Elvira; y como el jedive

les había ofrecido telegráficamente su tribuna, los oficiales de la guarnición se encargaron de tapizarla de flores, preparándoles una entusiasta recepción. Pero D. Carlos se negó a asistir por razones de alta delicadeza hacia el jedive, no queriendo comparecer en una tribuna de corte que estaba vedada a la corte misma por el luto de Ismail. Por igual razón ha rehusado durante su estancia aquí los palcos de S. A., que galantemente habían sido puesto a su disposición en todos los teatros.

A éstos ha asistido, en palco particular, casi diariamente, pues aquí, como en Europa, esta es la época escogida preferentemente para conciertos y funciones de beneficencia, y a todas ellas han contribuido con su óbolo y con su presencia los augustos viajeros, encontrándolas brillantísimas y dignas de cualquiera gran capital de Europa, en especial las dadas en el teatro de Zizinia el 20 y el 23, la primera con artistas aficionados de las familias más ricas de Alejandría, y la segunda encomendada a los actores del gran teatro de la Ópera de El Cairo, venidos aquí expresamente con ese objeto.

El 22 tenía lugar en el mismo teatro un concierto a beneficio de una artista italiana, tan distinguida como digna de interés, la señorita Caporale, que solicitó y obtuvo la protección de los augustos viajeros. Desde ocho días antes las calles de Alejandría estaban cubiertas de grandes cartelones anunciando el concierto «bajo el alto patronato de los Sres. Duques de Madrid y de S. A. R. la infanta Doña Elvira», anuncio que atrajo al teatro toda la alta sociedad, tanto indígena como inglesa, procurando un verdadero triunfo a la beneficiada. Los Duques de Madrid la llamaron a su palco para felicitarla, regalándola un hermoso alfiler formado por tres gruesas perlas.

Pocos días antes habían tenido el gusto de asistir, en el teatro jedivial de Abbas Hilmi, al estreno, en la *Favorita*, de una *prima donna* española, la señorita Inés Salvador, valenciana, que como artista y como cantante hizo honor a nuestra patria, obteniendo una calurosa y merecida ovación,

Pero la función teatral que más poderosamente llamó su atención fue la que presenciaron en el Zizinia el 18, por ser la

primera producción dramática árabe que veían en la escena. El drama, en cinco actos, llevaba por título *Saladino*, y tenía por argumento las novelescas aventuras de Saladino con Ricardo Corazón de León, que forman la trama del *Talismán* de Walter Scott.

El autor, Nagib Haddad, joven periodista, director de un diario árabe popular, había solicitado la asistencia de los Sres. Duques de Madrid, y se brindó a quedar toda la noche en su palco para explicarles la pieza, gracias a lo cual pudieron comprender todas sus peripecias. El objeto del drama es hacer justicia a los cruzados (Nagib Haddad es árabe católico) y persuadir a los musulmanes de que, si Saladino era un gran guerrero y un héroe, los cruzados, sus enemigos, estaban a su altura, como heroísmo y como sentimientos caballerescos, y que, encarnizados adversarios cuando esgrimían las armas en tiempo de guerra, se entendían perfectamente en el terreno del honor fuera del campo de batalla.

El autor puede vanagloriarse de haber conquistado a sus oyentes, pues el drama era a cada paso interrumpido por estrepitosas aclamaciones, y eso que el público estaba compuesto exclusivamente de árabes. La platea, vista desde los palcos, ofrecía el aspecto de un vastísimo campo de amapolas, con algunas margaritas interpoladas, pues no se veían en las butacas más que los rojos *tarbuchs*, alternando con algún que otro turbante blanco.

En la literatura árabe el teatro era desconocido. La primera pieza teatral árabe representada aquí remonta a unos treinta años. No es, por lo tanto, de extrañar que haya incoherencias y atrasos muy comprensibles, sobre todo en la indumentaria.

El público encuentra, por ejemplo, muy natural que los cruzados lleven uniformes modernos y que salga un *rey de Austria* vestido como un Valois, y un rey de Francia cruzado, con la casaca, la chupa, el calzón y las polainas a la Federica, y un gran tricornio, y en él clavada una flamante escarapela tricolor

Antes de levantarse el telón, se adelanta al proscenio el gracioso (el loco, le llaman los árabes), personaje enteramente

desligado del argumento principal, y cuyo papel consiste en poner de buen humor al público con chistes y dicharachos antes de que se abisme en las emociones del drama.

Principia en seguida éste de una manera curiosísima, que parecería copiada del teatro clásico, a no ser porque los escritores árabes ignoran, con toda seguridad, hasta los nombres de Sófocles y de Eurípides. Pero el caso es que por una singular coincidencia o por instinto artístico han renovado, sin saberlo, el coro griego, y lo primero que aparece en escena es dicho coro, compuesto por todos los actores que representan la pieza y que hacen al público en una canturía sentimental y monótona la exposición de sus respectivos papeles y las reflexiones que éstos sugieren.

Otra costumbre singular exige que en el último entreacto salgan a las tablas uno o dos oradores que dirijan la palabra al público para explicar la moralidad del drama.

Los que hablaron la noche de *Saladino* fueron un famoso abogado de aquí, cuyo nombre no he podido retener, y Nagib Haddad, el autor del drama.

Ambos dieron las gracias a los augustos huéspedes que honraban la función con su presencia, con gran contentamiento del público, que cada vez que oía los nombres de los Duques de Madrid los saludaba, vuelto hacia su palco, con nutridas salvas de aplausos.

Terminada la representación, D. Carlos, después de dar las gracias a Nagib Haddad, le entregó, como recuerdo de aquella agradabilísima velada, el alfiler que llevaba en la corbata.

El elemento indígena ha rivalizado con la colonia europea en amabilidades y atenciones.

Apenas llegado D. Carlos, el Club jedivial le pasó una comunicación participándole que le había nombrado socio de honor, así como a los individuos de su séquito, y que le rogaba dispusiera de los salones del Círculo. En contestación a dicho mensaje D. Carlos hizo una visita a aquel importante Centro, que pocos días después le invitó aun baile. El Sr. Duque de Madrid, sin falsos respetos humanos, hizo contestar a la invitación

diciendo que la agradecía mucho y que sinceramente deploraba no poder aprovecharla; pero que, fiel a las tradiciones de su querida España y a sus sentimientos religiosos, no quería asistir a un baile en Cuaresma.

La Junta directiva del Círculo contestó manifestando su profunda gratitud por las explicaciones que Don Carlos se dignaba darle, «y que tanto honor hacían a su carácter».

Por idéntico motivo rehusó otra invitación que el general Henderson le había dirigido para comer, en su casa, el pasado viernes, manifestándole que no podía aceptar porque no le era lícito comer carne aquel día, y no quería imponer al general inglés, que es protestante, la molestia de una comida de viernes.

El general Henderson, cuya señora es excelente católica y se halla al frente de todas las obras de piedad de esta ciudad, replicó con exquisita galantería que la comida sería de vigilia, y sólo así fue aceptada.

Para corresponder a las atenciones de que habían sido objeto, los Duques de Madrid dieron, dos días antes de su embarque, un banquete de despedida a la Junta directiva del Club jedivial y al alcalde de Alejandría, Chakour Bey, el cual envió a Doña María Berta el día de la comida un magnífico ramillete hecho con flores de la Municipalidad, ofrecido – decía – como homenaje respetuoso de la ciudad, que quedará perpetuamente agradecida y orgullosa de haber hospedado a los augustos viajeros.

Durante la comida Don Carlos brindó por el jedive y por la prosperidad del hermoso país de Egipto, donde había hallado tan cordial acogida, y sus invitados correspondieron brindando por los augustos huéspedes de Egipto y por su amada España.

También tuvieron los Duques de Madrid en su mesa otro día al almirante turco Hussein Bajá Themy, y a ruego suyo fueron a su casa, deseando el almirante que Doña María Berta visitase su harén para que la viera su esposa, que, esclava de la costumbre turca, no podía ir a visitarla.

Los Duques de Madrid conocían íntimamente al almirante Hussein Themy, que el año pasado estuvo largo tiempo en

Venecia con el yate jeditival *Mabroussa*, en el cual iza su bandera. Dicho yate se halla actualmente en la rada de Alejandría, y la Infanta Doña Elvira, que deseaba visitarle, pasó a su bordo algunas horas la otra mañana, haciéndole el almirante los honores de aquella embarcación, la más suntuosa que existe en su género, pues está toda construida interiormente con maderas finísimas, las barandas de las escaleras y las columnas que sostienen los salones son de plata, y los riquísimos muebles están forrados de sedas orientales de gran precio.

Además del almirante Hussein, ha hallado D. Carlos en Alejandría otros antiguos conocidos, entre ellos el buen P. Issaverdens, cronista de la Comunidad armenia que existe en Venecia, en la isla de San Lázaro, y el príncipe Boris Czetwertinsky, gran señor ruso que no veía hace largos años, y al que tuvo la grata sorpresa de encontrar en el hotel Abbat en las breves horas que el príncipe hizo allí alto al regresar de unas portentosas cacerías del interior de África. Aquellos de nuestros amigos que hicieron la peregrinación de Venecia hace diez o doce años, al instalarse allí D. Carlos, y en especial los generales Bériz y Cavero, no habrán olvidado seguramente la simpática fisonomía del príncipe Czetwertinsky, uno de los más asiduos entonces al Palacio Loredán.

Nada diré, porque resultaría interminable, de las infinitas audiencias que D. Carlos ha concedido a los principales personajes del país, a diferentes cónsules, a magistrados de los famosos tribunales mixtos que aquí funcionan, etcétera, etc.; pero sí merece consignarse, aunque sea de paso, el persistente entusiasmo con que toda la prensa local dedica artículos a la estancia de los Sres. Duques de Madrid en esta ciudad.

Un periódico árabe, habiéndose procurado un ejemplar de *El Correo Español* con el estado de nuestra Familia Real proscripta, ha hecho un buen negocio traduciéndolo y publicándolo en número extraordinario, que, pregonado por las calles, ha obtenido gran venta.

Una noble satisfacción pueden llevar los augustos viajeros a Europa, y es la de la edificación que han producido en este país con el ejemplo de su sencilla pero sincerísima piedad.

Generalmente su iglesia de predilección era la de Santa Catalina, confiada a los Franciscanos, y en ella se los vió, especialmente en las fiestas de San José y de la Anunciación, esta última víspera de su embarque, pues desde su viaje a Palestina todo lo relacionado con la seráfica Orden, a la que está encomendada la custodia de los Santos Lugares, los atrae con verdadero cariño.

Pero, además, los dos últimos domingos, el 17 y el 24, han asistido a dos ceremonias religiosas que son dignas de mención particular.

El 17, día de San Patricio, fueron invitados a la solemne Misa, con bendición del Santísimo y sermón, con lo cual el regimiento de Connaught, compuesto en su casi totalidad de irlandeses, celebraba en el cuartel de Mustafá Bajá la fiesta de su glorioso Patrón el Apóstol de Irlanda.

Bien mísero era el sagrado recinto, que ofrecía el aspecto de un inmenso y desmantelado barracón de tablas; pero pocos espectáculos habrá tan conmovedores como el de aquellos centenares de soldados que, llenos de profundo recogimiento, confesaban su fe, bajo el rojo uniforme de la protestante Inglaterra, y a la faz de un pueblo mahometano.

El general, los jefes y oficiales, aunque protestantes, ocupaban las primeras filas, y en el centro nuestros Reyes asistían al Santo Sacrificio en los reclinatorios que se les habían destinado.

El P. Kinght, que en el convento viste el sayal de San Francisco, pero que en el cuartel está obligado por la ley inglesa a llevar el traje por el estilo de los Pastores protestantes, pronunció el sermón, en inglés, llamando la atención de sus soldados sobre el honor que daba al ejército la presencia de los Duques de Madrid en aquel acto, y dedicando palabras afectuosísimas a España y a la comunidad de fe y de sentimientos entre los españoles y los irlandeses, «españoles del Norte», como dijo que los llamaban.

Después de la Misa y del desfile, el general y el coronel del regimiento acompañaron a los Duques de Madrid al *mess* de los oficiales, donde les fue servido un refresco mientras la música militar ejecutaba escogidas piezas.

La ceremonia religiosa del 24 era bien diferente.

Se trataba de la consagración de una nueva iglesia armenia católica, y el Obispo que celebraba la primera Misa de pontifical envió a su vicario, el Rvdo. P. Apelian, a invitar a los señores Duques de Madrid y a la Infanta Doña Elvira, quienes aceptaron con mucho gusto, siéndoles presentado el Obispo después de la ceremonia.

Don Carlos, enterado de la pobreza del nuevo templo, quiso dejarle un recuerdo de su asistencia a la consagración, y ofreció al vicario un cáliz, adornado con una orla de cruces de Santiago, y en el pie una imagen del gloriosísimo Apóstol con la inscripción: «Santiago, Patrón de España y de Armenia», y el escudo de España a un lado y al otro la cifra de Carlos VII. Mañana 26, en las primeras horas de la mañana, se embarcan para Brindisi a bordo del *Worwaerts*, el mejor buque del Lloyd austríaco que hace la carrera de Egipto.

Siendo esta la estación en que toda la sociedad de aquí parte para Europa, los pasajes estaban retenidos, no sólo en el *Worwaerts*, sino en todos los vapores que salen este mes, y no había un solo puesto libre, pudiendo embarcarse los augustos viajeros solamente gracias a la galantería del comandante y su segundo, que les han cedido sus camarotes.

El general Henderson (en cuya casa comen hoy por última vez los Duques de Madrid y la Infanta) irá a acompañarles a bordo, así como su señora y muchos personajes egipcios y europeos que se proponen coronar con una demostración de cariño, de respeto y de simpatía este viaje tan lleno de inolvidables recuerdos para los augustos proscriptos.

Regreso a Europa. – En la Santa Casa de Loreto. – En el Palacio Loredán.

Los Sres. Duques de Madrid se embarcaron, según saben nuestros lectores, en Alejandría de Egipto el 26 de Marzo por la mañana a bordo del *Worwaerts*, del Lloyd austro-húngaro.

La víspera de su marcha por la tarde visitaron, en compañía del general Henderson y su señora, el magnífico acorazado inglés *Sibyll*, que se halla de estación en aquel puerto para proteger los intereses británicos, y sostener, en caso de necesidad, al ejército de ocupación.

El comandante y la oficialidad del buque, uno de los más modernos de la poderosa marina de guerra de la Gran Bretaña, hicieronles los honores del barco con exquisita galantería, enseñándoles todas las dependencias y manifestando lo mucho que agradecían su visita.

En la mañana del 26 la cubierta del *Worwaerts* fue invadida por los personajes principales de Alejandría, tanto de la sociedad indígena como de las autoridades inglesas y egipcias, que ofrecieron a Doña María Berta y Doña Elvira hermosos ramos de flores y lindísimas cajas de dulces.

El 26 por la mañana levó anclas el vapor austríaco con tiempo delicioso, que no tardó en echarse a perder, siendo asaltado a la altura del Cabo Matapán por una de las violentas tempestades equinocciales que tantos estragos han causado recientemente en el Mediterráneo. La gruesa mar y el viento contrario retrasaron considerablemente su marcha, causando gran molestia a los pasajeros y obligándole a desviar de su ruta, apoyando todo lo que pudo a la derecha para buscar el amparo de la costa de Grecia, bordeando por espacio de dos días a la vista de la isla de la Sapiencia y los nevados montes del Peloponeso, en las aguas de Navarino y delante de las costas de la Arcadia, de Zante y de Cefalonia, pudiendo al fin arribar al puerto de Brindisi el 29 con notable retraso, pues debiendo desembarcar al amanecer, según el reglamento marítimo, no se pudo saltar a tierra hasta cerca de mediodía.

Entre los pasajeros se hallaba Mons. Antonio Roveggio, Obispo de Amastri, Vicario apostólico del África central, que se hizo presentar a D. Carlos, con quien conversó largamente, así como con Doña María Berta.

En Brindisi se detuvieron poquísimas horas, el tiempo preciso para esperar la salida del tren y recoger la correspondencia que allí les aguardaba, entre la cual tuvieron la alegría de encontrar varias cartas de D. Jaime, llenas de interesantísimos detalles sobre Marruecos.

A las cinco de la tarde partieron los augustos viajeros de Brindisi, puerto que D. Carlos visitaba por tercera vez, pues allí desembarcó en 1867 viniendo de Corfú, y en 1876 procedente de Nápoles, cuando llevó a cabo su viaje circular por Europa.

En la madrugada del 30 llegaron a Ancona, en cuya estación los aguardaba la condesa de Lasuen, acudida de Viareggio para recoger y acompañar a la Infanta Doña Elvira.

El 31 fue consagrado a la peregrinación a Loreto, para donde partieron los Duques de Madrid y la Infanta a las diez de la mañana, atravesando sin detenerse por Castelfidardo, no queriendo ver de cerca el histórico campo de batalla profanado por las inscripciones y monumentos de los enemigos del Pontificado; y oída la Misa que expresamente tenían encargada en la Santa Casa, que celebró Mons. Ridolfi, primera dignidad del Cabildo, visitaron con detención el Santuario y el Tesoro, guiados por el celosísimo Fr. Pedro de Málaga, y fueron, por último, al Palacio Episcopal a besar el anillo pastoral del Prelado de la diócesis, anciano de ochenta y cinco años, que, a pesar de su edad y sus achaques, a toda costa se obstinaba en devolverlos la visita, que le conmovió profundamente.

El Obispo de Loreto guardaba antiguo y gratísimo recuerdo de nuestra Familia Real proscripta, pues fue el Prelado que dijo la Misa a la Archiduquesa Beatriz y a sus dos hijos Don Carlos y D. Alfonso en Bolonia cuando Pío IX administró en aquella ciudad el Sacramento de la Confirmación a ambos Príncipes.

En el Palacio Episcopal se hallaba de huésped aquel día el Arzobispo de Espoleto, que salió también a saludar a los augustos peregrinos.

En la Casa Santa tuvieron éstos la grata sorpresa de hallar, además del P. Málaga, otros dos Religiosos españoles, un Franciscano observante, mallorquín, y un lego, burgalés.

El Obispo de Loreto, aunque italiano, habla también elegantísimamente y con acento inmejorable nuestra lengua, por haber residido largos años en la República de Colombia.

Al regresar a Ancona, gran multitud de curiosos aguardaban el paso de los coches, pues la presencia de los regios proscriptos llamaba vivamente la atención en la ciudad. El periódico *L'Ordine*, que allí se publica, había insertado la víspera una biografía de D. Carlos, que terminaba manifestando cuán grandes eran las probabilidades que en el estado actual de la política española acercaban al Trono al huésped ilustre de Ancona.

Por la noche partida para Venecia, adonde llegaron los Duques de Madrid el 1° de Abril, terminando felizmente su largo viaje de peregrinación.

En el Palacio Loredán esperaban a Carlos VII innumerables felicitaciones por el día de sus cumpleaños, que llevaron a su corazón el único bálsamo capaz de calmar el dolor que le producían las tremendas calamidades que sobre España pesan, desgracias que, afirmando más y más en su espíritu la conciencia de sus deberes altísimos e ineludibles, le afirman, cada vez con resolución más irrevocable, en su decisión de luchar sin tregua ni descanso al frente de sus leales, suprema esperanza de la patria, y de no consentir jamás en abdicación ni componenda de ninguna clase.

Se nos dice que uno de los primeros cuidados del agosto proscripto al pisar su Palacio fue ordenar sufragios por los náufragos del *Reina Regente*.

Cuarta parte

APÉNDICES

Desde Jaffa

Jaffa 23 de Febrero de 1895.

Aunque pluma mejor cortada que la mía se ocupa en comunicar a los lectores de *El Correo Español* las noticias del viaje de la augusta Familia por la Palestina, yo, sin pretensiones de cronista ni escritor, me tomo la libertad de trazar cuatro líneas, si bien desaliñadas, para decir algo a mis compatriotas amantes de la bandera que lleva por lema Dios, Patria y Rey, cuyo verdadero Representante recorre en estos momentos la Tierra Sagrada, en que se obraron tantos misterios de nuestra redención. Espero que usted, Sr. Director, concederá a esta carta un rinconcito en su digno diario.

Al amanecer del día 18 del mes actual se presentaba en este puerto el hermoso vapor *Girónde*, de las Mensajerías francesas. El mar con su inusitada calma en Jaffa, y el cielo hermoso y limpio, parece que anunciaban la llegada de algo extraordinario. Y así era en verdad. A las siete bajé a la marina y me encontré al caimacán o gobernador turco de la ciudad que, rodeado de varios soldados vestidos de gala, esperaban la llegada de D. Carlos. El jedive de Egipto, atento en extremo con nuestra augusta Familia, había teleografiado al referido caimacán, avisándole de la llegada de D. Carlos a Jaffa, y rogándole que le recibiese con honor y dignidad a que es acreedor el augusto proscrito. Por las tranquilas aguas de este puerto, ordinariamente malhumorado, deslizábanse multitud de barquichuelas, y entre ellas divisé una que con bandera de Tierra Santa a popa iba ocupada por el Reverendo Padre Presidente del Hospicio franciscano, acompañado de cuatro Religiosos, del dragomán o intérprete

del mismo, y de dos genízaros vestidos de gala. Los Religiosos de Tierra Santa acostumbran recibir de este modo a los grandes personajes cuando reciben aviso de la llegada de éstos.

Poco después de un cuarto de hora llegaba majestuosa la barquichuela de los Franciscanos conduciendo a la augusta Familia, que fue recibida por el gobernador con los saludos de bienvenida. Una multitud curiosa de toda clase de personas esperaba en el desembarcadero y en la calle por ver y conocer a D. Carlos, que tanta celebridad ha adquirido en todos puntos del universo. Todos quedaban atónitos ante la majestuosa presencia de la augusta persona; y yo pude oír distintamente a personas que ni eran carlistas ni españoles expresarse en estos términos: *Verdaderamente éste ha nacido para ser Rey, y gran Rey; y sobre España pesa una gran desgracia en no tener a D. Carlos por su Monarca.*

Yo no conocía a D. Carlos personalmente, y al verlo ahora por vez primera confieso ingenuamente que me ha causado una impresión tal de respeto y veneración, que no pudiendo articular una palabra, me puse de rodillas, y tembloroso besé la mano a mi amado Rey.

Desde este momento no quise separarme de la augusta compañía, y rogué al Rvdo. P. Presidente que me permitiese seguir a la Real Familia. Habiendo obtenido este favor, no la abandoné hasta la hora de partir el tren para Jerusalén.

La augusta Familia, compuesta de D. Carlos, Doña María Berta y S. A. R. Doña Elvira, a quienes siguen en su viaje la Sra. Baronesa de Alemany y el Sr. Conde de Melgar, se dirigió a la hospedería de los Franciscanos, acompañada del Padre Presidente y otros Religiosos, del caimacán y de otras personas, rompiendo la marcha los dos genízaros y demás soldados.

Llegados ya a las habitaciones, D. Carlos expresó su agradecimiento al caimacán por la atención que había tenido, y éste se retiró con sus soldados, quedando a las órdenes de D. Carlos dos soldados y los dos genízaros.

Apenas se despidió el caimacán, la augusta Familia preguntó al P. Presidente si aún había alguna Misa, pues ante todo

deseaban asistir al santo sacrificio. El P. Presidente les indicó que precisamente quedaba aún una que decir, pero que primero tomasen un poco de reposo y el desayuno. D. Carlos y Doña Berta no quisieron reposar hasta haber oído la santa Misa, y decían: *Ante todo demos satisfacción a nuestro espíritu, y después se pensará en el cuerpo.* ¡Qué bello ejemplo! Esto demuestra hasta la evidencia la falsedad y mala fe de aquellos que han tratado de denigrar a la augusta Familia proscripta.

Acto seguido dirigieron a la iglesia, en la que fueron recibidos por un Religioso revestido de roquete y estola, según prescribe el ceremonial. Con ejemplarísimo recogimiento asistieron de rodillas a la santa Misa, acabada la cual subieron al *diván* del Hospicio, donde el P. Presidente les sirvió el desayuno.

Habiendo reposado pocos momentos, fueron a visitar el santuario de San Pedro, que es el lugar donde existió la casa de Simón el Curtidor, en la que se hospedó el Apóstol y tuvo la visión del lienzo lleno de animales puros e impuros, como refieren los *Hechos de los Apóstoles*. La augusta Familia rezó con mucha devoción el Padrenuestro y Avemaria, para lucrar las indulgencias anejas a este santuario.

El resto de la mañana lo emplearon en recorrer algunas calles de la ciudad, que por cierto son estrechas, desempedradas, sucias y malas. Volviendo a la hospedería franciscana, pasaron gran rato en afable y cariñosa conversación con los PP. Franciscanos. También yo, aunque indigno, tuve el honor de tomar parte en la amable conversación, pues la augusta Familia trata a todos con cariño y hasta con familiaridad, sin pretensiones de ceremonias ni etiquetas. Con este trato, natural en D. Carlos y su augusta Familia, atraen todos los corazones como un imán, y se hacen querer hasta de aquellos que jamás pensaron en amarlos. El que haya tratado a D. Carlos, a Doña María Berta y a la augusta Familia siquiera sea por cinco minutos, no puede menos de sentir hacia ellos el amor y el cariño.

D. Carlos es bien conocido en España por los tradicionalistas; pero no tanto Doña María Berta. Por este motivo, y por dar

a los tradicionalistas una débil idea de lo que es nuestra amada Reina, voy a referir un acto ejemplarísimo que yo he presenciado y que me impresionó sobremanera. Nos hallábamos en familiar conversación con S. A. R. Doña Elvira, cuando de pronto aparece Doña Berta con un saquito en la mano: se toma asiento en un banco viejo, abre el saquito, y sacando los avíos de costura, se pone a trabajar un objeto para iglesia. Yo me quedé como viendo visiones, porque bien sé que aquellas antiguas y santas Reinas, en ocasiones de estar tranquilas en Palacio, hilaban el copo o trabajan con la aguja; pero nunca pude creer que la humildad y la caridad de una Reina llegase a tan alto grado de aprovechar los momentos libres hasta durante largos viajes.

La Sra. Baronesa de Alemany, al ver que yo me maravillaba de aquel acto, me dijo: «La Reina Doña María Berta aprovecha todos los momentos libres en trabajos para iglesias y para pobres, aunque se halla de viaje». Hé aquí una Reina modelo; hé aquí una fiel copia de Doña Isabel la Católica. He tratado a Doña María Berta, y puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que tiene un gran fondo de virtud y un talento especial. Hace sólo seis meses que comenzó a oír la lengua castellana, y ahora la habla corriente y correctamente, como si de muchos años la hubiese hablado. En el trato es extremadamente sencilla y llena de bondad; es una madre para los españoles.

Después de la comida, la augusta Familia salió a recorrer las afueras de la ciudad, llegando hasta Savona, donde se halla instalada una colonia prusiana, y desde allí se dirigieron a visitar el sepulcro de Tabita, resucitada por San Pedro. Los rusos han fabricado allí una bonita iglesia y una torre bastante elevada, que aún no está concluida.

El segundo día, después de asistir a la santa Misa, emplearon la mañana en visitar las escuelas y el hospital. En éste visitaron a los pobres enfermos, consolándolos con dulces y cristianas exhortaciones, y en aquéllas regocijaron a las inocentes criaturas con su presencia, animándolas al estudio de las obligaciones religiosas y de su respectivo estado. Las inocentes criaturas

pronunciaron algunos discursitos y ofrecieron a D. Carlos y a Doña María Berta bonitos ramos de flores, que los augustos Señores les agradecieron mucho.

Como a las doce y media debía la augusta Familia tomar el tren para continuar el viaje a Jerusalén, no hubo tiempo para más excursiones.

A las dos y cuarto llegaba la augusta Familia a la estación del ferrocarril, acompañada de su séquito y de los PP. Franciscanos. Allí aguardaba una multitud, deseosa de conocer a Don Carlos, y al verle, todos quedaron como suspensos de admiración.

Tal es la impresión primera que causa la majestuosa presencia de D. Carlos. Yo, que estaba en observación y escuchando atentamente lo que aquella gente decía de D. Carlos, pude recoger algunas frases. Unos decían: «En verdad, tiene presencia de Rey; si yo fuese español, sería partidario de D. Carlos». Otros, admirados de la sencillez y afabilidad de su trato, decían: «¿No ve usted con qué llaneza y cariño habla con todos? ¡Qué corazón tan bueno debe tener!» Así hablaban, así expresaban todos la idea que de D. Carlos habían concebido.

Estábamos en amable conversación cuando un joven español, amigo mío, se acercó a nosotros para ver a D. Carlos más de cerca. Este joven no era carlista, pero quisimos presentarle a D. Carlos como español.

Apenas D. Carlos supo que aquél era español, comenzó a tratarle con tanta sencillez y amabilidad, que el joven, cautivado de la bondad de D. Carlos, se manifestó carlista y deseoso de que un día pudiese verle en España reinando. Y después me decía mi amigo: «¡Este sí que es un Rey y no!...».

Llegó la hora de partida, y D. Carlos pidió al Padre Presidente que le bendijera, y con la bendición de un ministro de Dios partió la augusta Familia para Jerusalén.

He tenido noticias de que llegaron felizmente a Jerusalén, donde fueron recibidos con demostraciones inequívocas de cariño por los Religiosos Franciscanos. Apenas llegaron a la Santa Ciudad, desde la estación ferroviaria se dirigieron a la basílica

del Santísimo Sepulcro, donde fueron recibidos por el Rvdo. Padre Presidente de aquel santuario, revestido de roquete y estola, y por los demás PP. Franciscanos que componen aquella venerable Comunidad.

Habiendo orado fervorosamente sobre la sagrada losa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Salvador, se dirigió la augusta Familia a la hospedería de los Franciscanos, siendo recibida por el Revdmo. P. Custodio de Tierra Santa, muy Rvdo. P. Vicario Custodial, M. Reverendo P. Procurador general y Rvdo. P. Secretario Custodial.

El día siguiente asistieron a la Misa que se celebró en el Santísimo Sepulcro, visitaron el convento que los Franciscanos tienen en dicho santuario y visitaron igualmente, y con suma devoción, el Calvario y demás lugares sagrados incluidos en la basílica.

Jaffa 8 de Marzo de 1895.

La vuelta de D. Carlos. – Otros príncipes peregrinos. – Los masones en Tierra Santa.

El miércoles 6 del corriente, por la tarde, se embarcó D. Carlos con su augusta Familia en el vapor francés *Pei Ho*, de las Mensajerías, dirigiéndose a Port-Said, desde donde prosigue el viaje por ferrocarril a Alejandría.

Los PP. Franciscanos y mi humilde persona acompañábamos a bordo a la augusta Familia casi hasta el momento de la partida del vapor, pues los augustos desterrados no sabían despedirse de los Franciscanos y de Tierra Santa. ¡Tanto cariño habían tomado a estos Santos Lugares y a los Hijos de San Francisco! Un sentimiento lleva la augusta Familia al separarse de Tierra Santa, y es que sus deseos no han sido cumplidos del todo.

Deseaban con ansia extender su devota peregrinación hasta los santuarios de Galilea; pero la rigurosa estación de las lluvias no les ha permitido continuar la visita a aquellos Sagrados Lugares. Y a fin de satisfacer en algo a esos piadosos deseos, han

determinado visitar la Casa Santa de Loreto, en la cual se encarnó el Verbo Divino, ya que el rigor del tiempo les ha impedido visitar el santuario de Nazaret.

La visita de D. Carlos y de su augusta Familia a los Santos Lugares ha dejado aquí una memoria edificante que difícilmente se borrará. Con su porte sencillo, devoto y profundamente religioso ha cautivado las voluntades de todos, hasta de aquellos que, ya por lecturas de papeles hostiles al carlismo, ya por calumniosas referencias, habíanse formado de D. Carlos una idea poco favorable.

Yo mismo he visto a personas antes poco aficionadas a D. Carlos presentar a Doña María Berta hermosos ramos de flores en testimonio de afectuosa simpatía a la augusta Familia. Con razón decía estos días un español que ocupa en Egipto un puesto importantísimo: *Si D. Carlos se hiciese ver de todos los españoles, no quedarla un español que no fuese carlista*. La defección de los llamados *integristas* y de los otros que se pasaron a la banda alfonsina no se comprende sino considerando las miserias humanas, que los han arrastrado por esos senderos. Es de esperar que un día, disipadas las nubes que la soberbia, la envidia y otros puntillos han formado en la mente de esos desgraciados, vuelva a relucir en ellos la primitiva y germina idea que los mismos tan justamente habían concebido de D. Carlos y de la comunión carlista, y a la luz de esa idea retornen a la casa paterna cual otro hijo pródigo.

No es la primera vez que vienen a Tierra Santa grandes príncipes y personajes ilustres; pero el ejemplo de edificante piedad y sólida devoción como ha dado D. Carlos y su augusta Familia, muy pocos lo han dado en Palestina. Aun se tiene presente la entrada solemne y el recibimiento extraordinariamente fastuoso y ruidoso de cierto príncipe heredero de una Corona, tanto en Jaffa como en Jerusalén; pero también queda indeleble la tristísima impresión que causó dicho príncipe con su indiferencia y ninguna piedad. Igualmente subsiste en Palestina la memoria de los grandes honores tributados a otro desgraciado príncipe heredero que con trágica muerte cortó las esperanzas de su

padre; pero si en Palestina preguntáis por la visita de aquel infeliz a los Santos Lugares, deberéis tapar ambos oídos por no escuchar cosas que no pueden oírse.

En cambio D. Carlos y su augusta Familia llegan a los Santos Lugares sin ostentación de ningún género; son recibidos sólo por los Franciscanos con demostraciones de cariño y con honores religiosos debidos a tan augusta Familia, y recorren los varios santuarios, no con fausto de grandes personajes, pero sí con ferviente piedad. Y la memoria que en Tierra Santa queda de la peregrinación de D. Carlos y de su augusta Familia es una memoria que hace grande honor al espíritu religioso de los augustos peregrinos, y consuela el alma de los verdaderos cristianos.

La entrada ostentosa de aquellos príncipes, de los cuales hago mención más arriba, y la devota y edificante de nuestra muy amada Familia Real, me traen a la mente aquel hecho que la historia nos refiere del rey Heraclio, que, vestido de oro, y adornado con preciosa pedrería, intentaba hacer su solemne entrada en el Calvario, llevando consigo la Santa Cruz, que había recuperado del rey de Persia. Cuantos más esfuerzos hacía por entrar, tanta mayor resistencia encontraba, de lo que se maravillaban todos. Entonces Zacarías, Obispo de Jerusalén, le dijo: *Mira, emperador, que con este ornamento triunfal imitas muy poco la pobreza y humildad de Jesucristo.* En efecto, desechando aquel ornato y vistiéndose pobremente, Heraclio pudo seguir fácilmente hasta el Calvario. Dios confunde a los soberbios y ensalza a los humildes. La triste memoria que dejaron aquí aquellos que viajaron por los Santos Lugares sin piedad y sin religión confunde a la triunfal y aparatosa entrada de los mismos, y la santa y edificante memoria que deja D. Carlos aquí, honra y ensalza al mismo y a su augusta Familia más que todos los recibimientos aparatosos y triunfales que pudiera tener el rey de España.

En los dos meses que llevamos del año hemos visto llegar a Jaffa lujosos vapores extraordinarios y de alto bordo conduciendo una multitud de viajeros, particularmente norteamericanos, que vienen a Palestina, no con espíritu de devoción, sino

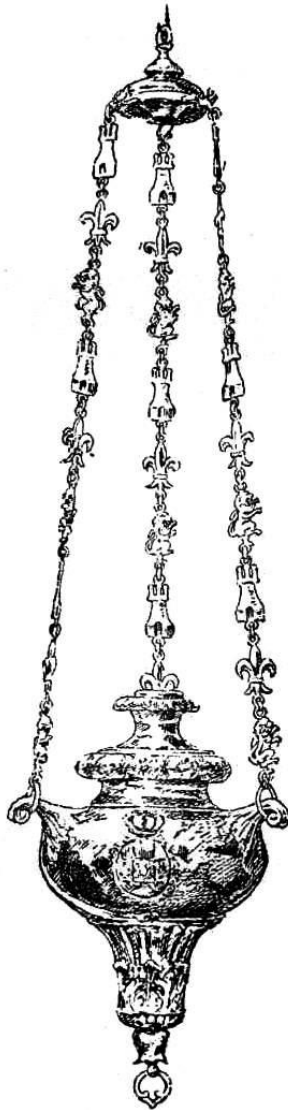
de divertirse. A bordo traen su charanguita para pasar las horas de travesía alegremente en bailes y diversiones. Hoy mismo ha llegado aquí un vapor belga conduciendo un centenar de masones que, según dicen, vienen a Jerusalén para celebrar un Congreso masónico.

Era curioso, o mejor dicho asqueroso el verlos desembarcar cada cual con su masona del brazo y seguir por las calles en hilera de dos en fondo. ¡Qué espectáculo más repugnante! ¡Qué profanación más diabólica de los Santos Lugares! Mucho mejores eran los tiempos de Saladino, en que era muy difícil a los europeos el acercarse a estos Santos Lugares; al menos no se veía este género de asquerosa profanación de esta Tierra Santa, regada con la sangre preciosa del Hijo de Dios. Si no fuera por el fervor religioso de unos pocos, pero verdaderos peregrinos, que aun acuden a visitar los Lugares Santos, y a rogar al Señor por los pecadores, la ira justa de Dios, irritado de tanta profanación, hubiera cerrado la entrada a los cristianos en Palestina.

Aún hay fe, hay devoción fervorosa, como acabamos de reconocer en la visita de nuestros amados Reyes, y las oraciones de éstos detendrán el brazo airado de Dios.

A. G. T.

(De *El Correo Español* del 27 de Marzo de 1895)



Lámpara de plata maciza regalada por los Sres. Duques de Madrid al Santo Sepulcro.

Lámpara para el Santo Sepulcro

En los últimos días de Noviembre y primeros de Diciembre ha llamado la atención en uno de los escaparates principales de la plaza de San Marcos, en Venecia, el del célebre fotógrafo Naya, una magnífica lámpara de plata que los Señores Duques de Madrid envían a los Santos Lugares, y que el 5 del corriente debió partir a bordo de un buque de la Compañía Inglesa Peninsular and Oriental para Puerto Said, donde será transbordada con destino a Jaffa y Jerusalén.

Grande ha sido la afluencia de gente para admirarla en los breves días que ha durado la exposición.

«Es un regalo regio, digno de un Soberano en el Trono» – decían unos ante el escaparate.

«Es un *capolavoro* soberbio y de dimensiones extraordinarias – exclamaban otros – como no tenemos su igual en nuestro San Marcos».

Para dar idea de aquella notable obra de arte, traducimos a continuación lo que de ella dice la *Gazzetta di Venezia* del 2 del corriente.

Dice así el órgano veneciano:

Donativo regio. – Hállase expuesta en el escaparate del Sr. Naya una lámpara colosal de plata, cincelada finísimamente, trabajo ejecutado enteramente en el establecimiento de Luigi Pallotti y Hermanos, de nuestra ciudad, y ordenado por los Señores Duques de Madrid, que la destinan al Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Los Señores Duques de Madrid visitaron en la primavera pasada los Santos Lugares de Palestina, y por doquiera dejaron huellas de su paso, haciendo limosnas y donando a las iglesias y monasterios ornamentos sagrados de todo género.

La lámpara de que hablamos irá a aumentar el tesoro de los regalos hechos en pasados tiempos por Reyes y Príncipes españoles al templo de Jerusalén.

El peso de la lámpara es de 27,950 kilogramos; el diámetro, 0,55 metros; el del cuerpo con las abrazaderas, 0,75; la altura, 3,20.

Una ancha faja da toda la vuelta alrededor de la parte alta, y de ella penden, en bajorrelieve, follajes y orlas riquísimas. El cuerpo principal ofrece tres lados; en uno de ellos se destaca la cifra C. 7 (Carlos VII), en otro M. B. (María Berta), y en el tercero las armas de España.

Los tres trabajos son en bajorrelieve, y lleva cada uno encima la corona real». Las tres cadenas que sostienen la lámpara están formadas de buen número de leones rampantes, flores de lis y castillos, alternados, y partiendo de las elegantes abrazaderas van a reunirse en el vértice, formando un conjunto suntuoso y armónico.

Desde el escaparate del Sr. Naya, la lámpara será consignada en manos del P. Luigi Michieli, Comisario de Tierra Santa en Venecia, el cual la enviará lo más pronto posible a su destino».

(De *El Correo Español* del 5 de Diciembre de 1895)



Campanas fabricadas en Vizcaya regaladas por los Sres. Duques de Madrid a los PP. Franciscanos de Damieta (Egipto),

Carta al Marqués de Cerralbo

Mi querido Cerralbo: Mucho te agradezco tu larga carta del 12 de Febrero, que encuentro en Jerusalén al regresar de una excursión al interior de Palestina.

Por ella me entero de tus futuros proyectos, que apruebo y aplaudo, y veo con gusto los progresos incesantes de la organización que con tanto acierto diriges.

No necesitáis de nuevos estímulos ni tú ni los leales que te ayudan con un entusiasmo que nunca olvidaré; pero me es muy grato enviaros una palabra de aliento desde estos Santos Lugares, en que os tengo más presentes, a ser posible, que en parte alguna.

Hincado de rodillas en la cima sagrada del Gólgota, y seguro de ser el intérprete fiel de vuestros pensamientos y propósitos, he renovado el juramento de que nos sacrificaremos todos sin descanso y seguiremos luchando sin tregua por el triunfo de Cristo en el mundo, por la Unidad Católica y la restauración tradicional en España, y por el advenimiento de nuestra antigua y paternal Monarquía.

Y así como he presentado vuestros votos y vuestra profesión de fe, quisiera poder infundir en vuestras almas la fortaleza especial que visitando aquel recinto augusto se recibe. Cuando en el Santo Sepulcro se ve a los sacerdotes católicos obligados a alternar en el culto con los cismáticos de tantas sectas y a cederles sus propios altares, todo bajo la humillante protección del Turco, compréndense mejor injusticias menos escandalosas, como la usurpación en el trono, los fueros violados, Gibraltar en poder del extranjero. Compréndelas mejor el espíritu, pero el ánimo se resiste con más vigor que nunca a transigir con ellas. Lejos de resignarse, encienden en el pecho la santa indignación de la justicia, se aviva la sed de la reparación, y se ve con evidencia deslumbradora el sagrado deber de luchar, como nuevos Cruzados, por los derechos de la Religión, del Trono y de la Patria.

Gracias, mi querido Cerralbo, a ti y a todos los buenos españoles, que estáis dispuestos a seguirme, sin vacilaciones, en esta Cruzada. Gracias a los arrepentidos de buena fe que tú esperas vuelvan a nuestro lado, y a los que en adelante sigan aumentando nuestras filas.

Desde este lugar, el que en la tierra más cerca está del cielo, a todos os renuevo la promesa de no desertar nunca del sitio de honor en que Dios me hizo nacer, y de proseguir mientras me aliente la vida la guerra a la revolución en todas sus manifestaciones.

Dios os guarde a todos y os proteja, y a ti especialmente, mi querido Cerralbo, como de corazón lo desea tu afectísimo

CARLOS

María Berta y Elvira, que me acompañan, te saludan cariñosamente, así como a toda tu familia.

Es copia.

ÍNDICE

Introducción	5
A LOS CARLISTAS.....	11
Primera parte: EGIPTO.....	13
El Cairo, 21 de Enero de 1895.	14
Llegada A El Cairo. – El hotel Shepherds. – Las Pirámides. – El pozo de José. – Las tumbas de los califas. – Los derviches. – Universidad egipcia. La Musky y Han Halil. – Convites y obsequios. Visitas de Corte. – Audiencias. – Suicidio de un Cónsul.	14
El Cairo, 28 de Enero de 1895,	19
El palacio de Hussein y el hotel de Gezireh. – Museo egipcio. – La mezquita de la ciudadela. – Carreras de caballos. – La isla de Roda y la punta, del Nilo. – Jardín zoológico. – La ópera jedivial. – Matarieh. – El árbol de la Virgen, Heliópolis y Koubbéh. – Mezquitas de Tillan y de Hassan. – Un sobrino de Cabrera.	19
El Cairo, 4 de Febrero de 1895.	25
Fúnebre aniversario. – El desierto y la fuente de Moisés. – La selva petrificada. – Abstinencia forzosa. – Espejismo. – Mokatam, – Bodas regias. – Maktar el Ghazi. – El desierto de Suez.....	25
El Cairo, 11 de Febrero de 1895.	31
En pleno desierto. – Maniobras militares. – Mezquita de Kaid Bey. – Los derviches aulladores. – Don Miguel de Braganza. – Almuerzo a la turca. – Recuerdos napoleónicos. – El árbol de Kleber.	31

Puerto Said, 17 de Febrero de 1895.	34
Adiós a El Cairo. – Almuerzo y visitas de despedida. – El desierto de Sakkara. – Excursión fluvial. – Menfis y las tumbas de los toros Apis. – Ultimas atenciones. – Ismailia y el Canal de Suez.	34
Segunda parte: PALESTINA	39
Jafa, 19 de Febrero de 1895.....	39
Los Franciscanos en Egipto y en Palestina. – El Gironde. – La costa de Siria. – Los Padres de Jafa y las autoridades turcas. – Hospedería franciscana. – La casa de Simón el cordelero. – Escuelas de los frailes. – Fray Lavinio. – El sepulcro de Tabita. – Recuerdos de España. – Partida para Jerusalén.	39
Jerusalén, 20 de Febrero de 1895.....	43
En el tren. – El país de los filisteos. – Recuerdos de Sansón. – El valle de los Gigantes. – Arimatea. – El monte del Mal Consejo. – Primera visita al Santo Sepulcro. – Trofeos de Godofredo de Bouillón. – El hospicio de Casa Nova. – Los Padres del Discretorio. – Fray Felipe Ricci. – Atenciones turcas.....	43
Jerusalén, 21 de Febrero de 1895,.....	46
Misa en el Calvario. – Los tres altares del Gólgota. – Profanaciones. – Iglesias y capillas encerradas en la basílica del Santo Sepulcro. – Tumbas de los reyes cruzados. – El Patriarca de Jerusalén. – Las cadenas de San Jorge.	46
Jerusalén, 22 de Febrero de 1895.....	49
La torre de David. – La casa de Anás. – Santiago el Mayor. – La casa de Caifás. – Solar de la Virgen y San Juan Evangelista. – El Monte Sión y el Cenáculo. – Falso sepulcro de David. – Un maestro en hachís.....	49
Jerusalén, 23 de Febrero de 1895.....	52

En el convento de San Salvador. – Getsemaní y sus contornos. – La casa de San Joaquín y la piscina probática. – Basílica de la Asunción.	52
Jerusalén, 24 de Febrero de 1895.....	55
La mezquita de Omar. – El San Pedro del islamismo. – Mezquita de El Aksa. – Las caballerizas de Salomón y la Puerta Aurea. – Vía Crucis. – El llanto de los judíos. ..	55
Jerusalén, 25 de Febrero de 1895.....	57
Preciosos ornamentos sagrados. – El valle de Josafat y el monte Olivete. – La fuente de Siloé. – Tradiciones turcas. – Iglesia del Pater. – Las Carmelitas. – Convento de María Reparadora.	57
Jericó, 1° de Marzo de 1895.	66
Camino de Jericó. – Betania. – La Casa del buen Samaritano. – El mar Muerto y el Jordán.	66
Jerusalén, 3 de Marzo de 1895,	69
Dos tristes noticias. – Compensaciones. – Los Dominicos de San Esteban. – Fiesta pontificia. – San Juan de las Montañas. – Iglesia de la Visitación.....	69
Jafa, 6 de Marzo de 1895.	73
Misa por España. – Concierto en San Salvador. – Despedidas. – Última visita al Santo Sepulcro. – Partida de Jerusalén. – Ramleh. – Entre amigos – Las azoteas de San Luis.....	73
EPÍLOGO	76
I. Por la Patria. – Por Dios.	76
II. Los cismáticos en Tierra Santa. – Sus progresos, sus esfuerzos, sus esperanzas. – Una iglesia para un hombre. – La basílica de la Ascensión. – Pasarse de galante. – La cruzada rusa.....	77

III. Francia protectora de los Santos Lugares. – Prodigios providenciales. – España en Tierra Santa. – El baluarte latino. – Humildad franciscana. – La atmósfera de Jerusalén.	80
IV. La moneda falsa de la historia. – Un Papa que no existe. – Los Padres blancos. – Pro ecclesia et Pontífice.	83
Tercera parte: VIAJE DE REGRESO	87
Alejandría de Egipto, 8 de Marzo de 1895.....	87
Embarque en Jafa. – El puerto de los cruzados. – Despedida de los Padres Franciscanos. – En el Pei Ho. – A la vista de Puerto Said. – Alto en Ismailia. – Llegada a Alejandría. – Amabilidades jediviales. – Una ciudad enlutada. – Tristes destinos.	87
Alejandría de Egipto, 25 de Marzo de 1895.....	91
Funerales de Ismail. – El general Henderson. – Banquetes. – Funciones de teatro. – Una artista española. – Saladino. – El coro griego y la escena árabe. – Nuevos convites. – El comandante del Mahroussa. – Antiguos conocidos. – Audiencias. – La prensa egipcia. – Fiestas religiosas. – San Patricio. – La iglesia armenia. – El Vorwaerts.....	91
Regreso a Europa. – En la Santa Casa de Loreto. – En el Palacio Loredán.	99
Cuarta parte: APÉNDICES	103
Desde Jaffa.....	103
Jaffa 23 de Febrero de 1895.	103
Jaffa 8 de Marzo de 1895.....	108
La vuelta de D. Carlos. – Otros príncipes peregrinos. – Los masones en Tierra Santa.....	108
Lámpara para el Santo Sepulcro	113
Carta al Marqués de Cerralbo	116



El informe completo, día a día,
del viaje emprendido por Carlos VII
y Doña María Berta en 1895 a Tierra Santa.

ISBN 978-88-87215-70-0

